FRAY MOCHO



1816 - 9 DE JULIO - 1926

"DE AQUELLOS TIEMPOS"

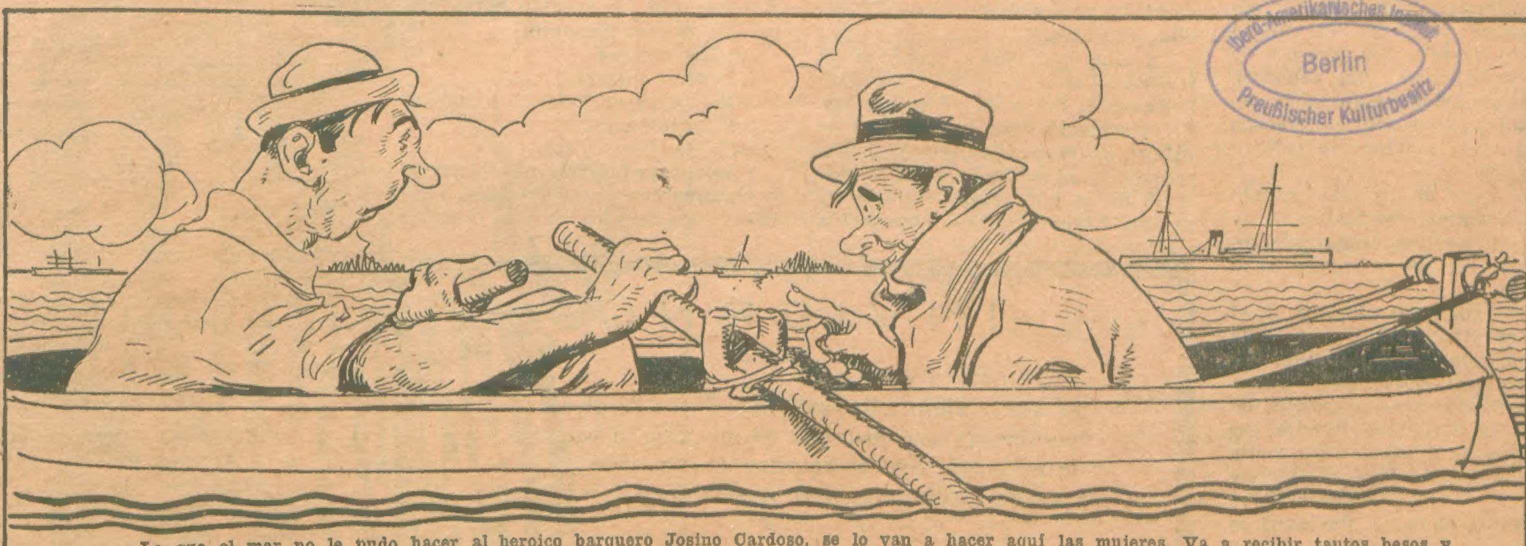
(Por "Palito")

N.º 741

FRAY MOCHO

Año XV — Buenos Aires, 6 de julio de 1926 — N.° 741

ACTUALIDADES, por Rojas



—Lo que el mar no le pudo hacer al heroico barquero Josino Cardoso, se lo van a hacer aquí las mujeres. Va a recibir tantos besos y abrazos, que, de seguro, naufraga.



—Los terremotos en Indochina y Oceanía han sido enormes.
—Hay que rebajar a esas noticias el 50 por ciento.
—¿Por qué razón?
—Porque ahora todo está rebajado.

—Parece que en España ha habido un conato de revolución intestina.
—No es extraño: ahora allí es verano y es sabido que cuando se come fruta y se toma hielo, se revolucionan los intestinos.



—¿Cómo teniendo buena vista, se pone gafas negras los domingos?
—Porque, haciéndome el ciego, se me permite vender cigarrilos, de acuerdo con la ley del descanso dominical.



—¿Qué te ha parecido Zamora el "divino"?
—Ya sabes que de hombres no entiendo y de pelotas menos.



LA SANGRE

Por Michel Corday

El señor y la señora Bernard se durmieron, tomados de la mano. Un cobertor de plumas rojo les calentaba el cuerpo, y un porrón de agua los pies. Desde hacía 30 años se quedaban dormidos así, tomados de la mano.

Una pequeña fotografía de viaje de bodas, colocada arriba de la estufa, los presentaba ya con las manos entrelazadas; pero uno y otro parecían entonces jóvenes y esbeltos, él con su levita larga y su corbata alta, ella con su cabello oscuro peinado en cocadas y su vestido de campana.

Ahora, ambos se habían puesto desmesuradamente gordos y pesados. No más cabellos negros y dientes blancos, sino cabellos blancos y escasos, y dientes negros. La suerte los había hecho víctimas a los dos, de una calamidad más secreta: como cansadas de llevar un cuerpo demasiado pesado, las piernas se les habían hinchado; las venas se habían pronunciado y trazaban sobre la piel relieves azules, sinuosos e inquietantes; siempre en peligro de romperse.

En sus horas de desfallecimiento los dos ancianos temblaban a la idea de ver abrirse esos vasos dilatados por los que se escaparía la vida.

A no ser por estas alarmas, ni el uno ni el otro se hubieran dado cuenta de que el tiempo huía. El señor Bernard continuaba consagrado a dibujar para la fábrica de Grive, y su mujer a atender las necesidades de la casa; nada venía a turbar esta conmovedora existencia.

De pronto, el señor Bertnard se despertó, en medio de la noche, loco de terror; un líquido tibio empapaba el lecho. El infeliz sentía que se le pegaban en todo lo largo de sus piernas heladas las sábanas húmedas. En la oscuridad se imaginó que estaban llenas de sangre... horrible mortaja roja pronta ya para la muerte próxima. Pero, ¿quién se moría? ¿Su mujer o él?

El temor de apresurar el escape de la vida con algún movimiento brusco, y el temor, más poderoso aún, de *saber* las cosas, lo paralizaron.

Y se quedó inmóvil, acostado de espaldas en la humedad tibia del lecho, con los ojos abiertos y azorados en las tinieblas. Sus pensamientos se nutrieron desde aquel momento con esta única y trágica aprehensión: "¿Es ella? ¿Soy yo?".

En el exceso mismo de su terror, al principio creyó que sentía correr la sangre, cerca de uno de sus tobillos. Brotaba de allí, por alguna desgarradura, desde hacía horas, tal vez. Cada pulsación activaba más aún el escape, y por una cruel ironía, el mismo ritmo de la vida apresuraba la aproximación de la muerte. Moría, a los sesenta años apenas, sin haber visto nada, sin haber conocido nada de todo lo que embellece la existencia.

En treinta años, ni un viaje, ni una aventura, ni un adarme de cosas imprevistas, ¡ni curiosidad siquiera! Y he aquí que en este momento espantoso, al recorrer con la mirada el estrecho sendero que había trillado, descubría los parajes infinitos y fecundos que había atravesado sin verlos. Lo atormentaban deseos y pesares.

¡Ah! Si la muerte le hubiera dado alguna tregua ¡cómo la habría aprovechado, con todas las fuerzas que le quedaban, para reparar su error pasado!

Y, de pronto, una inmensa esperanza le hinchó el pecho: ¿y si no fuera él el que se moría? En efecto, su debilidad no aumentaba. Los latidos de su corazón mantenían el ritmo regular. El frío que helaba sus piernas no parecía ganar terreno. Quiso incorporarse, encender luz, cerciorarse de que verdaderamente... Pero, antes de que se hubiera movido, un pensamiento cruel lo anonadó de nuevo: "¡Es ella, entonces!"

Es ella, la buena compañera de treinta años... es ella, la que pasa lentamente del sueño a la muerte. Y, estremeciéndose todavía por la ráfaga de esperanza que lo había acariciado, el señor Bernard se condolió de la que pronto dejaría de existir. Lloró la muda abnegación de su esposa, su intrepidez contra todas las pequeñas contrariedades de que la vida está erizada... lloró su tierna fidelidad. Ambos poseían en común tantos pequeños secretos, tantos recuerdos, ¡tantas cosas sobrentendidas que sólo ellos podían comprender! Una vez desaparecida ella, la existencia del pobre hombre quedaría falta de todo ese pasado que no podían evocar sino los dos juntos.

Así medía el señor Bernard la extensión de esta nueva desgracia. Pero, a pesar suyo, iluminaba su duelo una alegría detestable y feroz.

Obligado a encarar, una después de otra, su propia muerte y la de su mujer, por fuerza tenía que reconocer que le era más sensible lo primero que lo segundo.

De pronto, en medio de su pesar, mezclado de júbilo y de remordimiento, el señor Bertnard se sintió asaltado otra vez por la duda. Quiso saber a toda costa qué sangre era la que inundaba el lecho común. Sacudiendo su embobamiento, resolvió averiguar la verdad, por horrible que ella fuera.

Es natural que sintiera preferencias inconfesables; estaba dispuesto, sin embargo, a descubrir su propia herida o el rostro pálido de agonía de su buena compañera.

Pero, al incorporarse, haciendo un esfuerzo con la espalda para no mover más que el busto, una mano se apoderó de la suya, y en la oscuridad, se entabló entre ambos un brusco coloquio:

—¿Qué tienes?

—¿Tú no dormías?

—No. ¿Has sentido tú también?

—Sí. ¿Quién es?

—No sé. Pronto, luz.

Y mientras buscaba una lámpara y fósforos con mano trémula e inhábil para asir los objetos, el señor Bernard pensaba: de modo que su mujer había estado despierta como él; como él, ella no se había movido, no había hablado, temiendo descubrir demasiado pronto la verdad; como él, sin duda, ella había medido rápidamente los pesares que despertaban en su mente su propia muerte y la de su marido; como él, también, ella debía haber deseado bochornosamente salvarse a costa de una irreparable pérdida, y los dos, inmóviles, uno al lado del otro, con los ojos abiertos, debían haber estado resolviendo durante la noche los mismos pensamientos de angustia, de ternura y de egoísmo...

Al fin, la lámpara alargó su llama. Incorporándose con un movimiento brusco, cada uno en su sitio, los esposos rechazaron las cobijas que los cubrían.

Pero ningún parche sangriento manchaba la blancura del lecho. Por un momento se quedaron aturdidos, seguros de haber sentido el contacto del lienzo empapado en un líquido tibio, y sin atreverse a creer en un milagro.

Y fué el señor Bernard el primero que balbuceó, con voz que traicionaba el júbilo:

—¡Ah, es el agua!... el agua caliente del porrón... que se ha destapado.

Sólo entonces se atrevieron a mirar: sus rostros estaban lívidos, como si verdaderamente toda la sangre se les hubiera escurrido. Pero sus ojos brillaban con una alegría de resurrección.

Al mismo tiempo, pensaban, con piedad profunda, en el desfallecimiento que había sufrido su pobre y vieja ternura en esta prueba extraña. Palabras de remordimiento y de perdón cruzaron por su espíritu.: Pero, demasiado impresionados para hablar, se abrazaron sollozando.

INVIERNO

Invierno, viejo triste que mis flores desglosas,
has puesto una nostalgia en mi antiguo balcón;
de mi rosal cayeron moribundas las rosas,
y en mi jardín la fuente suspendió su canción.

De un parque olvidado, en las sendas sombrías
hallo dulces recuerdos de mi edad infantil;
cómo pasan las horas, cómo huyen los días...
la vida es un perfume embriagante y sutil.

Invierno, viejo triste, mi loca fantasía
te imagina que partes con tu melancolía,
con tu aspecto severo, con tu cara tan gris;

por eso es que reclamo mis rosas y glicinas,
y las dulces viajeras del amor, golondrinas,
que me traigan romances de un lejano país!

FELIX B. VISILLAC.

La cuenta de hace cuarenta siglos

La más antigua factura conocida y el libro más pequeño y también de gran antigüedad, los posee la biblioteca de la Universidad de Filadelfia.

Se halla extendida la mencionada factura en un diminuto trozo de loza, en una de cuyas caras hizo anotar un cocinero el precio de dos corderos que había vendido con destino al palacio de uno de los reyes de Babilonia, el año 2350 antes de la Era Cristiana.

En cuanto al libro, cuidadosamente encuadernado, es más pequeño aún que la factura, y consta de numerosas páginas impresas en caracteres casi microscópicos.

De las dimensiones del tomito y del fragmento de loza puede formarse cabal idea con sólo decir que su tamaño total no excede del que ofrece la mitad de una ficha de dominó de uso corriente.



SINTÉTICAS

INTROITO

Heme aquí, caro lector, realizando el vivo deseo, ha tiempo abrigado, de saborear unos cuantos "amargos" en tu grata compañía, no sólo por darme el gusto de establecer una más directa comunicación ideológica contigo, sino también por hallar pretexto para despotricar sobre cuanto asunto venga al caso.

Al poner los puntos sobre las íes, no he de perifrasear con hojarasca retórica. Como es sabido, éste recurso, que mal se aviene a mi propósito, sólo sirve para hacer creer que se ha dicho lo que no se quiso decir. En consecuencia expresaré mis ideas en forma clara, sencilla y, sobre todo, concisa, según cuadra al titulejo adoptado para cobijar las líneas de esta sección.

La circunspección que impone mi sayo, no está reñida con la sinceridad de palabra; y aunque al llamar las cosas por su verdadero nombre, lo haga con mesura y con respeto, sépase que, si fuese necesario, también estoy dispuesto, como aquel buen Crespo de "El alcalde de Zalamea", a anudar el cordón de mi hábito sobre el cuello de quien lo merezca, ahorcándole con todo miramiento.

Dicho esto, entremos en materia, como suelen decir algunos eruditos de segunda mano.

CARIDAD OFICIAL

Cualquier ciudadano, ya forme en las filas del "régimen", ya milite en las huestes "reparadoras" o ya engrose el bloque "común de dos", sabe, perfectamente, que una de las once mil y pico de leyes nacionales que nos rigen, prohibe la acumulación de empleos públicos en un solo individuo de la especie llamada "presupuestívora". Es decir, que la previsión legisladora creó un gato con la intención de aniquilar la plaga de ratones, pero se da el chistoso caso de que los roedores han devorado al felino. En efecto; el caso morboso, sigue produciéndose con la misma frecuencia con que se sucedía antes de la promulgación de la inocua terapéutica legal. Aparte de la brecha que semejantes torpedeamientos abren en la nave del erario público, es de preguntarse: ¿cuál puede ser la eficacia y el provecho que la acción de ciertos funcionarios reporte al país, cuando, hallándose distantes de poseer el don de la ubicuidad, tienen que atender simultáneamente el desempeño de dos o tres cargos?

Entretanto, mientras la muerte natural de estas garrapatas se produce por indigestión, la anemia y la consunción física hacen estragos en la masa de empleados y obreros con sueldos de miseria y entre familias faltas de todo recurso. ¡Váyase lo uno por lo otro!

¡MAS GUERRA!

El hecho de que ya no se escuche el fragor del combate ni el estampido de la metralla, que asoló los campos europeos, induce a error en el sentido de hacer creer que cesó definitivamente la terrible conflagración.

Y no es así; la lucha continúa, sorda, pero quizás más enconada. Lo único que ha cambiado es el escenario en que se desarrolla. De las trincheras, ha saltado a los centros bursátiles, a las instituciones bancarias, donde se producen los asaltos, donde se realizan las emboscadas.

Aniquiladas las tres cuartas partes de la riqueza de las naciones que intervinieron en el desastre, las finanzas y los créditos respectivos, quedaron dolorosamente mutilados; los hospitales monetarios se hallan repletos de inválidos y de enfermos crónicos, casi incurables...

Unicamente la naturaleza de los Estados Unidos, tonificada con astucia, no sólo pudo resistir la hecatombe, sino que logró aumentar, considerablemente, el tejido adiposo de su organismo, que hoy se exhibe satisfecho y encantado de la vida. En cambio, los demás pueblos que le acompañaron en la trágica aventura, se debaten actualmente en los mercados financieros, donde los zarpazos de algunos turbios personajes, consiguen hacer primar sus intereses personales sobre los colectivos, impidiendo que se normalicen las condiciones de vida y que la tranquilidad reine en los espíritus.



LA NOCHE ETERNA

Por E. Carrasquilla Mallarino

(Del libro *"Almas en pena"*, recientemente aparecido).

Madre: El "Pintas" se ha *quedao* dormido. ¡Pintas! ¡Pintas!

La ciega, inclinándose un poco, alargó la mano temblorosa y sucia que pendiente del brazo seco, apergaminado, se parecía a esas hojas tostadas y póstumas que el primer soplo del invierno arranca de las enjutas ramas.

Al cabo de algunos tanteos dió con el cuerpo del chiquillo quien, profundamente dormido, se había acurrucado en el hueco de la vieja puerta habitual, único refugio en la callejuela que daba a la ermita.

—Oye, Pinticas: No te duermas que ya van a salir de misa.

El Pintas, rapaz de media docena de inviernos, caratoso y atigrado, parte por la mugre de nacimiento que le cubría, parte por ciertas manchas que además de ser también de nacimiento denotaban el mal hereditario, abrió los ojuelos asustados, bostezó estirándose y de un saltito se puso en pie agarrando la mano buscadora de la ciega con una de las suyas, y con la otra, a falta de mejor empleo, comenzó a hurgarse las narices.

La pequeñita, la "Pulga", que lo había denunciado al quedarse dormido, dándose cuenta del peligro de una venganza inmediata, escondióse detrás de la mendiga y, medio envuelta en los harapos colgantes a guisa de falda, sacaba la cabeza de vez en cuando para estudiar la situación. Mas el Pintas, dos años mayor que ella, la miró sin hacerle caso, fuera debido a la absorbente ocupación nasal, fuera por cálculo taimado que aplazaba el castigo.

Cuando la gente comenzó a salir al angosto altozano, la Pulga dejó de hacer cocos, tomó la mano izquierda de la ciega y se cuadró quedando inmóvil con la carita levantada en ruego, en la que los dolores ancestrales habían puesto ese sello amargo que da aspecto de enanos viejos a los niños infelices.

El Pintas se frotó la nariz con el antebrazo, quitóse la gorra y a la derecha de la ciega se inmovilizó, quedando en actitud suplicante.

Así, el cuadro aquel que desde hacía mucho contemplaban los devotos de la ermita del Santo Dolor al salir de los oficios matinales, era el mismo en su miseria desconcertante y en su dolor callado, un dolor mudo y tenaz que como protesta silenciosa, como reproche gráfico, se alzaba allí contra la sociedad que era y comulga en Jesús pero sin practicar los humanos preceptos del Hijo del Hombre.

La ciega, extendiendo la luenga mano enjuta, oyó que se acercaban los primeros pasos, y los oyó con una impaciencia, con una esperanza que jamás había sentido tan intensamente. Porque, a decir lo cierto, lo que había de terrible y de imperioso en ese cuadro goyesco: los tres seres que lo componían estaban mordidos como nunca por el hambre aquella mañana y además tenían miedo de volver a casa con las manos vacías. Y era que como se estaba en invierno y en tal época la aldea se halla casi despoblada, puesto que su vida, su comercio, su alegría, la constituyen el verano y los veraneantes, los pocos feligreses que asistían a las misas daban escasa limosna. Por ende hacían caso poco menos que omiso de la ciega y sus hijos, con cuyo cuadro habían llegado a habituarse tanto como con los que muestran la Pasión y Muerte en la Viacruz del templo.

Cuando algunas personas retardadas salieron de la ermita, tomando dos de ellas la calleja, el Pintas llamó la atención:

—Todavía viene gente. ¡Aguárdense! ¡Estate quieta, Pulga!

Los tres volvieron a la silenciosa inmovilidad de su cuadro pordiosero. La ciega extendiendo la mano trémula y cansada; la niña alzando los ojillos lagañosos y suplicantes; el rapazuelo serio y con la gorra en la mano, cual dando anticipados y humildes agradecimientos a la generosidad hipotética.

—Son dos señoritas y nos miran —dijo el chiquillo con voz leve mirando hacia el oído de la ciega.

Una de las pasantes se detuvo y dejó caer en la mano huesosa de la mendiga varias piezas de cobre, cuyo tintín fué el único que los desgraciados oyeron aquella mañana invernal que envolvía en su gris melancólico la aldea, cegándola y entristeciéndola, como si el cielo hubiese querido que así se diera cuenta de lo que sufren los que pierden la luz.

—Que Dios le conserve la vista, señorita.

Luego cada chiquillo recibió una pequeña moneda negra.

—Da gracias, mamá — dijo la Pulga.

—Las gracias — sugirió el Pintas.

La ciega repitió dos veces:

—Que Dios le conserve la vista... Que Dios le conserve la vista.

Al quedar solitaria la calleja se oyó que el sacristán cerraba ya la puerta de la ermita y nuestros protagonistas reunieron sus monedas en manos de la madre.

—Diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta céntimos—contó aquélla, tocando inteligentemente cada pieza y quedándose con todas.

—¡Dos reales!—gritó la Pulga con súbito entusiasmo.

El Pintas miró que la mamá amarraba las monedas en la esquina de un trapo que a modo de pañuelo llevaba en un agujero del refajo desastroso; caló su gorra de pana grasienta desflecada sobre una oreja, tiróle una patada a la Pulga, sin lograr tocarla porque ella hizo un buen quite, y volvió a su ocupación favorita de escarbarse las fosas nasales.

Luego la ciega y la pequeña se sentaron muy juntas en el quicio de la vieja puerta, cual si aun tuviesen que esperar algo allí, y cubriéndose lo mejor posible las piernas y las manos con sus harapos, trataron de calentarse un poco. El frío de la mañana decembrina, huérfana de sol, mordía la carne de los pordioseros, y como les aguijonease más y más el hambre, la ciega atrajo aún hacia sí el cuerpecito de la niña, y metiéndose la mano en el pecho con noble gesto maternal sacó un pedazo de pan negruzco y empedernido, que mordió dando a la chiquilla unas migas.

El Pintas, que había dejado tranquila su nariz, contemplaba los revuelos y evoluciones de un gorrión y de otro que picoteaban en un montón de estiércol y luego volaban con los gusanitos hasta la rama de un árbol desnudo. Pero cuando advirtió que su madre había sacado el pan, precipitóse y se lo arrebató con brusquedad en que se notaba su instinto hereditario de rapiña.

La ciega no dijo nada, y eso que no había deglutido ni un bocado. Pero cuando percatóse de que el rapazuelo se comía toda la escasa y única provisión del desayuno para tres, ordenóle enérgicamente:

—¡A ver, Antonio! ¡Pártelo con tu hermanita!

—¡Dame mi parte, ladrón!—chilló la Pulga, lloriqueando y dispuesta a correr tras el pillo, que en efecto, se disponía a huír con la presa, cual si hubiese aprendido de inmediato la lección de los pajarillos.

Mas no hubo dado el picaruelo diez saltos en su escape cuando al fondo de la calleja enneblinada surgió la recia silueta de un hombre que, piafando con los zuecos en que traía los pies, parecía dirigirse al grupo de mendigos. Cuando el Pintas lo vió, como tocado por una llave eléctrica detuvo su carrera en seco; y luego, caminando hacia atrás como para no perder de vista al aparecido, volvió hasta donde se encontraban su madre y su hermanita.

—¡Ya viene padre! — dijo el Pulga.

La ciega frunció el ceño un instante, y recibiendo de manos de Antonio el resto del pan se puso a comerlo dando tiempo a que llegase el hombre de los zuecos.

Las zancadas de aquella figura medrosa y estrafalaria la aproximaron bien pronto a la vieja puerta que daba su asilo a los desventurados; y de pronto un ronco vozarrón dijo, gruñendo entre dientes y saliendo cual de una caverna por entre los bigotazos y la barba, grises como el día:

—¡A ver! ¡Venga *eso* pronto! ¡Y andando!

La ciega entregó a su hombre el harapo que hacía de pañuelo y de portamonedas, balbuciendo tenuemente como si quisiera adelantar una explicación que de seguro se le pediría con brutalidad:

—Hoy, ya lo ves, no ha rendido el trabajo... Hubo muy poca gente en las misas debido a la humedad, al frío y al día que está muy oscuro... según dicen éstos. Hay que tener paciencia. ¿Y tú, recogiste algo?

—¡Ni esto! — repuso el bruto aquel, mordiéndose la uña pulgar. —Esos perros malditos acechan el momento y apenas están los tachos fuera, se precipitan y se tragan cuanto bocado debía ser de uno... Pero ya he *pensao* y ya sé lo que debo hacer — terminó con acento de fiera amenaza.

—¿Qué? — preguntó la ciega con intenciones de llevarle la idea.

—¡Ya veremos! ¡Ya veremos! No va a quedar ni uno de esos bichos ladrones... Los haré pedazos y les tirarán al quemadero con las otras podredumbres... Aunque la piel, según me han dicho, valdría sacarla. Se vende para la fabricación de guantes... Y bien está. Esos ladrones ricos van bien con las manos forrados en cuero de perros.

—¡Pero no te enfurezcas, hombre! Ten un poco de sosiego y aunque sea una gota de lástima por estas criaturas y por mí. ¿Por qué no trabajas?... ¿Por qué, como lo hacen todos...

—¡Cierra el pico, lechuza! — vociferó el bárbaro, y ordenó después: — Bueno, bueno: ¡andando! A casa. Y cuidadito con respingarme!

Los niños, temblando como siempre que gruñía el padre, se agarraron de las manos de la madre, y guiándola en silencio tomaron el camino de la quebrada, bajo uno de cuyos puentes residían.

La ciega, sollozando y cada vez más torpe para andar, marchaba lentamente, aunque el Pintas, impaciente y temeroso del padre, tiraba de la mano huesosa de la autora de sus días. La niña, chupándose un dedo, seguía cándidamente a su familia.

El hombre de los zuecos se había quedado bastante atrás; pero el grupo doliente caminaba a su vista y bajo su acción amenazante.

Llegado el trío bajo el puente de la quebrada donde, como hemos dicho, residía, la ciega sentóse sobre un montón de paja y los niños se metieron en el escondrijo—mitad cueva practicada en el terraplén por alguna tribu de gitanos, mitad cabaña minúscula o perrera, — que era la casa familiar del

MOMENTOS DE AUSENCIA

TENTACION...

Mientras tuve entre las manos tu cabeza taciturna
y arropaban tus palabras mi friolento corazón,
era ingente su despecho, pues cuajando las tinieblas
nos llegaba hasta los huesos la pavura de su voz...

Y hoy que envuelta en negras dudas y en relámpagos de
[celos,
la inquietud me muerde el alma que no supo de otro amor,
el mar llega a mi ventana como amante sigiloso,
y es su voz melificada por extraña invitación...

ALICIA PORRO FREYRE.

"Runcho", como llamaban al hombre de los zuecos las gentes del vecindario.

Bien pasado el medio día, llegó aquél, después de haber visitado los ventorrillos de bebidas y de hacer los rodeos de costumbre con que el ebrio esquivaba las miradas de comadres y compadres que, según él, teníanle injustificada ojeriza.

El hombrote sentóse en una barrica desfondada, hundiéndose tan cómicamente que el Pintas, mirando desde el fondo de la covacha, soltó una rápida y aguda risilla que sacando a la ciega de su fatigado mutismo, hízole exclamar:

—¡Muchachooo!

El Runcho lanzó una mirada hacia el sitio en que se encontraba el chicuelo, y ordenó:

—¡A ver, esos mocosos! ¡A hacer la *escogencia!* ¡Andando! ¡Antonio! ¡Juliana!

Los niños, obedeciendo sin chistar, salieron, y dirigiéndose a un amontonamiento de abigarrados desperdicios se dieron a la tarea de separar los huesos, las latas y metales, los botones y las cáscaras de legumbres y similares que se vendían a los aguadores para sus borricos.

Luego el Runcho acercóse tambaleando a la ciega, y cogiéndola brutalmente de las manos la empujó hacia dentro. Una vez en el fondo de la covacha el beodo sacó una botella negra que llevaba en el bolsillo trasero, junto al puñal de que no se separaba nunca, y echando un trago de bebida gruesa en una vasija de latón oxidado, se lo pasó a la mujer. Esta recibió la vasija, y, pareciendo vacilar, oyó un gruñido:

—¿Para eso me he *molestao* en tráertelo?

Al decir esto el Runcho le arrebató el trago, y bebiéndoselo de un sorbo acabó a poco con la botella, quedándose al cabo dormido y roncando sonoramente.

Al oirlo la mujer se deslizó felina hasta el exterior, yendo al lugar donde se hallaban los niños en la faena que les era habitual desde que dieron los primeros pasos en el mundo.

—¿Mamá, eres tú?—dijo la Pulga sollozando de susto y de dolor.

Al escoger unos vidrios, en efecto, la chiquilla se había herido un dedo — su dedo preferido; — y, como se lo chupaba, le salía más sangre.

—¿Qué te pasa?—díjole la ciega.

—¡Que me he *cortao* mi dedo!

—¡Tráete un trapo, pronto, Antonio! — mandó la madre, — de aquellos que tienen sebo en el farolito, que también traerás.

El Pintas fué de prisa y con gran tiento penetró en el antro y regresó con el farol y el vendaje que, como si viese perfectamente, colocó la madre a la criaturita.

Después comieron cebollas crudas y unos trozos de pan; y entrada ya la noche prematura, el Pintas encendió el farol y salieron todos hacia el abrigo.

Mas, al penetrar en la sombría estrechez de la covacha, el Pintas detúvose bruscamente, deteniendo a las otras dos criaturas.

—¿Qué pasa?—preguntó la madre.

—Pst...—hizo el chico, llevándose el dedo a los labios y explicando a la ciega en el oído:—oye, mamá: se le ha caído a padre el puñal y me da susto como brilla... ¿Qué hago mamá?

—Acostarse formales. Entrar, entrar y dormirse.

Los niños penetraron, echándose silenciosamente sobre un montón de paja y cubriéndose con deforme y espeso traperío.

Entonces la ciega quedó sola a la entrada, y sentándose en el único taburete de la casa púsose a meditar. Sentíase en tal momento como sobrecogida por una idea que la había asaltado muchas veces durante su vida de martirios, pero nunca como esa noche. Antes la hubo desechado como se desecha una locura, un absurdo, un imposible... Pero en esos instantes se sentía presa de la seducción espantosa que allá en su cerebro, habituado a la obscuridad en que parece que ha de naufragar el pensamiento de los ciegos, asumía no obstante las proporciones de una visión de incendio que llegó a quemarle las sienes. Ella creía ver la realización de su idea y sentía luego que su cabeza flotaba en un pesado silencio. Mas reaccionó, logrando calmarse un poco, y, sin sentir el frío que la noche acentuaba, se puso a recapitular su historia.

Pasaron las visiones rápidas de sus primeros años; vino luego el recuerdo de lo que otras mujeres llaman primer amor, pero que ella no podía nombrar sino primer dolor. Después, como por un chispazo eléctrico, rememoró la escena de varios años atrás, cuando, al recibir un mal golpe del Runcho, había perdido la vista casi repentinamente. Al recordar la escena esta vez, un hervor de vieja indignación, de odio profundo agudizado por los años de martirio de su noche horrible, le llenó el pecho. Exhaló un largo suspiro, que a no ser por evitar el ruido hubiese vibrado más bien como un grito salvaje, y llamó al niño en voz baja:

—¡Antonio! ¡Antonio!

El chiquillo, que no dormía, se levantó, encendió el farol de sebo y acercóse a la madre.

—¿Qué quiere mamá?

—Oyeme: ¿brilla *eso* todavía?...

—¿Qué, mamá?

—El puñal de tu padre.

—Sí, mamá: allí lo veo...

—Bueno, pues tráemelo... ¡Anda!

El Runcho, boca arriba y con los brazos abiertos, continuaba roncando estrepitosamente; de modo que el Pintas pudo acercársele sin reparo y recoger el arma brilladora que entregó a su mamá.

—Bien. Ahora vete a acostar de nuevo a tu rincón y apaga el farol.

Así, cuando la ciega se sintió sola y oyó apagar la luz, levantóse movida por un raro vigor, asió bien el puñal y a tanteos certeros por el sitio familiar, llegóse al roncador, examinóle el pecho rápidamente, buscando el lugar del corazón. De un golpe le enterró hasta el cabo el arma aguda; y el bruto, herido de muerte, oyó a la ciega que le decía:

—¡Ahora te toca a tí la noche eterna!

FUGITIVA ILUSION

¿Qué vale la ostentación de la vanidad que infla como el humo a los globos multicolores?... Ello no es más que la fugitiva ilusión de su grandeza, que luego se torna en decaimiento espiritual cuando pasan las horas, los días y los años.

Uno se cree personaje en la angostura del camino de la vida, aunque se tiemble de la propia sombra y se viva con torturante desconsuelo.

Los que pasan menosprecian, y uno se llena de barro como al andar por la ruta fangosa. Se sabe que se vive en el ambiente enrarecido de la ficción, y aunque se está deshecho se simula con el himno triunfal de los vencedores.

Antes que el tábano zumbón, es preferible ser humilde abeja. Ni hablando en jeringoza, ni llenos de aspavientos hemos de lograr ser más de lo que somos. La vanidad es muy mala compañera: es la enemiga que hace más pobre la humana fragilidad.

OSCAR ALBERTO IBAR.

Las bordadoras bretonas

Como Camariñas y Almagro tienen fama por sus encajeras, en España y aun fuera de ella, los raros y curiosos bordados bretones se aprecian en todo el mundo.

Hay pueblos en Bretaña en los que las mujeres sólo se ocupan de bordar.

Desde la mañana temprano hasta que el sol deja de lucir, las muchachas no cesan en su trabajo de bordados, los famosos bordados amarillos sobre fondo negro que han dado renombre, entre otros pueblos bretones, a Pont l'Abbé.

En Pont l'Abbé, todas casas son tiendas de bordados; el solo negocio del pueblo, como el de todos los de la comarca, es la fabricación y venta de las anchas piezas de tela negra bordadas de amarillo, que tanta aceptación tienen en el comercio de confecciones femeninas, de todas partes.



MOTIVOS DE LA CIUDAD

AVENIDA DE MAYO

A Antonio Bassi.

Recibe mi saludo de nómada, Avenida
de Mayo, que el desfile de las bellas mujeres
—habitués elegantes de la calle Florida—
prolongas en la hora de los atardeceres
de este estío que llena de sol tus arboladas
aceras que convidan al idilio, en el trance
de una fácil conquista de Mimís (celebradas
heroínas de Mürger y Musset), que el romance
de mis primeros triunfos de amor ya tan lejanos,
tornan a sugerirme por lo que de él me queda
aún—perpetuadores de afectos cortesanos:—
un retrato, una epístola y un pañuelo de seda...

Hoy retorno a tí desde mi provincia, atraído
por la existencia múltiple, febril y laboriosa,
trayendo, como nunca, el espíritu henchido
de nuevas esperanzas...
¡Oh, moderna y hermosa
arteria que en sí encierra la actividad genuina
de la ilustre Metrópoli del Sur y que mantienes
las ansias de progreso de la raza latina
que te ha dado el encanto edilicio que tienes!

Avenida de Mayo, salud!
El visitante
vuelve a rimar sus versos en tu elogio, lo mismo
que un artista ateniense a una dama de América:
(ojos de un vago tono gris de sonambulismo;
alta y fina: veinte años y un poquito quimérica).
Y se queda admirando tu tráfico, anhelante
de una grata frescura de bosque que se extiende
de la histórica plaza hasta la congresal.
Avenida de Mayo: gran vía comercial
de Buenos Aires—rica y espléndida, se entiende—
y celebro el bullicio de tu tarde de fiesta,
entonando, en voz baja, unos viejos cantares
del terruño nativo que solloza en la orquesta
típica de tus bares...
Emociones, nostalgias... Horas de ayer vividas
en un tren de bohemia asaz ilusionada,
de viajes, de aventuras, con las buenas queridas
que fueron siempre amantes de la capa y la espada.

Avenida: por eso feliz en tí me encuentro
al cabo de una estéril, vegetativa ausencia,
como quién es de nuevo restituído a su centro
de gravedad por una inviolable potencia
orgánica, y lo mismo que en pretéritos días,
torno a ver, distribuídos en los escaparates
de tus grandes bazares, tiendas y joyerías,
affiches novedosos y anuncios de remates
de ocasión, con el claro, profundo regocijo
de aquél que al fin se sabe con un destino fijo,
a la vez que—¡oh, contraste!—sobre el trajín ambiente,
los kioscos de revistas y los puestos de flores,
ponen en el desborde de la humana corriente,
su nota de poesía para los soñadores...

Mas, como en un aparte, el Lujo, la Belleza,
el Sport y la Banca forman en tí corrillos
también, y se comenta con real delicadeza
los boatos de modas y se idean sencillos
paseos a la rambla de Mar del Plata, por
simples pasatiempos o hábitos sociales...
(El son de las bocinas se hace ensordecedor
y el aire sopla lleno de vahos primaverales).
Y bien, sólo por este motivo me apasiono
tanto, que me imagino estar en Nueva York
de tránsito, viajero sin ancestral encono
étnico—¿comprendido?—como buen soñador...

Avenida de Mayo, generosa avenida,
abierta a los que llegan de extranjeros países,
en cuyo seno busca refugio *la perdida*,
el tahur, el poeta y el burgués de ojos grises:
viejo verde que tiene su paraíso de opio
en el Armenonville, el Jockey Club, el Casino
donde entre naipes, hembras y champán, es el propio
Brummel (pero a la inversa) con frac de libertino;
despectivo monóculo, orquídea en el ojal
y anillo con un grueso solitario engarzado
en platino, que hubiera sorprendido a Oscar Wilde
por su enorme tamaño, y a Verlaine, indignado.

¡Oh! Avenida de Mayo,
mientras voy ordenando mentalmente este ensayo,
pues se me antoja que eres la desembocadura
—*pardón* por la metáfora—de la urbana energía,
en donde algunas veces hasta el alba perdura
el rumor del trabajo y de la algarabía
popular: y a tí vuelvo, como dije antes, con
mis cuadernos de versos y mis sueños de andanza,
a entregarte el cerebro y el alma en la canción
y algo más todavía: la fe y la esperanza,
bajo este cielo claro que extiende sus banderas
de luz sobre el delirio del rodar incesante
de *autos*, coches, camiones, en tanto en las aceras
—sedas, joyas, perfumes—el gentío elegante
se recrea animado por la hora propicia
al diálogo mundano y al mirar que acaricia...
Y frente a este espectáculo de exposición me siento
muy otro, y, de improviso, me asalta el pensamiento
de irme a vivir la vida ruda del inmigrante
que de la madre Europa cada año trae la buena
voluntad que le falta al nativo habitante
de nuestros campos para la agrícola faena;
y ser uno más de esos sembradores de trigo
y de maíz, que sólo vienen al territorio
argentino—el primero por su fertilidad—
al labrar su fortuna y hacer de él un emporio
de riquezas, en que halla pan sabroso el mendigo
y el hombre de negocios, bien y comodidad:
de irme a vivir la vida del valle y la montaña,
prolífica y humilde, tal como las hormigas,
en donde el pastor tañe su pífano de caña
y se atisban las trojes desbordantes de espigas,
al par de los que cantan el gran himno del músculo
—no el de las Capitales, ferias de corrupciones—
varonil, y celebran la lluvia del crepúsculo
y el sol de las mañanas, en las cuatro estaciones!

SANTOS AGUILERA

BELLEZAS DE ITALIA

SIENA

(Véase el complemento gráfico de esta nota, en las páginas de grabado del presente número.)

Siena, ciudad situada sobre tres colinas, en el armonioso corazón de la Toscana, purificado de cipreses, en un escudo de belleza lleno de sugestiones épicas y líricas.

Es la ciudad medioeval de Italia donde se siente con más intensidad el encanto de esa edad caballeresca y religiosa, con sus enormes conventos, sus espléndidas iglesias ornadas de vírgenes y santos nimbados de oro, sus callejuelas estrechas y tortuosas entre los pórticos ennegrecidos, y sus macizos y elegantes palacios que nos hablan de conjuros, de asaltos y de misterios. Conserva casi intacto ese austero a la vez suave carácter medioeval que sabía aliar a la fuerza que impone, la gracia que fascina; a la robustez del atleta, la reducción de la mujer. Si el arte no se aísla nunca de la vida, no hay lugar en que resplandezca mejor esta verdad que en Siena.

Más que en sus libros y en sus crónicas, la historia civil de Siena está escrita, con milagrosa elocuencia, en sus bellísimas iglesias y en sus soberbios palacios, en sus pinturas y en sus decoraciones, que son las expresiones del arte que retratan a lo vivo los deseos, las aspiraciones, los gustos, las costumbres, las penas, los goces, la fe y la filosofía de este gran pueblo.

Sugestión clásica, sentida como un embrujamiento; sentimiento nacional, llevado casi al delirio, y espiritualidad mística llena de secreta fuerza: he aquí algunos de los principales elementos que dieron al arte de Siena un sello particularísimo. Pero es el elemento religioso el que le da a Siena su mayor originalidad.

"Verdad es que todo el arte medioeval es un reflejo — como dice D'Ancona — de esa viva preocupación de los ánimos y de la fantasía por la ultratumba, que forma el ambiente donde se desarrolló el genio de Dante: ese sobrenatural cristiano que fué para el Medioevo lo que el caballeresco fantástico fué para el Renacimiento"; pero en Siena este común sentimiento religioso asumió formas y caracteres especiales. En ningún pueblo encontramos como aquí los contrastes y los claroscuros que nacen de una vida demasiado encendida y de un espíritu refinado, unidos a un agudo anhelo intelectual y religioso.

De un lado — como un estallido de color y de luz — todos los excesos y los desenfrenos de la sensualidad, del ansia de los placeres y alegrías de la vida; del otro todas las exageraciones de un misticismo exaltado más ascético que religioso.

El arte, que es la síntesis perfecta de la belleza ideal, ha conseguido compendiar maravillosamente toda una vida tejida de sentimiento guerrero y de sentimiento místico, y a mostrarnos claramente lo que fué el alma de Siena en los lejanos años.

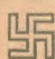
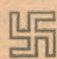
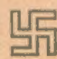
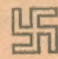
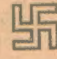
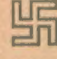
Pensad en San Ansano, San Bernardino, Santa Catalina (principales santos de Siena); ¿qué eran San Ansano y San Bernardino, sino ciudadanos antes que ascetas? ¡Con qué fervor se ocupan del regimiento y de las leyes de su ciudad! ¡Con qué entusiasmo luchan, hablan, escriben, sin fatigarse nunca para infundir en el ánimo de sus conciudadanos su fe, que no es solamente mansa fe religiosa, pero es también ardiente amor patrio!

¿Y Santa Catalina? He aquí una verdadera antorcha de fe y de patriotismo. ¡Con qué eficacia interviene en las contiendas entre sieneses y florentinos con su verbo cálido, con su pluma viril y profética, con todas sus grandes energías espirituales! En el drama de la vida ella participó como protagonista enamorada del dolor, viviéndolo enteramente entre la multitud miserable.

¡Admirable mujer! Extenuada por los ayunos y las fatigas, pero encendida de pasión, se dirige a Avignon para persuadir a Gregorio XI de la imperiosa necesidad de regresar a Roma; más tarde va a Roma, llamada por Urbano VI, y anteriormente, durante la terrible pestilencia que asoló Siena y Pisa, élla, como el ángel de la consolación, admirable de femenina piedad, envuelta en sus albas vestiduras de dominicana, semejando más una visión que una criatura mortal, prodigó sus cuidados a los enfermos. Las efigies de estos tres místicos, por los cuales el ideal se confunde casi siempre con la realidad, encuéntrase a menudo en las iglesias sienesas; pero viéndolos en la Sala Mayor del Palacio Público, que fué residencia de la Señoría, y que recuerda mejor que ninguno las alternativas de Siena ficciosa, piénsase que ellos también aquí se encuentran perfectamente en su sitio. Bello, magnífico, el más grandioso entre los palacios góticos de la Toscana, en la vastísima plaza del Campo, que tiene la forma de una concha invertida, plaza que es el corazón del movimiento ciudadano, surge este Palacio Público (cuyo interior es prodigiosamente rico en obras artísticas) que representa en forma nobilísima la dignidad cívica y la sede donde se discutían las supremas razones en defensa de las libertades comunales. Fuerte, majestuoso y al mismo tiempo lleno de gracia, forma como el fondo pintoresco, como la escena del admirable anfiteatro de la plaza tan vibrante de vida, de luz y de color en las célebres fiestas tradicionales del "Palio", que se celebran el 2 de julio y el 16 de agosto.

A un lado del palacio se yergue esbelta y elegantísima, como un airón en el casco de un guerrero, la famosa torre del "Mangia" — llamada así por el nombre de un autómata que antiguamente hacía sonar las horas, — que tiene 102 metros de altitud, y en cuya cima se domina uno de los más hermosos y sugestivos panoramas que puedan contemplar ojos mortales.

Ningún edificio en Italia, y quizá en parte alguna, presenta reunidos los elementos y los caracteres del arte de un pueblo en toda su historia como la Catedral de Siena, el estupendo templo donde han concentrado los sieneses las aspiraciones más nobles del amor patrio y del orgullo ciudadano, donde por espacio de siete siglos todos sus artistas (grandes o mediocres) han dejado la huella inmortal de su ac-

Y así, sencillamente...

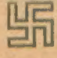
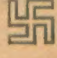
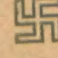
El día de mañana, cuando el alba despierte,
jugaré una partida de naipes con la muerte...

Por una sota de oros que se perdió en el juego,
el diablo, un as de bastos ataviado de fuego,
confundirá en el mazo las basas no logradas,
y habrá, al chocar de copas, relámpagos de espadas!
Manejaré las cartas con singular maestría
pues con ellas me juego la triste vida mía;
me juego la dulzura de unos labios bermejos
y lucho por la vida de recuerdos añejos.

¿Será la sota de oros quien decida la suerte,
o será el as de espadas, dominador y fuerte,
jugando en el extremo de mi diestra nerviosa?
No lo sé... Mas, poseo la prenda milagrosa
de una mujer que adoro, de una mujer soñada
que surge en mi sendero, divina y perfumada,
como un cuento de Oriente sobre un libro de seda...
De una mujer más blanca que las carnes de Leda,
más pura que las aguas benditas de las pilas
que en los templos cristianos reflejan las pupilas
expresivas y tristes de los arrodillados...
De una mujer que ostenta los cabellos dorados
de las pálidas vírgenes que sueñan en las criptas,
y cuyas gracias nunca pudieron ser descriptas
pues turba su sonrisa, conmueve su mirada
y el alma, a su presencia, se siente dominada...

En esa dulce prenda de su amor inconfeso
puso su alma en el alma luminosa de un beso
y en la suave dulzura de una tierna plegaria...
Y mañana, mi mano, severa y estatuaria
en el trágico juego de los naipes humanos,
empuñará solemne la cruz de los cristianos:
defensa, pomo y hoja de un acero homicida...
¡Y así, sencillamente, me jugaré la vida!...

EDUARDO MARIA DE OCAMPO.



tividad generosa. Claro está que la obra en conjunto no es uniforme en su estilo, porque se resiente de la influencia de las diversas épocas en que fué llevada a cabo, revelando el afán de los sieneses en armonizar el estilo gótico con el ramánico y de conciliar más tarde con las maravillas del arte gótico las tendencias del naturalismo y las elegantes creaciones del Renacimiento.

¡Oh, la lírica y radiante fachada de este templo, visión miliunochesca de mármol y de oro, donde se yerguen graciosas columnas como poemas definitivos de la fe, y florecen estatuas como cantos ideales del místico amor, y sonríen mosaicos, encendidos en oro, como luminosos ensueños de esperanza!

¿Es de mármol o es de carne esa fachada vibrante de vida, donde parece que corriera la sangre de la fe, de la fe que la modeló y creó como al hijo predilecto, como al hijo en el que se deposita la más pura esencia del amor?

¡Luminosa página del libro inmortal del arte, bella como un ángel, con las alas abiertas en la inefable actitud del vuelo, sonriente y feliz como un parto del sol y la primavera! Y ¿qué decir del interior del templo, sino que es de una belleza fantástica y de una riqueza única? ¿Dónde posar los ojos fascinados? El caballero Corazón es incapaz de detener, con el freno del análisis frío y medido, al impetuoso corcel de la fantasía. El caballero Corazón se ha perdido en el bosque de la bella Rurmiente — la bella Durmiente es hoy la fe — y encuentra en su camino al Arte, que lo emociona con su elocuencia, y a la Riqueza, que lo fascina con su esplendor. ¡Cuántas columnas, cuántas estatuas, cuántos sarcófagos! ¡Qué profusión de cuadros espléndidos! ¡Qué sillerías suntuosas! ¡Qué sendero de leyenda forma el rico pavimento del templo—quizá único en el mundo—con su serie de maravillosas figuras que representan hechos bíblicos, grabadas en el mármol, donde se camina como con un santo temor de profanarlas! ¿Y el púlpito? Obra maestra del siglo XIII, es una de las más espléndidas creaciones del arte cristiano, debida al prodigioso cincel de Nicolás Pisano (1268). ¡Cómo resaltan los maravillosos bajorelieves, que aparecen entre una profusión lujuriante de arabescos y de hojas, y qué esbeltas y elegantes son las nueve columnas de pórfido y mármoles que lo sostienen, algunas de ellas reposando armoniosamente sobre el dorso de cuatro leonas modeladas en forma soberbia!

Un verdadero museo de arte es la Librería Piccolomini, cuya entrada de estilo renacentista, se encuentra en la nave izquierda del templo, y es obra estupenda la decoración de la puerta: los bajorrelieves de ornamento de los pilares despiertan la admiración de los inteligentes, como también las dos rejas de bronce. Fué ordenada por el cardenal Francisco Piccolomini (luego Pío III), para conservar una colección de libros corales y los escritos de su tío, el famoso literato y reputado humanista Enéas Silvio Piccolomini (Pío II). Las decoraciones escultóricas de esta sala, que es una delicia de los ojos, son de Marrina, y los diez frescos que representas diez acontecimientos de la vida de Pío II, son de Pinturicchio, el cual desplegó en ellos toda la potencia de su ingenio, frescos que el espectador puede interrogar como las páginas más vivas de la historia sienesa del 1400; representan, en efecto, el último resplandor de una edad que declina ante la primera aurora de una nueva era. Tanta es la frescura y la viveza de su colorido, que parecen pintados hoy...

. . . .

La naturaleza que circunda a la ciudad está en perfecta armonía con las cosas: una corona de colinas, enjoyada de viñas, en cuyas cimas álzase un monasterio o una iglesia, todo un paisaje "soave austero", de tintas no muy violentas, grises olivos y aquí y allá esbeltos y oscuros cipreses, rígidos como antorchas.

Bajo la bruja sugestión del crepúsculo rosáceo, que se desmaya lentamente en lila, Siena adquiere la belleza sobrenatural de una santa en éxtasis; el silencio la rodea, pero un silencio vivo que me trae a la mente un verso de Lugones:

...Y el divino silencio sólo era
la pausa de una música infinita...;

un silencio hecho de "miti rimpianti" y de contemplaciones.

MAYORINO FERRARIA.

Romance de la hija dormida

En su graciosa cuna,
con tanto amor construída
como si fuera un cofre
para guardar reliquias,
entre un llanto de sueño
se durmió Lady Nívea
a la caricia de oro
de una canción tranquila,
de una canción tan pura
como el Avemaría.
Se ha dormido abrazando
su muñeca querida,
que sin ninguna lástima
la arrastra todo el día!...
En un temblor extraño
de mi alma y de mis fibras,
estoy junto a la cuna
contemplando a mi hija...
Tiene su cara de hostia
esa inocencia fina
de los ángeles blondos
de una estampa. Dormida,
me atrae y me ata fuerte
a sueño de lila,
y en su boca adorable,
en su boca purísima,
entornando los ojos
tal como en una mística
elevación de mi alma,
pongo la seda tibia
de mi beso, con toda
mi ternura... Suspira,
a mi sagrado beso,
celeste de dormida,
y aspiro en su suspiro,
cual perfume de lilas,
toda su suavidad
de soñada caricia,
todo su aroma de ángel
y su inocencia nívea
como el pétalo blanco
de una rosa virgínea,
mientras mi corazón,
que no es cuerda que vibra,
sino rezo de Kempis
en una noche íntima,
se me sale del pecho
de piedad infinita,
de miedo que le da
de verla tan dormida,
y, levemente triste
como fragancia antigua,
vela la rosa blanca
del sueño de mi hija...

JOSE Ma. OLMOS CARDENAS.

Especial para "FRAY MOCHO".

De la enseñanza del dibujo

Por Pedro Roca y Marsal

Cuentan los biógrafos de Goethe, de Víctor Hugo y del vate argentino Almafuerte, la importancia que éstos dieron al dibujo.

Cuando Goeth vivía atormentado, en su afán de saber, el padre le aconsejaba que dibujara, si quería llegar a ser inteligente y trataba de explicarle el mecanismo del cerebro y el desarrollo de las células cerebrales, al ponerlas en juego, por intermedio de la observación, la atención y la voluntad, cuando se ejercita el dibujo.

Si algo conocemos de nuestros antepasados de la prehistoria, del hombre de la caverna, de su vida, es por los admirables dibujos que dejaron grabados en sus paredes, lo mismo que la prehistoria de América la conocemos por sus dibujos, por su arquitectura, por esas colecciones de vasos, platos y tejidos, en los cuales se ve la huella del grabado, ya sea con algún motivo decorativo, o por algunas escenas de su vida o de sus ceremonias.

En el orden intelectual de otras épocas, el dibujo era comprendido, no como materia de adorno o complementaria, sino como indispensable para la cultura del hombre.

Hoy el dibujo ha quedado relegado a un puesto secundario, sin querer comprender su utilidad; no hay que interpretarlo bajo la faz artística, sino como una cosa imprescindible en todas las ramas del saber humano. Desgraciadamente, faltan en nuestro país escuelas donde se aplique el dibujo a todas las actividades y si existen algunas, son sociedades particulares que llenan una misión determinada, como ser: distraer de los antros perniciosos a un escaso número de jóvenes, animándolos a la concurrencia de esas clases, como mero pasatiempo, finalidad noble y que beneficia; pero el dibujo, aplicado a las diversas actividades y oficios, como ser: carpintería, mecánica, electricidad, mueblería, corte y confección, en fin, a todas las manifestaciones del trabajo, sería el gran factor de las industrias; pero luego existe la faz intelectual, la del niño en la escuela primaria, la del joven en la secundaria y especial y es allí dónde se aprecia la aplicación del conocimiento de las formas, ya sea en el estudio de la geografía, física, botánica, zoología, mecánica y de la anatomía en general y, a este respecto, debemos recordar los dibujos de estudio anatómico de Miguel Angel, los de Leonardo Da Vinci, genios que lo mismo pintaban o esculpían, o hacían dibujos para fortalezas, máquinas de volar, que aplicaban la química y la física a la teoría de los colores.

Recuérdese la importancia extraordinaria que daban al dibujo los pueblos de admirable civilización: persas, árabes y especialmente los hindúes.

El dibujo, puede decirse que es la escritura universal, pues un objeto dibujado es interpretado por cualquier persona, sin necesidad del conocimiento de idiomas.

Recordemos, también, a nuestro malogrado Malharro, quien hizo ver bien claro este problema de la enseñanza y que de ello llamara la atención a grandes pedagogos mundiales.

Afortunadamente en nuestro país tenemos hombres de esclarecido temperamento pedagógico que se preocupan de esta asignatura, proveyendo sus aulas de modelos y de las comodidades que se requieren, para poder obtener de la enseñanza el mejor resultado posible y no está lejano el día en que veremos a esta asignatura al nivel de otras, por la convicción de educadores y educandos.

LA PASION DEL PATRIOTISMO

Pasiones de este género (el patriotismo) no se discuten: se aprovechan, porque constituyen inapreciables depósitos de energía viril y de sublimes heroísmos. Misión de los Gobiernos e instituciones docentes es canalizar, apoyar esta admirable fuerza, aplicándola a las útiles y redentoras empresas... La patria no es solamente el hogar y el terruño; es también el pasado y el porvenir, nuestros antepasados extintos y nuestros descendientes lejanos.

SANTIAGO RAMON Y CAJAL.

EL CHISTOSO

Por Vicente del Olmo

Ni más ni menos que la receta de un plato exquisito, en la ciencia de la alta cocina, o, en lo que respecta al arte del perfume, la fórmula de un específico contra la calvicie. ¡Así, como suena!... ¿Quién sienta tal afirmación? Don Evaristo de Puchana, campeón de la elocuencia del torneo oratorio que se celebró en el Bar-Bián: ¡Setenta y seis horas, diez y seis minutos y once segundos de disertación!... Durante las últimas treinta y seis horas de su conferencia, el ilustre *causeur* sólo tenía el mobiliario del establecimiento por auditorio. Los camareros, tras el tiempo natural de descanso, habían hecho tres jornadas de trabajo: a las cuatro horas, diez y seis minutos y once segundos de la cuarta, en previsión de que el Bar-Bián quedase sin parroquianos, envióse a buscar a' un barbero—¿...?—para que sangrase a don Evaristo de Puchana y concluyese su perorata el ilustre disertante.

Don Evaristo de Puchana, *in illo tempore*, en el romancesco de sus barbas nazarenas y su pipa de doble fondo—¡actualmente usa un *botafumeiro* de salvia y tabaco!...—fué un intrépido bebedor de agua.

—¿Qué va a ser?—respetuosamente decíale el camarero. Pura fórmula del *garzón cafetero*. Ya se sabía lo que *iba a ser*:

—¡Nada!...—Y olimpicamente, con cierto disimulo, colocaba en la diestra del mozo unos centavos. Ante tal gentileza—¡la de los centavos!...—el camarero servía botellas y botellas de agua en el tiempo que duraba la estancia del señor Puchana en el café.

—En la confección del chiste o el pensamiento—exclamaba don Evaristo anoche—nunca deben faltar los tres ingredientes que la preceptiva literaria marca: exposición, nudo y desenlace... El chiste de astracán, ese que tanto se calumnia, ese que tan infundadamente se demerita, es el que más se ajusta a los cánones señalados. El mismo trabajo cuesta hacer un chiste que un pensamiento. Quien opine de otra forma, ¡oh amigos míos!..., tiene el cerebro de cemento armado... El chiste puede hacerse de un juego de vocablos, de una comparación o preparado en forma para el astracán.

Y dirigiéndose a la reunión en pleno, instó:

—Para que veáis prácticamente el modo de fabricar chistes, dadme un tema.

—Ahí va un tema, don Evaristo: "¡Cero!..."

—Un personaje que en cuerpo y alma hállase entregado a las matemáticas. Las matemáticas y dos criados, ¡uno alemán y otro francés, y que por cierto no se pueden ver ni en estampa!..., constituyen la pesadilla del matemático. El francés y el alemán, y el alemán y el francés, mutuamente, échanse la culpa de los yerros propios.

Pero ¿quién fué el alcornoque que me desordenó las cuartillas de estos cálculos?—malhumorado gruñe nuestro personaje.

Zhero—respóndele el servidor francés.

¡Llame usted a ese paquidermo!—ordena. Pero, como buen hombre de ciencia, antes de que se le olvide un problema que trae en la mollera, escribe y dice: X + X igual...

—¡Zhero, monsieur Sisebuto!—dice el franchute.

Maravillada del ingenio fértil de don Evaristo, con una ovación cerrada que para sí quisieran muchos en noches de estreno, suplicóle la concurrencia la confección de un pensamiento. Escogido el motivo—¡las mujeres y el vino!,—improvisó:

—El amor, como el vino, puro; la mujer, como el vaso, cristalina y transparente.

—Oye—interrumpióle uno.—¿Más de lo que va vestida ahora?

—¡Muy bien, muy bien!...—asintió el señor Puchana.—¡Del contraste has sacado una situación hilarante!... Noto que os habéis contagiado y que el proselitismo empieza... ¡Pronto seréis dignos discípulos!

Y halagado en su vanidad por la emulación:

—Muchos estros luminosos de nuestra escena no tendrían inconveniente en firmar "El agua apaga el fuego de la sed; pero no sacia el abrasante incendio del amor", o este parlamento:

—"¿El Chulo del Garrote? ¡Ese que pide calamares en su tinta y moja la pluma en la grasa para escribir las esquelas de defunción de los que piensa *apiolar*?".

En tan histórico momento acercóse a la mesa de la peña un bohemio borrachuzo, que pretendió epatar a don Evaristo de Puchana con la célebre parábola:

—"El buey conoce a su dueño y el asno el pesebre de su señor..." ¿Hum?...

—Cierto: pero en verdad os digo, ¡oh hijo de Baco...!, que eso es en dos animales que tienen talento, no en personas que ignoran cuándo molestan y quedan muy por bajo del buey y del asno.

Impunemente, por muy buen confeccionador que sea de chistes y pensamientos, no se pueden decir las verdades. Don Evaristo de Puchana no lo tuvo en cuenta cuando prosiguió:

—La situación cómica tiene por base el ridículo, y el ridículo es...

—¡Así!...—en el *delirium trémens*, ladró el curda. Y hundió el sombrero de don Evaristo de Puchana hasta su garganta, dejándoselo a guisa de collar.

Los soldados de Tunquin

Una mujer condenada a muerte en Tunquin, sufrió el suplicio con tanto valor, que los soldados que la rodeaban se comieron su cadáver, no por bravata o crueldad, como los salvajes del Canadá, sino para identificarse con aquel valor que tanta admiración les causara.

Escenario político

CARACTERES DE AMBIENTE

XVI

EL DISCOLO

Hay díscolos en todas partes, pero en ninguna abundan tanto como en el escenario político. El díscolo es casi siempre un hombre descontento, irritable, impertinente, fastidioso y aguafiestas. Cualquier cosa, siempre que no sea una afirmación suya o aceptada por él, es motivo de discusiones violentas y poco deliberativas. Es necesario verlo y escucharlo para darse cuenta de todas las dificultades que provoca y las molestias que ocasiona, en cualquier parte donde se halle y cualquiera que sea el sitio que ocupe en el escenario en que actúa. Tal vez pueda creerse que es fácil eliminarlo. Para tener tal opinión es necesario no haber actuado en política.

En política cuando se lucha con el propósito de triunfar y escalar posiciones no se eligen y seleccionan partidarios y propagandistas: se reciben y aceptan casi siempre sin beneficio de inventario con tal que representen o aparenten representar algo que signifique algún aporte para el éxito. De ahí una serie de hechos un poco confusos para el espectador que no vive en los entretelones del comité y en las agitaciones de la lucha electoral. El espectador que contempla el escenario, en la exteriorización de los hechos, desconoce la tramitación interna que elaboran esos mismos hechos. Por eso, más de una vez se extraña que un sujeto universalmente conocido como díscolo y atrabiliario sea un día nombrado ministro o elegido orador oficial en la reorganización de cualquier partido. Amigos y adversarios, conocidos e indiferentes, saben que es intratable en los detalles más insignificantes en que la vida de relación los pone en contacto con él. Sin embargo representa algo, significa alguna cosa. Algunos ponderan su talento, otros su vasta ilustración, el de más allá su eficacia oratoria, no falta quien afirme que es irreductible por la integridad moral con que reviste todos sus actos. La leyenda, algunas veces, no tiene más consistencia que el valor subjetivo con que se define la leyenda misma cuando se examina la biografía cronológica de los hechos que constituyen su vida pública. Máximo Paz, con la aparente simplicidad con que aureola su nobleza moral, al clasificarlo, "es personaje con lo ajeno", suele decir.

Es natural que no todos los díscolos son ministros, universitarios de prosopeya, autores de libros o redactores de programas. La gran mayoría son analfabetos. Muchos apenas saben leer y escribir mal, al oscilar entre la medianía que constituye la media mental y la vulgaridad, que es mucho menos que la medianía, precisamente porque es vulgar. Cuando el díscolo no calza el alto coturno universitario ni vive en las altas esferas del gobierno, si tiene temperamento político es un obstáculo en la organización de los comités y en la disciplina partidaria, cualquiera que sea el grado de sinceridad y de lealtad con que actúe. Por eso casi siempre en los comités políticos, suele asignársele esas posiciones decorativas, donde con apariencia de mando sólo tiene la ilusión que ideológicamente transforma en realidad para acentuar la intemperancia que le permite satisfacer sus propias exigencias.

XVII

EL SOLEMNE

De todos los hombre que he tratado ninguno tan solemne como mi condiscípulo Don Hermeregildo Jovellanos de la Quintanilla. Desde niño tenía ese aire solemne al par que funerario con que se distingue en el rebaño anónimo. De estatura más que mediana, enjuto y acartonado, las piernas algo combas, encorvado de espaldas, ojos negros y penetrantes, cabellera ensortijada con tendencias a melena arrabalera, mostachos de mosquetero, título universitario, inteligencia mediocre, raciocinio pedestre, moral elástica, sentimientos subalternos, egoísmo reconcentrado, es en síntesis el retrato físico y moral que corresponde a ese sujeto que vive espontánea, sin segundas ni terceras intenciones, inherente a la propia estructura mental de mi condiscípulo.

Cuando alguna vez, por ejemplo, le toca hablar de la honestidad política o de la lealtad a los principios, Don Hermeregildo Jovellanos de la Quintanilla ahueca la voz y con tono grave, solemne y acompasado, después de observar al interlocutor o al auditorio, pronuncia sus frases con toda la majestad y con toda la unción con que un orador sagrado repite las siete palabras, sin creer ni un jerónimo de lo que afirma y repite con tanta solemnidad. Diputado, ministro, orador de comité, propagandista político, es siempre grave y solemne.

En esta última época su solemnidad es más grave todavía. Ignoro si los años van cristalizando esta en el llano y en la cumbre, oscilando constantemente al vaivén de los acontecimientos para exteriorizar en el escenario el título de hombre solemne que ahueca la voz para decir la vulgaridad más insignificante.

Mi noble amigo Juan Antonio Argerich, afirmaba con énfasis, que me falta cuando hablo y cuando escribo la ironía que traduce a flor de labio la intención picaresca. Es exacto, solía decirle, cuando con insistencia vasca me repetía sin cesar mi deficiencia mental. Me falta ironía porque soy ingenuo y soy ingenuo porque me falta ironía. Porque soy ingenuo y carezco de ironía he tenido la debilidad de creer en la solemnidad de mi condiscípulo. En el trato — no tan frecuente como haría presumir nuestra vieja vinculación — no se me ha ocurrido sospechar jamás que esa solemnidad funeraria fuese tan hueca y disimulada. Creí con ingenuidad casi infantil, que ella era sincera y essolemnidad para darle la consistencia irreductible del granito. Tal vez y sin tal vez, Don Hermeregildo aspira a la inmortalidad. La inmortalidad llega y se perpetúa con toda solemnidad. Propiamente hablando, sin solemnidad no existe la supervivencia póstuma. Don Hermeregildo es solemne. Luego, es inmortal. Me parece que tal es el raciocinio que monologa en el silencio de su pensamiento.

Sería inoficioso anotar que en el escenario existen muchos solemnes como Don Hermeregildo. Basta verlos en las antesalas de la presidencia, en el despacho de los ministerios, en las reuniones de los comités, en la cámara y en el senado, en las manifestaciones públicas y privadas, para que todos y cada uno podamos señalarlos sin duda ni vacilaciones. Es tal vez el ejemplar que lleva con mayor publicidad en sus espaldas la contraseña con que se distingue. Sin solemnes, la comedia y el drama, con ser trágicos algunas veces, les faltaría el acento funerario que provoca con espontaneidad la sonrisa burlona o la carcajada homérica.

XVIII

EL SUMARIANTE

El sumariante es una institución en los entretelones de la política. Vale como resorte oficial para la propaganda extorsiva. Sin el sumariante sería difícil dar ciertos contornos de realidad a una serie de hechos que es indispensable exhibir ante la opinión, evitando en cuanto sea posible cualquier responsabilidad directa. Desde este punto de vista el sumariante es propiamente hablando una faz especial del personero, mejor dicho, el personero no es siempre un sumariante: el sumariante es siempre un personero subalterno, si es posible que existan personeros que no sean subalternos.

Requiere el sumariante modalidades que le permitan adoptar todas las posturas y desempeñar todas las comisiones que se le encomienden. Debe saber graduar la intención con la calificación inevitable que permita aconsejar al final del sumario la resolución ajustada a la intención que motiva la investigación. Para ello, en primer término, es indispensable revestirse de imparcialidad. Si el sumariante no es aparentemente imparcial y no exterioriza en todos sus actos esa formalidad, fracasa en su misión. Por esta circunstancia se dice de ellos que no tienen palabra mala ni obra buena. La palabra se ajusta siempre a la materialidad externa. La obra es el proceso que incuban al amparo de esa aparente corrección.

Como el sumariante es una institución, requiere procedimientos adaptables a esa misma institución. De ahí la variedad de ejemplares que ofrece la especie en el ambiente. Algunas veces el sumariante es un hombre joven, flexible y acomodaticio, suave y meloso en el decir, lleno de aparente candidez, respetuoso y humilde, con toda la táctica tartufesca inherente al oficio. Otras es un sujeto áspero, ignorante y brutal, con la pseudo franqueza criolla con que cubre la intención truhanesca. De vez en cuando suele ser algún sujeto que viste la toga del magistrado, conquistada precisamente por sus servicios de sumariante.

Los antecedentes de cualquier sumariante son moral y mentalmente plebeyos. El sumariante no puede ser nunca un aristócrata del pensamiento ni siquiera cubrir con las modalidades del gran señor el oficio que ejerce. Es fatalmente plebeyo, plebeyo moral, impermeable a la reacción inevitable que traduce la ofensa al decoro. Para evitar cualquier responsabilidad se cubre y resguarda con el mandato que ejecuta y las constancias fraguadas del sumario.

No debe confundirse por aparente similitud al "sumariante" con la "comisión investigadora". La diferencia es sustancial entre el sumariante y la comisión investigadora. El sumariante cumple una orden. La comisión investigadora es un tribunal que resuelve. El uno es instrumento dócil, la otra postestad autonómica. Vale la diferencia para evitar equívocas. Dios nos libre de cualquier sumariante!....

BALTASAR GRACIÁN.

CREPUSCULO DE ORO

DESPERTAR

En aquel bosque en flor, junto a la fuente
Yo era de bronce. Los ocasos de oro,
Fulgiendo en mí, volcaban su tesoro
Sobre las aguas, en un fuego ardiente.

Yo era insensible al aire azul y al coro
De las ninfas del bosque y al silente
Espíritu nocturno que en mi frente
Prendía gemas de rocío y lloro...

¿De dónde, en alas de la Sombra, vino
A mí, diciendo aquella voz extraña:
"¿Dormida estás sobre la tierra ardiente?",

¿De qué mundo, a cumplir, qué, en mi Destino,
Que despertó mi endurecida entraña
Y me puse a llorar sobre la fuente...?

MARIA ALICIA DOMINGUEZ.

¡AH, LAS MUJERES!

Por Ramiro Merino

Mi buena amiga la viuda de López vivía inconsolable y consagrada por entero a enaltecer el recuerdo de su esposo, el hombre, a juicio de ella, más cabal, inteligente y pulcro que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros. Tal concepto tenía del mérito intelectual del difunto, de su don de gentes, del acierto que presidía en sus decisiones y de la profundidad de su talento, que hasta le atribuía como de su invención las frases corrientes y de común dominio: "A mal tiempo, buena cara, como decía mi ocurrente marido". "Donde las dan, las toman, como afirmaba mi esposo". Y todo por este estilo.

Llevaba su culto por el muerto al extremo de que, sin darse cuenta, había convertido el apellido López en un adjetivo superlativo y lo aplicaba a las cosas que quería encomiar hasta las nubes. Cuando el hijo único que le quedó de su matrimonio hacía una cosa buena, por ejemplo, sacar nota de sobresaliente en unos exámenes, su buena madre le decía, rindiendo un tributo a los méritos del finado:

—Muy bien, hijo mío, muy bien; "has estado López".

Con ello quería decirle que se había mostrado digno continuador del prestigio intelectual de su padre, merecedor de su herencia espiritual y de ostentar el apellido. El chico se había portado como lo hubiera hecho su padre, y no cabía pedirle más. "Haber estado López" era para la afligida viuda, sinónimo de agudeza, discreción, ingenio, dominio y serenidad. Era ser vivo, verlas venir, cortar un pelo en el aire, hacer una raya en el agua; todo, en fin, cuando fuera arduo y difícil, lo que sólo pudiera llevar a feliz término un cerebro privilegiado.

Yo, a fuerza de oír el estribillo —pues era gran amigo de la casa, — lo hice mío y lo incorporé al repertorio de terminillos íntimos que cada quisque usa en familia como medio abreviado de exponer una opinión. Así ocurre que cuando en casa salen duros los garbanzos llamo a la cocinera y substituyo la reprimenda que merece con esta simple frase:

—Fructuosa, hoy no ha estado usted López.

Sin querer pronuncié también un día la frase en mi tertulia del café, en ocasión en que un amigo nos hizo un buen chiste. Le di unas palmadas en el hombro y le dije cariñosamente:

—Has estado López, Peláez.

Tuve que explicar el origen de la frase, y ahora temo que todos la hayan adoptado y que bien pronto el pobre López, tan recatado y enemigo de populacherías, ande en boca de todo el mundo, como otros nombres que figuran en frases usuales, sin que sepamos a quién pertenecieron, tales como: "Lo dijo Blas, punto redondo", "Averígüelo Vargas" y "¿Dónde va Vicente?".

Cuando López hijo incurría en una pifia como una vez que se dejó dar un duro falso, su madre le aplicaba el clisé negativo de su frase:

—Hijo, esta vez no has estado López; has estado Rodríguez.

—Bueno es aclarar que Rodríguez era el apellido de ella, y teniéndose a sí misma por una bobalicona, falta de conocimientos y de ilustración, se humillaba y se mortificaba en esa forma, achacando las torpezas de su hijo a la necedad que le venía por la línea materna. La pobre mujer atribuía simplemente a la circunstancia de haber sido hermosa en su juventud el privilegio de haberse unido en matrimonio a un hombre de tamaño valer.

Andando los años, López hijo se casó con una muchacha lindísima, y como el casado casa quiere, la viuda de López se quedó solita en la suya, dedicada, en sesión permanente, al recuerdo de su fallecido consorte.

Los años no se pararon por eso; siguieron corriendo, y no habrían pasado tres o cuatro de la fecha del casamiento del hijo, cuando éste, en actitud de podérsele ahogar con un hilo, se presentó en casa de su madre, se arrojó en sus brazos y entre lágrimas y suspiros hizo la penosa confesión de su fracaso: su esposa le había salido de la cáscara amarga, era muy coqueta; en resumen: se la pegaba.

Hubo un emocionante silencio; la madre acompañó a su hijo en un dúo de lagrimas, y cobrando valor le susurró al oído esta inesperada declaración:

—En eso, hijo mío, ¡sí que has estado López!

Y se lo decía en un tono de enternecedora alabanza para su difunto, casi congratulándose de que las circunstancias le hubieran aportado un motivo de ensalzar su caballerosidad al mismo tiempo que de censurar la conducta de ella, en un incontenible afán de elevar lo López y de humillar lo Rodríguez.

Una palmera singular

En la isla de Borneo, una nueva fuente de producción se va a explotar ahora. La palmera nipa, que crece en grandes cantidades en las orillas pantanosas, posee, al parecer, un jugo azucarado que es un verdadero néctar para las tribus indígenas. Es suficiente hacer una incisión en la corteza de la palmera para obtener una cantidad considerable de jugo, que contiene un 15 por 100 de azúcar. Este puede a su vez, transformarse en alcohol.

En vista de todas estas excelencias, los ingleses han decidido comenzar la explotación de los bosques de palmeras nipa en el Borneo británico.



PEDAGOGIA FESTIVA

Por Juan Manuel Cotta

XXII

SABIA RECETA

No era pequeña la expectativa que llenaba el ambiente de la escuela aquel dos de abril. En la dirección, donde el portero atinó a hacerle pasar, estaba el vecino Don Pedro Caneto poco menos que dando coces contra la cultura y los establecimientos de educación, de un modo general, y contra el maestro de tercer grado y el director de nuestro instituto, particularizándolos con marcas y señales supuestas.

Don Pedro Caneto era uno de esos vecinos que se tildan de discretos por no haber tenido oportunidad de medir sus nervios frente a un asunto que les incumba.

Su presencia inusitada se debía a una ristra de ceros que en las principales materias había obtenido su primogénito. Este, Pedrito, cursaba años por primera vez en nuestro establecimiento, desde que Don Pedro, con grandes protestas para la escuela número 1, donde según él "no sabían enseñar", nos lo había traído para que les enmendáramos la plana, ya que éramos tenidos por los manosantas de la pedagogía lugareña.

Opinaba ahora Don Pedro que el maestro de tercer grado, un santiagueño más paciente y bueno que burro de carga, le tenía ojeriza a su chico; él no sabía decir por qué.

El portero, andaluz y hablador como una cotorra de conventillo, había querido disuadirle por su cuenta, mientras el director llegara desde el otro patio.

Don Pedro le había gritado amenazante:

—Usted no sabe nada, su gallego alcahuete...

—Pero zeñor, pero zeñor...

No había atinado a decir más el buen servidor y había corrido a informarle al señor Menéndez:

—Ahí hay un zeñor que zería un bicho excelente pa que lo toreara Machaquito. Que casi me coje con unos puños como astas emboladas. Zeñor, con el animal ese...

El señor Menéndez tenía la experiencia de muchos años al frente de diversos establecimientos de educación. Poco o nada le preocupó el parte.

—Déjelo un rato para que se calme solo, desfogándose,—le dijo al portero, y continuó podando un rosal.

El portero entró a su cuarto. Don Pedro golpeó las manos, gritando:

—¿Que ni atender a la gente saben aquí?

El andaluz, con la sangre en el ojo porque antes le había aquél humillado, se le acercó diciéndole:

—No se artere, zeñor; pues zeñor...

Algo notó Don Pedro en los ademanes y en la voz del portero, que si no tenían nada de imperiosos, revelaban decisión.

Con cierta cautela se reconcentró en la dirección. Más apaciguado, dijo:

—Bien; aguardaré...

El andaluz no contestó, pero tampoco se movió del umbral.

El director no tardó en llegar. Ya traía estudiado el caso. Había conversado al pasar con el maestro de tercero y le había prevenido que ni se asomara mientras no fuera preciso.

Amable, como si ignorara lo que acontecía, entró saludando así:

—Oh, Don Pedro. Cuánto placer. Usted, que en diez años que estamos por aquí jamás nos ha visitado? ¿Cómo le va?

—Sí; verdad... Bien, señor. Pero aquí me traen hoy otras cosas.

—Tendré el mayor gusto de oírle.

—Gracias. Gracias. Es el caso de que ese chino sinvergüenza de tercer grado...

—Sin contenerse y salido de su quicio, el portero gritó:

—Que me tiento, zeñor... Que le está fartando al respeto...

Don Pedro se calló sorprendido.

El señor Menéndez previno enérgico al ordenanza:

—Retírese usted... Silencio!...

El humilde servidor se apartó de la puerta, pero como un perro guardián rondó con cualquier pretexto por ahí cerca, rojo de ira, y con deseos de empuñar su navaja sevillana de proporciones notables.

Don Pedro, más prudente, continuó:

—¿No ve, señor? Ponérmele cinco ceros a mi hijito. Ahí debe haber alguna venganza. Seguro que es porque no le traen para cigarrillos, eso que siempre está pidiendo para el ahorro postal y otras cosas.

El señor Menéndez, habló entonces así:

—No se exceda, señor Caneto.

—¿No? ¿Y por qué, señor?

—Porque así no corresponde; eso no es cierto. Tampoco le podré atender así.

—¿No? ¿Que no es cierto?

—No es cierto, señor!

—¿No? Puede ser. Pero, ¿y los ceros?

—Esos ceros me constan que son el último recurso para estimular a un niño desaplicado y faltador.

Don Pedro se quedó como si lo hubiera aplastado con una montaña de verdades. El señor Menéndez hablaba con aplomo, seguro. Su voz no se salía de tono, pero tenía una acentuación de rara contundencia. El maestro había tomado la palabra e iba entrando a fondo en la censura a los hogares cuyos miembros sólo el día que advierten el fracaso de sus hijos se dirigen a la escuela para gruñir las más desatinadas ocurrencias. Si amilanan a los educadores, convierten a los establecimientos en fábrica de amables certificados para sus proles; si hay quien les encara a tiempo con razones y energía, salen a difamar llevándose los chiquillos en ridícula ambulación para probar tarde las malas consecuencias de sus desatinos.

Don Pedro tragaba saliva sin hablar, y oía hasta por las puntas de los cabellos.

El señor Menéndez continuó:

—Yo conozco a fondo las condiciones psíquicas y morales de su hijo. No me es extraña su propia conducta social. Se trata de un caso que tengo anotado y estudiado. Mire,—arguyó mostrándole un cuaderno que se encabezaba con el nombre del niño.

Abriendo desmesuradamente los ojos y la boca, dijo Don Pedro:

—¿De modo que usted ha estudiado el caso?

—Como me ha oído.

—Y ¿qué podríamos hacer, entonces?—se expresó con más interés y blandura.

El señor Menéndez corrigió:

—No se trata de nada que podríamos hacer o deshacer. El asunto sólo le incumbe a usted... para lo sucesivo.

Viéndole en guardia ansiosa, sin alarde, desnudando la verdad, con la convicción del sabio y anhelo de apóstol, hablóle casi al oído y aún alentándole con una palmada en la espalda:

—Acepte, mi amigo, este consejo humanitario: de hoy en adelante, suprima en absoluto el alcohol, al menos cuando se vaya a dormir...

XXIII

FLORES DE TIZA...

Es un día espléndido de octubre, con cielo azul, sol refulgente, airecillo agradable, hojas nuevas y aves amorosas que trinan en las frondas. Alguna enredadera casi mete las guías en el salón de clase, dejando caer su exuberancia desde el dintel de la vieja ventana. Rumorea el trabajo en los talleres vecinos y cantan los obreros al compás de los golpes de macho. Alguna muchacha, sonrosada de ensueños o ansiedades, cruza por la acera. ¡Vida, luz, amor! Todo se mueve como encantado. La energía universal parece obrar sobre el ambiente. La piedra, el árbol, el animal y el hombre. Diríase que la Naturaleza está con todas sus fibras tensas, entonando un himno al Creador.

LEY INELUDIBLE

La asociación es ley ineludible de la naturaleza; todo lo que no se asocia se destruye, y la asociación trae como consecuencia la organización; individuos asociados que no se organizan y se dividen el trabajo, no pueden existir largo tiempo, y si existen no progresan; sociedad que se organiza sólidamente, es sociedad que alcanza larga vida de progreso.

ODON DE BUEN.

La maestra misma de primer grado, que se ha pasado los meses invernales aletargada como un saurio, se mueve ahora ágil, tiene colores lindos, canta cada vez que viene bien, acaricia las cabecitas rubias de sus chiquillos, besa las boquitas rojas de las nenas, dice chistes que hacer reír alegremente a la clase y, con una viveza de imaginación que sorprende, hace historias y narra cuentos de príncipes, hadas y visiones que van por intrincadas sendas venciendo obstáculos y dragones, no impulsados por un afán de lucro, sino por un sentimiento noble y desinteresado que ora es la piedad, ora la esperanza, ora es la pasión...

Hace un rato ella misma recitó unos versos sentidos que parecían de Bécquer. Sus brazos, gorditos y blancos, libres hasta más arriba del codo, ondulaban deliciosamente enseñando el ritmo de cada línea poética, y su manita de azucena señalaba aquí y allá cosas que no estaban, pero que la mímica sugería con una plasticidad encomiable.

Ha sonado la hora. Corresponde dar Botánica, según el horario. La maestra de primer grado toma suavemente una tiza verde y traza una línea curva a la que adhiere unos óvalos con estrías, todo del mismo color; en el extremo superior hace un circulito con tiza amarilla alrededor, y en forma imbricada, otros, y otros más, todos llenos de rayitas y puntitos blancos, rojos y azules. Se retira en seguida hacia el fondo del salón y mira satisfecha su obra.

—¿Qué es eso?,—interroga.

Todos los chicos gritan:

—Yo, señorita; yo, señorita...

—Usted, — dice indicando uno.

—Una flor,—contesta.

—La clase...,—manda.

—Una flor...—casi cantan en coro cuarenta niños.

Entusiasta, desde el frente, comienza a hablar:

—Efectivamente, esa es una flor. Oh, qué hermosas son las flores. Ellas tienen los colores del cielo, del campo, de la montaña y del mar. Las flores nos acompañan en las fiestas y nos consuelan en el dolor. Algunas son medicinales. Casi todas tienen perfumes exquisitos. Oh! yo amo mucho a las flores.

Habiendo agotado su acervo lírico, hace una pausa e insta a los niños a que respondan:

—Digan, digan...

Todos los chiquillos, quién jugando con un lápiz, quién persiguiendo con los ojos la mosca que vuela como juntando el polvo de un surco de luz que hiende la atmósfera, quién rayando el cuaderno del compañero, gritan:

—Oh!, yo amo mucho a las flores.

—Bien, bien; así me gusta; qué buenos son ustedes. Qué lindos son los chicos que aman las flores. Miren esa que he pintado. Cuántos colores, cuántas hojitas... Digan, digan...

La maestra, que flotaba transportada por la energía universal de aquel día, quién sabe en qué nimbo ideal, no se había apercibido ni del murmullo ni de la falta de atención.

Mas, como al pedirles que repitiesen: "*cuántos colores, cuántas hojitas...*", nadie respondiera, igual que si se hubiera caído desde su pompa de jabón que ya iba más allá del éter, recobró el gesto adusto de todo el invierno, llamó desaforadamente al orden y pegó rudos puñetazos sobre el escritorio.

Todos los chicos le clavaron la mirada, cerraron la boca, cruzaron los bracitos y se quedaron como estatuítas de biscuit; todos, menos Juan.

Juan miraba hacia afuera con un semblante plácido, en una especie de éxtasis encantador.

Sin decir palabras, en puntillas de pie, la señorita se fué hacia él, le tomó de una oreja y, casi colgado, lo puso para ejemplo delante de la clase.

Mientras el chiquilín volvía al asunto de la flor de tiza, después de haber hundido la mirada en el cerco florido que veía desde su asiento; después de haber identificado con las mariposas sus ansias de albedrío y haber perfumado su alma entre las plantas pletóricas de hojas y flores, la mestra decíale:

—Muy bien, muy bien. El único desatento. El único que no ama las flores. El único que no ha comprendido la lección. Pillo, malo, feo... Juan no dijo nada. Pero lloró, lloró mucho, tanto como lloran los infantes cuando el aya perversa que no siente como madre, les saca a coscorrones del sueño en que corrían como de veras por los campos auténticos, más allá de las rejas doradas del suntuoso palacio.

Ley de compensación

Por Sara Insúa

Jorge siguió con los ojos a la pareja que acababa de pasar y se alejaba por la avenida.

—¿Te has fijado en ésos?—me preguntó.

Sí, me había fijado, tenía necesariamente que haberme fijado. El era algo indescriptible, una visión de pesadilla, el Quasimodo de Víctor Hugo. Sus piernas inverosímiles sostenían por un milagro de equilibrio un cuerpo terriblemente torcido, cuya espina dorsal debía de ser una ese y del que pendían unos brazos excesivamente largos. Pero la deformidad de aquel hombre no habría sido tan extraña sin este contraste:

En uno de aquellos brazos simiescos apoyaba el suyo una mujer. Esta mujer, no muy alta, era esbelta, de continente casi majestuoso, aunque sin asomos de afectación. Yo no había tenido tiempo de observar los detalles de su rostro; sólo ví que era bello, y que estaba como iluminado por una de esas sonrisas de felicidad que flotan en el semblante sin que los labios lleguen a dibujarla.

La extraña pareja desapareció en una curva del paseo, y Jorge volvió a preguntarme:

—¿Te has fijado?... Pues ese pobre muchacho ha sido bastante amigo mío. Fuimos compañeros en la Universidad. El no me ha reconocido; no es extraño; desde que dejamos de vernos he cambiado mucho. El no podía cambiar...

—¡Pobre hombre!—lamenté.

—Sí, pobre—continuó Jorge;—era muy desgraciado; yo le compadecía, y, créame, por él pasé en varias ocasiones minutos de verdadero, de profundo sufrimiento, y hasta tuve alguna cuestión personal. Este muchacho, Lorenzo, que así se llamaba, es muy inteligente, hizo toda la carrera con matrículas de honor, y, lo que son las cosas, los compañeros no querían perdonárselo. No desperdiciaban ocasión de burlarse de él, de echarle en cara su deformidad. No obstante, él parecía no darse cuenta, y no perdía el buen humor. Nunca se le vió triste por los rincones como un "excluido". Se consideraba igual a los demás. Y lo extraordinario era que ni burlas, ni desaires, mataban en él el deseo ardiente y la esperanza de ser amado. Yo no creo que haya existido un hombre que pudiese coleccionar más "calabazas" amorosas, ni a quien con tanta crueldad se diesen. Pero cada desengaño dejaba su corazón más propicio para otra ilusión nueva. Era un soñador empedernido, que no se dejaba vencer por los rudos golpes de la realidad. A veces me preguntaba yo: "¿Cómo resiste este hombre sin morirse de asco y de desesperación?" Figúrate que una de las bromas que le gastaban sus caritativos camaradas era frotar en la prominencia de su espalda las cartas de declaración, para que tuviesen buena acogida...

—¡Qué horror!—exclamé estremecida de lástima.

—Al concluir la carrera, nos perdimos de vista—terminó Jorge. —

Muchas veces le he recordado. Al parecer encontró quien le quisiera. El no tenía hermanas, estoy seguro, y además se nota que el lazo que le une a esa mujer es el del amor... y de un amor recíproco...

—No debe parecernos tan extraño—dije yo.—¿Por qué no han de existir seres capaces, de una exaltación espiritual que los eleve muy por encima de la materia? Ese muchacho es inteligente, dices; habrá sabido llegar al alma de esa mujer. Roxana llegó a idolatrar a Cyrano...

Abandonamos nuestro banco, y seguimos por la avenida el mismo camino que tomaran la mujer hermosa y el hombre contrahecho. Al ir a doblar a nuestra vez el recodo divisamos la pareja. Un mismo sentimiento de curiosidad e interés nos hizo detener, sin ponernos de acuerdo. Ellos estaban sentados, hablaban; a nosotros no podían vernos, y nosotros no podíamos oírlos, pero sí seguir sus gestos. El se inclinaba hacia ella; su rostro no era del todo feo; puesta su cabeza sobre otro cuerpo habría formado un conjunto aceptable. Y hasta no mirándole más que a la cara, era posible olvidar por un instante su deformidad. Pero ella no le miraba. Sonreía con una expresión beatífica, como si, en efecto, aquel hombre tuviese el poder de transportarla a regiones ultraterrenas. En sus ojos grandes y azules, había algo de éxtasis.

Jorge y yo los contemplábamos admirados y conmovidos.

De pronto, el movimiento de ella al abrir su bolso y sacar el pañuelo que pasó por sus labios, fue una revelación. Sus manos, de dedos ágiles, palpaban con una precisión singular, mientras sus ojos seguían siempre en éxtasis...

¡Era ciega!...

LA VERDAD

¿Qué quiere decir verdad? ¡El hombre es la verdad! Esto lo ha comprendido el viejo, pero no nosotros.

Sois duros de mollera. Yo lo comprendo... El viejo os ha engañado; pero lo hacía porque tenía comprensión de vosotros...

Hay muchos que mienten por piedad al prójimo... Yo lo sé y lo he leído también... ¡Con tanta habilidad! ¡Tan cándidamente! ¡Hay mentiras tan consoladoras, tan piadosas!... Yo conozco la mentira. Quien tiene corazón débil o está obligado a vivir del pan ajeno, tiene necesidad de la mentira: a unos infunde valor, a otros los desanima. Pero el que es dueño de sí mismo, el que es independiente y no vive del sudor ajeno..., ¿qué necesidad tiene de la mentira?

La mentira es la religión de los siervos y de los señores... La verdad, la divinidad de los hombres libres.

MÁXIMO GORKI.

Inquisiciones acerca de Rosas y su época

(CAPITULO DE UN TRABAJO HISTORICO EN PREPARACION)

Por Ramón de Castro Esteves

Al Dr. Adolfo Korn Villafañe,
muy afectuosamente.

Personalidad enigmática y extraña, si las hay, la figura siniestra de Rosas (1), adquiere a pesar de sus aspectos de gaucho inteligente, todas la características de los tiranos "sui generis", alejándose de la caterva de mandones vulgares de que tan prolífica fué la América española. Rosas posee una apariencia común a los demás dictadores, pero detrás de ella, se oculta un arcano, apenas develado, que hace de la suya una figura de excepción sobre la cual el fallo adusto de la historia aun no ha dicho su última palabra.

Bajo el punto de vista de que los ciudadanos se deben a los pueblos, Rosas puede ser justificado en alguna proporción, por lo que su actitud enérgica pudiera haber influído en el país — como entidad soberana — frente a la anarquía que amenazaba devorarlo.

Pero existe esta interrogación: ¿Necesitó Rosas, realmente, apelar a los medios violentos de que hizo uso para sobrellevar una época levantisca? Ese es el veredicto que, quizá, jamás podrá probar la historia, porque para hacerlo necesitaría que los acaecimientos hubieran ocurrido de otro modo, es decir, que se nos hubiera ofrecido la oportunidad de apreciar los sucesos que se desarrollaron en aquel plazo, sin la intervención del tirano. Así, pues, la nación, la patria, como entidad, pueden deberle la conservación de su integridad y la unión de sus provincias ante la amenaza cerca de desintegración a que las sometían las ambiciones de los caudillos. Pero ¿puede afirmarse de un modo indubitable que el país se hallaba ante el peligro inmediato de dividirse en varias repúblicas? ¿O la marcha de los acontecimientos no habrían traído esa consecuencia nefasta? ¿Fué imprescindible la mano de hierro del tirano para conjurar la hidra de siete cabezas de la anarquía, o Rosas utilizó los medios que le fueron peculiares, como expresión de su temperamento cruel y atrabiliario, sin hacer hincapié en su patria y su porvenir?

Ante la humanidad valen más las víctimas de su puñal que el concepto de estado y soberanía de un país, pero fuerza es hacer la concesión de que para la historia de la nacionalidad el esfuerzo de un gobernante en el sentido antes mencionado, significan mucho. ¿Puede borrarse la mancha de la sangre vertida en su holocausto?

Si pudiera ser cierto esto último y nos atuviéramos a ello, veríamos que el fallo de la historia, — ya sea que ella no haya logrado comprender el significado de la dictadura, o por otra causa cualquiera— se ha manifestado inflexible con los crímenes del tirano, atenuándolos sólo en pequeño grado por el patriotismo de que dió muestras en ciertas oportunidades. ¿Fué realmente patriotismo el de Rosas, o él sirvió solamente de pretexto para desviar la atención pública hacia los problemas internacionales, medio éste de que se valen los tiranos con frecuencia?

¿Estaría Rosas verdaderamente convencido de su papel providencial de salvador del país, o representaría una de las tantas farsas a que tan aficionado se mostró?

El hecho de que el amor a la patria o una actuación enérgica y decidida en su favor "sin reparar en medios", puede atenuar y hasta hacer olvidar los crímenes y los graves errores — lo cual es injusto — lo vemos en ciertos países que erigen como héroes nacionales a seres que se hallan en estos casos y que si no estuvieran nimbados por el *concepto de patria*, serían para la humanidad hombres vituperables.

La historia argentina no necesita de Rosas para su gloria, porque sus próceres de primera fila son bien representativos para los fastos del nuestro o de cualquier país, pero, si quisiéramos o debiéramos asignar a Rosas un papel providencial en momentos álgidos para nuestra nación—como desean algunos — su actuación podría hallar atenuantes — solamente atenuantes — en el ejemplo de otros países.

Napoleón no fué un tirano, pero sí el arquetipo del imperialista. Al pretender conquistar la Europa, destruyó las juventudes de su patria e hizo derramar a torrentes la sangre francesa; sin embargo Francia le glorifica por ser un genio de la guerra y haber luchado por el engrandecimiento de su patria. El mismo tirano paraguayo Solano López, ha encontrado panegiristas deslumbrados ante la posibilidad de que su patria hubiera llegado a los esplendores del dominio por medio de la conquista, aun cuando el país gimiera bajo la férula del mandatario absolutista. En lo que atañe a la revolución francesa, mientras para unos, sus corifeos son verdaderos próceres, sacrificados a un principio de redención humana, para los otros no significan otra cosa que seres de moral despreciable y de crueles instintos, cuya actividad se traduce en la manía de no dejar reposo al verdugo Sansón.

Pero, ¿tienen algún punto de contacto los ejemplos anteriores con el concepto especial que debe aplicarse a Rosas y a su época?

Aparte de su rol de hombre providencial que algunos le han querido conceder, se menciona en su favor la energía extraordinaria que supo desplegar en cuanto al respeto del pabellón argentino se trataba. Pero, ¿no podría decirse que sus actos también provocaron los rozamientos más delicados de nuestra vida internacional?

Lo que sí nos parece indudable es que, si la época por que atravesó Rosas le obligó a proceder como lo hizo — escuchando a los que pretenden justificarle — ese lapso borrascoso encontró *el hombre* a su medida. Sin un sér de crueles instintos, sagaz y enérgico como Rosas, su política violenta y férrea no la hubiera podido llevar a cabo otro cualquiera al cual la época le hubiera requerido ese esfuerzo de excepción. Si aquellos tiempos exigieron un Rosas — cosa que está lejos de poderse afirmar — no los hubiera encontrado sino en él o en un caudillo de instintos sanguinarios. Prueba fehaciente de este aserto fué Rivadavia, que no pudo sostenerse en medio de la borrasca, acaso porque sus visiones de gobierno progresista no se adaptaron a su época.

¿Tuvo el tirano algún plan para cortar de una vez por todas el triste espectáculo de los gobiernos sucediéndose unos a otros con intervalos apenas apreciables, como consecuencia de la guerra civil?

¿Quiso Rosas sostenerse a todo trance en el gobierno, para mantener la égida de la autoridad nacional ante el vórtice que amenazaba devorar al incipiente estado argentino?

¿Previó el porvenir en su ruda inteligencia de hombre instintivo?

¿O, en realidad, no tuvo ninguna idea de gobierno, ni de salvación política de su país, sino que quiso satisfacer un ansia personal de dominio y gobierno omnipotente?

Incógnitas éstas que quizá nunca puedan desentrañarse.

La personalidad extraordinaria de Rosas—aunque lo sea en sentido negativo—se presta a grandes inquisiciones. Es por ello que, siendo una verdad indudable que Rosas poseyó malos instintos y que cometió crueldades, su personalidad y su actuación se ofrecen al interrogante del investigador empeñado en hallar una explicación a sus desenfrenos.

Aquella justificación que lanzara a la publicidad en 1857 con motivo de su ejuiciamiento y condena a muerte, parece que ni siquiera ha podido llevar a efecto un esbozo decidido de probable rehabilitación.

Si Rosas en el destierro, asediado por los anatemas de sus compatriotas, hubiera escrito la especie de autobiografía que se propuso realizar, es probable que se hubieran despejado muchas incógnitas. Pero, si como es casi seguro, ella no hubiera logrado hacer respetable su nombre, por lo menos el mundo hubiera conocido el arcano íntimo, esto, si realmente Rosas procedió de acuerdo a principios y no obedeciendo a primarios y desordenados impulsos.

En el draconiano plan de gobierno atribuido a Mariano Moreno— y, que según opinión autorizada es apócrifo — se podrá encontrar un argumento a favor de los que sostienen de que los hombres se deben a sus principios y a sus pueblos y que sus actos se justifican por ello. Claro está que las circunstancias en el período de la revolución de Mayo y en el de la anarquía no son iguales y sólo presentan punto de analogía en los peligros que les rodean. Los hombres de la revolución, realizan un acto heroico al dar un pronunciamiento definitivo contando con tan escasas fuerzas, y largo tiempo el nuevo estados de cosas se bambolea cercado de dificultades y con la amenaza de una restauración realista. En la época de la preparación de la tiranía el peligro se substituye por la probable disolución nacional frente a la egolatría caudillesca. En ambos casos es indudable que se necesitaba una mano enérgica.

Rosas fué quizá el hombre férreo que detuvo la descomposición nacional que en inmensa avalancha amenazaba destruirlo todo. ¿Fué el correctivo demasiado fuerte? ¿Era el que las circunstancias requerían como imprescindible?

Algunos historiadores dirán que la catadura moral del tirano no merece las inquisiciones de un empeño de dilucidación, pero es necesario reconocer que, antes de execrarlo completamente, debemos estudiarlo debidamente para lanzar los rayos del anatema con la serenidad del conocimiento de causa. Aunque de ese estudio, estamos casi seguros de ello, no podrá surgir nunca una reparación histórica.

(1) En las historias nacionales se usa indistintamente el apellido Rosas o Rozas. El verdadero era, como es sabido, Ortiz de Rozas, que el tirano alteró convirtiéndolo en Rosas, con el cual firmó siempre. Por esa causa nosotros lo usamos de ese modo.

DE MARCO AURELIO

Hay que tener continuamente presente estas dos reglas de la conducta: la primera hacer sólo lo que sugiera la razón que reina y hace las leyes en el corazón de los hombres para mayor dicha suya; y la segunda, cambiar de parecer cuando alguno nos disuade o nos aleja de tal o cual idea preconcebida, pero siempre que este cambio vaya determinado por un motivo plausible de justicia, de interés público u otra causa semejante, y de ningún modo por la satisfacción o la vanagloria que pudiera procurarnos.

NIDO DE URRACA

La estancia es solitaria.
Venid; no hagáis ruido;
rezando su plegaria
la abuela se ha dormido,
y con las manos juntas
parece aún implorar.
Orna el cabello blanco
sus pálidas mejillas;
su aliento es leve y franco.
Seguidme de puntillas
y no me hagáis preguntas,
que puede despertar.

La espalda, macilenta,
sobre el sillón de cuero,
respira y rima lenta,
con el compás austero
de la pausada péndola,
de isócrono vaivén.
En el respaldo mudo
del mueble viejo y noble,
sobre tallado escudo,
dos águilas de roble,
sus alas ofreciéndola,
le sirven de sostén.

Callad, y en las alfombras
no hagáis rumor alguno;
como discretas sombras
pasemos uno a uno;
alzad los cortinajes
sin que nos pueda oír.
Sobre la falda lleva
sin acabar sus blondas;
que ni aun el viento mueva
con sus ligeras ondas
los nítidos encajes
que no ha de concluír.

Mirad: allá en lo obscuro,
bajo la luz agónica,
sobre el tablero duro,
de traza salomónica,
tesoro de leyendas,
abierto está el arcón.
Su herraje con extrañas
huellas la edad corroe;
trascienden sus entrañas
a sándalo y aloe
y a místicas ofrendas
de consagrada unción.

Es todo bien oliente
y al par adusto y serio;
se baña en un ambiente
de paz y de misterio,
de calma silenciosa,
de noble majestad.
¿Qué tiene allí la anciana?
¿Qué guarda allí la abuela?
¿Qué busca cuando, ufana,
registra y se desvela,
palpando temblorosa
con tácita ansiedad?

Hay que acercarse al mueble
y escudriñar su fondo,
alzar la tapa endeble,
que oculta lo más hondo.
¿Os atrevéis? ¿De veras?
Pues ¡a una, a dos, a tres...!
¡Silencio, que despierta!
Mas no; sigue dormida,
de vaga luz cubierta
su frente dolorida,
soñando con quimeras
que nos dirá después.

¡Valor! Nadie nos mira...
¿Qué es esta cosa blanda?
De encajes una tira
y un cobertor de holanda;
al lado de la izquierda,
dos velos y un dedal.
Dejad los envoltorios.
Aquí hay un acerico
bordado en abalorios.
¡Qué olor tiene tan rico!
No sé por qué recuerda
la celda conventual.

Aquí hay unos retales
y un marco de topacios
con dobles iniciales
y unos cabellos lacios;
aquí, el devocionario.
¡Qué usada está la piel!
En paño de escarlata
mirad un Crucifijo;
es de ébano y de plata,
y allá, en un escondrijo,
guardado está el rosario.
¡Cuánto rezó con él!

Una cajita rosa
y azul. ¿Qué tendrá dentro?
¡Qué cosa más preciosa!
¡Qué delicioso encuentro!
Un aderezo de oro...
¡Dios santo, qué fulgor!
En su primor contiene
diamantes y amatistas.
¡Qué hermosas luces tiene!
¡Qué brillo en sus aristas!
¡Parece del tesoro
de Hassán o de Almanzor!

Allá, en sus mocedades,
la abuela lo pondría,
con mil preciosidades
de raso y pedrería,
sobre su cuerpo grácil,
cual tallo de rosal;
y, con su andar de antílope
y su aire de sultana,
sobre el tapiz de egílope,
cruzando soberana,
tendría imperio fácil
en una corte real.

De aquello ya no hay nada.
¿Será todo mentira?
Miradla qué encorvada,
mirad cómo suspira
y el amarillo paño
que pasa por su tez.
Aquel azul encanto
ya en nieblas se ha deshecho;
el tiempo corre tanto
y el Mundo es tan estrecho,
que en él no hay más que engaño,
miseria y pequeñez.

Papeles... un legajo
y una incolora cinta
atándolo hay debajo.
¡Qué parda está la tinta!
royendo el tiempo va.
En el papel los bordes
Son cartas, que en lejanos
solaces se escribieron
por ignoradas manos,
que en el papel vertieron
de amor y dicha acordes
que son enigmas ya.

Vayamos de ellas lejos,
sin profanar su encanto.
En los papeles viejos
hay algo sacrosanto,
grandezas siempre ignotas,
cerradas a la luz,
magnificencias huecas,
glorias que son angustias,
como las hojas secas,
como las flores mustias,
como las alas rotas,
como el altar sin cruz.

Pero es hermoso a veces
saber su fin postrero.
La cinta, en sus dobleces,
conserva aún un letrero,
escrito sobre el raso,
que dice: "Cartas de él".
¿Quién a acertar penetra
si es de pesar un grito?
¿De quién será esa letra?
¿Será del abuelito?
¡Quién sabe! Por si acaso,
besemos el papel.

Y ahora dejadlo todo;
no alcéis rumor alguno;
del más discreto modo
salgamos uno a uno.
La abuela duerme y sueña.
¡Qué hermoso es el soñar!
Orna el cabello blanco
sus pálidas mejillas;
su aliento es leve y franco;
seguidme de puntillas;
no hagáis la menor seña,
que puede despertar.

Mañana, solitaria,
si el mal no la desvela,
rezando su plegaria,
se dormirá la abuela,
soñando que es divina,
que es joven y es hurí.
La estancia está desierta;
nada se ve en la sombra.
Salid por esta puerta;
pisad quedo en la alfombra.
Bajad esa cortina
con cuidadito... ¡Así!

ANTONIO ZOZAYA.

Servicio por servicio

El pintor Tryonnet, miembro de la Academia de Bellas Artes, y el profesor Balaton, una de nuestras celebridades médicas, propietarios de dos hotelitos vecinos en las afueras de París, cambiaban palabras de cortesía cada vez que se encontraban durante su veraneo, pero no se visitaban.

Por esto le causó gran extrañeza al doctor cuando le rogaron, de parte del pintor, que tuviese la bondad de acercarse a su casa lo antes posible.

—Por lo visto se trata de un caso grave—pensó. Y un minuto después estaba en el hotel del pintor.

Este, al verlo, salió a su encuentro y le dijo:

—Perdone que le moleste, querido profesor; pero he pensado que no me negaría el servicio que voy a pedirle. Acaban de traerme a mi perro herido, cubierto de sangre. Es un animal al que quiero mucho; es para mí un amigo y sentiría mucho perderlo.

Balaton escuchaba sin dejar que a su rostro, profesionalmente impasible, asomase la sorpresa y la indignación que le producía verse confundido con un veterinario. ¿Estallaría? No; se contuvo, y dijo únicamente:

—Vamos a ver al enfermo.

Tryonnet le condujo al lado del perro. El doctor, siempre silencioso, examinó y curó la herida. Una vez vendada, se retiró, acompañado del pintor, que se deshacía en excusas y expresiones de gratitud.

—Si alguna vez me necesita usted, querido doctor, no olvide que estoy a su disposición. No lo olvide, ¿sabe?

—Descuide usted, no lo olvidaré—respondió el médico con una sonrisa ambigua.

Y, en efecto, se lo probó al día siguiente, en que el pintor recibió la siguiente carta:

"Querido vecino: Un carretero imprudente ha chocado contra la verja de mi jardín. En varios sitios ha quedado levantada la pintura. ¿Tendría usted la bondad de venir a reparar el daño? Para usted será cuestión de dar unas cuantas pinceladas.

Crea usted en el agradecimiento de su amigo. — Balaton".

El profesor no tuvo necesidad de ver la cara que puso el pintor al leer esta carta, para comprender que no volvería a llamarlo aunque su perro estuviese en trance de muerte.

GRIMOD.

CURIOSIDADES

En la exposición de Wembley había un salón de baile para 5.000 parejas.

* * *

Los hallazgos de dinero en las calles de Londres fueron en 1925, de 351 en total. En seis casos la suma encontrada llegó o pasó de 5.000 libras esterlinas; en 226 fué menor de 100 libras, y el resto de sumas comprendidas entre esas dos cantidades.

* * *

Se calcula que las reservas de carbón inglés ascienden a 155.000.000.000 de toneladas.

* * *

El primer puente de hierro construído sobre el Támesis lo fué en Vauxhall el año 1816.

* * *

Los indios americanos conocen desde hace mucho tiempo el poder "anestésico" de cierta clase de música. Lo ha comprobado el hecho de que tienen canciones para entonar mientras el médico cura una fractura, un dolor de cabeza, etc.

* * *

En un minuto la tierra recorre 13 millas en rotación y 1.080 en traslación. En un minuto un rayo de sol recorre 11.160.000 millas. En un minuto nacen cerca de 80 niños y muere igual número de seres humanos. En un minuto un expreso recorre una milla; un caballo, al trote largo, 836 metros; y un hombre, de prisa, 112. En cada minuto cobra el gobierno americano 639 pesos oro y gasta 541. En un minuto se cosechan en los Estados Unidos 905 libras de tabaco; se producen 600 libras de lana; son extraídas 200 toneladas de carbón y 61 de antracita; se hacen 12 de hierro y tres de acero; se construyen 15 barriles, y se acuñan 121 dólares en distintas monedas.

Ya ven ustedes si valen o no esos sesenta segundos.

* * *

Una casa inglesa recibió últimamente una orden de otra norteamericana para fabricar 10.000 abrigos de hombre.

* * *

Fricciones enérgicas con agua y jabón son—a creer lo que asegura un médico canadiense—un valioso preventivo contra el cáncer de la piel.

* * *

Un cazador de leones que ha hecho largos estudios sobre las particularidades de estos animales, dice que todos son zurdos. Siempre que quieren dar un golpe fuerte, lo hacen con la garra izquierda.

* * *

El suelo fértil de Rusia, llamado Tierras Negras, se supone que ha sido formado por la lenta descomposición de la yerba de las estepas acumulada durante siglos. Después que la lluvia ha empapado el terreno, éste toma el aspecto de una pasta de alquitrán.

* * *

Los holandeses aseguran que en su país hay una vaca por cada habitante... Y medio molino..., agregamos nosotros.

* * *

El águila puede vivir veintiocho días sin alimento, y el cóndor puede resistir sin probar bocado mes y medio.

* * *

Uno de los preceptos de la estética nipona se anuncia así: "No mostrar, sino sugerir; he aquí el secreto de la Infinidad".

No es raro ver que un artista japonés decore simplemente el exterior de una caja con un barniz negro para adornarla suntuosamente en el interior.

Los antiguos nobles, los *daimios*, viven en casas de aspecto sencillo; pero conservan en ella tesoros maravillosos, en colecciones valiosísimas, que guardan en secreto.

Los *samurais* ocultaban las hojas de sus sables, prodigios de grabado, en vainas modestas.

Todavía, actualmente, los japoneses emplean [illegible] y ricas telas para las prendas de su vestido.

La cúpula de San Pedro es la más famosa de todas las cúpulas. Tiene el tambor un basamento, a la altura de la cornisa que corona las pechinas, octógono por fuera y circular por dentro. El diámetro del octógeno es de 59 metros, y el del círculo interior, 41. Por encima de este basamento se levanta el muro del tambor, calado por 16 ventanas.

Por encima del tambor se eleva un ático circular de 5.60 metros de altura, sobre el que se asienta el cascarón, que mide tres metros en su parte interior. En el punto en que se separan las dos bóvedas, tiene la interior dos metros, y un metro la exterior. Encima de la doble bóveda hay una plataforma circular, en cuyo centro se eleva, sobre un estilóbato de 16 cuerpos salientes, una linterna de 12 metros de diámetro exterior.

Su altura total es de 132 metros.

La araña vive por término medio 7 años; el conejo y la liebre, de 7 a 8; la gallina, el gorrión, la cabra, el canario y el grillo, 10; la oveja, 12; la anguila y el zorro, 15; el ruiseñor, 16; el gato y el buey, de 18 a 20; igual que el gamo, la vaca, el cangrejo, el lobo y el cerdo; el perro, 25; como el pavo real, el jilguero y el caballo; el asno, 30; lo mismo que el ciervo y el toro; el buitre, 40; a los 50 llegan el camello, el cisne, el ganso, el loro; el león y el rinoceronte suelen llegar a los 60.

Entre los que pasan de cien años, se ven el cuervo, el cisne y el águila. El elefante llega a los 200 años y el cocodrilo a los 250.

* * *

Las hojas de una planta californiana, la Venus atrapamoscas, absorbe cualquier insecto que se pose en ella. La víctima es convertida en un líquido que nutre a la planta.



Almuerzo de los conscriptos que participaron en la campaña de Cura-Malal



Conmemorando el trigésimo aniversario de la campaña de Cura - Malal, los conscriptos llamados bajo bandera, en 1896, se reunieron en un almuerzo de camaradería que se efectuó en el restaurant Harrods. Durante el acto hicieron uso de la palabra el teniente coronel Adolfo Aldao, que ofreció la demostración, los generales Antonio Tiscornia y Jorge Villoldo, y el capitán Domingo A. Báez. — Vista parcial de los concurrentes al almuerzo.

Velada en honor del señor Martínez Sierra



En los salones del Club Español tuvo lugar la velada literaria y musical organizada en honor del literato señor Gregorio Martínez Sierra, quien aparece en el centro del grupo, rodeado por algunas damas y caballeros de los que asistieron a la fiesta.



EXPOSICIÓN MACAYA



"Conde León Tolstoy", uno de los notables retratos que aparecen en la colección de obras expuestas.



El conocido dibujante, señor Luis Macaya, que acaba de inaugurar con éxito, en el salón Witcomb, una exposición de sus cuadros.



"Abraham Lincoln", otro de los retratos que se destacan por su fidelidad y ejecución.



"La mudanza", lienzo que ha llamado particularmente la atención, por el ambiente que hay en el cuadro.



Bibliografía



La poetisa señora María Teresa L. de Sáenz, que acaba de publicar un libro titulado "Pitangas y Sina - Sina", cuya aparición ha sido favorablemente recibida.



Colaboradores de "Fray Mocho"



Nuestro corresponsal literario en Estados Unidos, señor Octavio Bermúdez Cobián, encargado de anunciar los programas latino-americanos en la estación de broadcasting W. L. W., de Cincinati, perteneciente a la Crosley Radio Corporation.





Nuevas autoridades de la Cámara de Diputados







Doctor Miguel Sussini, recientemente elegido presidente de la Cámara de Diputados.



Doctor José Arce, designado vicepresidente primero.



Doctor Héctor González Iramain, en quien recayó el cargo de vicepresidente segundo.



Football. - Real Deportivo Español v. Combinados Zona Norte





Con asistencia de un enorme público, realizóse, en el field de Sportivo Barracas, el primer partido en que intervinieron los jugadores del Real Deportivo Español.—A la izquierda: el team visitante que obtuvo el triunfo, por 1 a 0 goals, contra Combinados Zona Norte.—A la derecha: R. Zamora y E. Cacopardo, capitanes de ambos equipos.



Zamora, el hábil guardavalla español, en una de sus eficaces intervenciones.



Equipo de Combinados Zona Norte, que sostuvo airosamente el encuentro.

Concurso de linos en la zona del Ferrocarril Central Argentino





En el comedor de la estación Retiro se adjudicaron los premios en el concurso de linos organizado por dicha empresa.—A la izquierda: los ministros de Agricultura y Obras Públicas y altas autoridades del F. C. C. A. con los agricultores premiados. — A la derecha: el gran campeón señor José Endrizzi, con el gerente del Ferrocarril, Mr. Ronald Leslie y el presidente del directorio local doctor José A. Frías.

Actualidades cinematográficas



Escena de "La ascensión del Aguila", film de Henry Roussell, por Isabelita Ruiz y Jean Napoleón Michel, que hoy estrenará Glücksmann, con carácter extra, en el Gran Splendid y Palace.



Elaine Hammerstein y Boy Barnes en el film "Entre damas opulentas", que Max Clücksmann estrenará el próximo viernes.



Isabel Elsom, protagonista del cinedrama "Ultimo testigo", que la New York Film estrenará el próximo domingo.



Lillian Rich, protagonista de "Vivir es mejor", film que la General estrenará el viernes de la presente semana.



Irene Rich y Bert Lytell en "El abanico de Lady Windermere", film extra que la General distribuye desde anteayer.



Lou Tellegen y Florence Gilbert en "Flor dañada", cinedrama que la Fox estrenará pasado mañana.



Tom Tyler y Bárbara Star, en "Leal y sin miedo", film que la New York estrenará mañana.



Helene Chadwick y Mary Carr en "Placeres de los ricos", película que Max Glücksmann estrenará el próximo domingo.







Escenas del cinedrama extra que la Universal estrenará el viernes próximo, titulado "El grito de batalla", que interpretan Hoot Gibson, Dustin Farnum, Anne Cornwall, George Fawcet y muchos otros artistas.



Primer centenario de la creación del Correo Nacional



Señor Juan Manuel de Luca, primer administrador general que tuvo el Correo, nombrado por decreto del presidente Rivadavia, fecha primero de julio de 1826.

Acaba de cumplirse cien años de la fecha en que el Presidente Rivadavia creó la Administración General de Correos, nacionalizada por decreto dictado el 1.º de julio de 1826, y el acontecimiento postal ha sido celebrado en diversos actos oficiales, uno de los cuales consistió en la emisión extraordinaria de los timbres puestos recientemente en circulación.

El Correo representa, dentro de la administración pública, uno de los organismos más complejos e importantes, habiendo experimentado evidentes adelantos en los últimos años y sobre todo ahora, bajo la gestión del doctor Arturo Goyeneche, a quien se deben numerosas iniciativas recibidas con aplauso por la prensa y el público.

La acción inteligente y tenaz que desarrolla el actual Director se ha traducido en acertadas modificaciones introducidas en los servicios, así como en la implantación de otros nuevos, de indiscutida eficacia.

El Centenario postal sorprende a la repartición preocupada en realizar mayores mejoras, aun cuando, como es notorio, se tropieza con el inconveniente de funcionar la Administración Central en un local inadecuado, obstáculo que está a punto de salvarse con la próxima traslación al palacio que se construye en la Avenida Leandro N. Alem.

Es de esperar, pues, que en breve nuestro Correo llegará al perfeccionamiento de sus servicios, obra en la que también están empeñados, secundando la acción del doctor Goyeneche, prestigiosos funcionarios postales de larga experiencia y reconocida preparación, como don Guillermo Otheguy, actual Secretario General, y don Raúl D. López, Oficial Mayor.



Doctor Arturo Goyeneche, actual Director General de Correos y Telégrafos de la Nación.



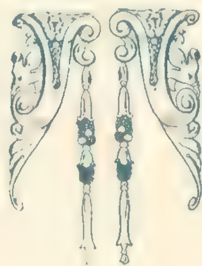
La primera casa que ocupó el Correo Central, situada en la calle Bolívar número 115.

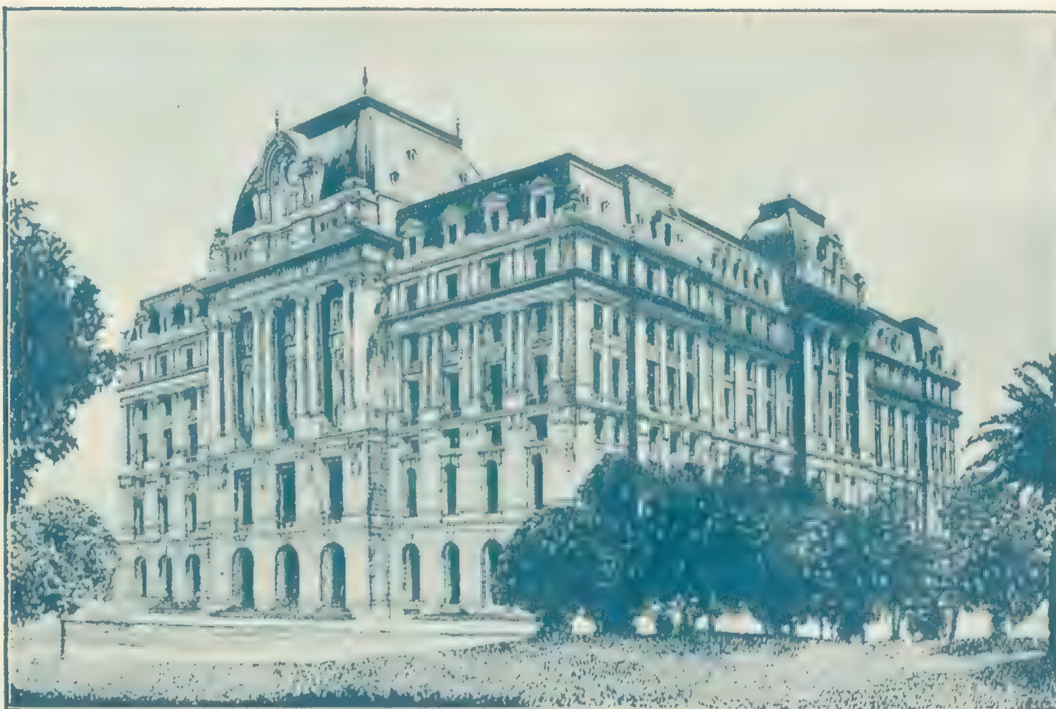


Señor Guillermo Otheguy, Secretario General de la repartición.



Señor Raúl D. López, que ocupa el puesto de Oficial Mayoı de Correos.





El palacio destinado a Correos y Telégrafos, situado en la avenida Leandro N. Alem y Corrientes, donde en breve se instalarán las oficinas de la Administración Central.



SOCIALES



CAPITAL FEDERAL.—La señorita Carmen T. del Sel y el señor Enrique A. Villa, recientemente desposados.



La señorita Eugenia Justa Lima, cuyo matrimonio con el señor Alfredo Olivares se efectuó últimamente.





Señorita María Isabel Casacuberta Villar, recientemente desposada con el señor Pareja.



ROSARIO DE SANTA FE.—Enlace de la señorita Julia Elena Pesoa con el señor Pablo Parera Palenque.



La señorita Edelmira M. Rombado y el señor Laudelino Cruz, después de su casamiento.



La señorita Margarita Bagnasco y el señor Enrique Palomo cuyo matrimonio se efectuó recientemente.



Enlace de la señorita Irma Schultz Ortiz con el señor Joaquín von Tiedemann.



La señorita Angela A. Montero y el señor B. Uladislao Zuviría, después de la bendición de su enlace.



Bellezas de Italia

SIENA

(VER, EN LA PAGINA 7, LA CRONICA CORRESPONDIENTE A ESTA NOTA GRAFICA).

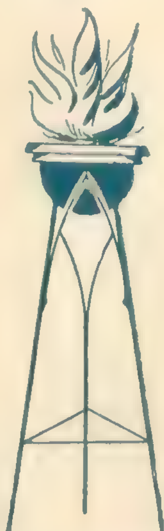


La catedral de Siena (Toscana), cuya construcción data de los siglos XII al XV.



Un aspecto de la plaza del Campo.







Vista panorámica de la ciudad, tomada desde la torre de la catedral.—En primer término: la plaza del Campo.

La biblia del capitán

Por Eden Phillpotts

(Traducción de F. de la Milla)

—¡Es triste! Muy triste—eclamó Dick Ferris, el contramaestre del *Poisson-Volant*, señalando hacia proa.—Aquel pobre negro que ven ustedes allí va hacia la muerte sin socorro espiritual de ninguna especie... No hay por aquí la menor sombra de un sacerdote...

Después de una pausa:

—Yo atiendo a sus necesidades materiales... Le doy de comer estupendamente... Lo que pasa es que no engorda, así lo aspen. Ahora bien..., su alma..., su alma cae fuera de mi jurisdicción.

—No se esfuerce en convencernos de lo que todos estamos ya convencidos—dijo el carpintero del navío. —Además, nadie a bordo, que yo sepa, ha obtenido premios en Religión.

Decía la verdad. El *Poisson-Volant* no era, precisamente, una sacristía. Desde su capitán, el yanqui Greenleaf, a Dick, inglés, desde el cocinero al grumete, el valor moral podía decirse que estaba en baja.

El navío marchaba alegremente a través del mar de los Caraibos, prora hacia Kingston, en Jamaica. Además de las mercancías que constituían el cargo, llevaba varios pasajeros, y entre éstos el negro a quien Ferris acababa de referirse.

Era un pasajero del puente, y, aunque negro, un personaje de bastante importancia, a juzgar por la coqueta construcción de tablas que habían erigido para él. Black Neil debía a un crimen este honor y la notoriedad pasajera de que gozaba. Acercábase, a la vez, al término de su travesía y al término de su estancia en este valle de infortunios. Como castigo por haberse manchado las manos con sangre de un compatriota de Etiopía había sido condenado a muerte. En Kingston le esperaba la horca.

Nadie, a excepción de Dick Ferris, concedía excesiva atención al futuro supliciado. Y su interés por el negro aumentaba cada vez más. Le interrogó, escuchó el relato de su crimen y juzgó, finalmente, fuera de toda razón la severidad de la pena a que había sido condenado.

—No diré que no ha matado a nadie—explicaba Dick a sus compañeros. — Pero, por Dios, señores, ¿qué hubieran hecho ustedes en su lugar? Se le escapó la mujer con otro negro. Loco de rabia esperó Neil al seductor en un lugar a propósito e hizo "actuar" su cuchillo.

—Ayer—dijo el carpintero—estuve hablando con él. Le dije que lo iban a colgar, más cierto que dos y dos son cuatro, y el infeliz, naturalmente, no sabía hacer otra cosa que darme la razón. Yo creo que ya se ha hecho a la idea de que lo cuelguen.

—Sí que se ha hecho — aprobó Dick. — Lo único que le preocupa es el "más allá". Cosa muy lógica, después de todo.

Y luego, a manera de comentario:

—Nosotros podemos pensar de su acción lo que se nos antoje. Pero, señores, la ley es inflexible, y, conforme a la ley, aquí tenemos a un hombre que va a morir con un enorme pecado sobre su conciencia. Cuando el pobre se presente en el otro mundo no habrá más razones de peso que las del juez que lo ha condenado, y a él ni le escucharán siquiera. Es muy duro que no tenga un sacerdote a mano, porque, no hay que darle vueltas, un sacerdote le arregla todo su asunto en un vuelo.

—Vaya, vaya — comentó uno; — no va usted a quitarse el sueño por ese "chocolate".

El que acaba de hablar era un marinero hirsuto, deforme, con una pierna más corta que la otra.

—Posiblemente—respondió Dick. —Pero no te creas..., que hay negros de conducta mucho más decente que la de algunos blancos. No olvides, John Droop, que hay más de uno con un crimen sobre su conciencia y más libre que un pájaro.

Era directa la alusión y provocó una carcajada general. Verdad, también, que el pasado de John Droop... Terminó un poco bruscamente el diálogo y Dick Ferris se fué a ver al negro.

Cargado de pesadas cadenas, los codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, estaba sentado el negro en la pequeña celda que habían construído para él en el puente.

—¿Cómo va eso?—preguntó Dick, encendiendo su pipa.—¿Te han traído el desayuno?

—Sí, señó. Grasias. Grasias. Muy rico. Pero yo... yo no tengo hambre...

—Me lo figuro. Más que comer lo que tú necesitas son unos cuantos consejos piadosos. Pero, hijo, lo que es a bordo se encuentra todo menos eso. ¿Quieres un cigarrillo?

—No señó. Grasias.

Y Black Neil, después de hacer un gesto negativo con la cabeza, se quedó mirando, con sus grandes ojos profundos, la inmensidad del mar azul.

Era un negro de bastante edad. Grandes y numerosas arrugas surcaban su rostro. Sus crespos cabellos empezaban a hacerse grises.

—Desagradable, señó, desagradable esto de darse cuenta de que no está uno muy en regla con el Todopoderoso. Lo reconosco. Soy un bicho malo. Nunca me enseñaron a resar. ¡Ay, si pudiera venir a socorrerme un sacerdote!... Un sacerdote, o cualquiera otra persona..., un caballero, ¿no es verdad?... que entendiera de estas cosas casi tanto como un sacerdote.

—Indudablemente — respondió Dick conmovido por la gravedad de la situación.

Y echaba furiosas bocanadas de humo, como si con ellas pudiese activar el curso de sus meditaciones.

Neil siguió hablando.

Yo, señó, soy ignorante, pero no mucho. Yo sé leer. Si tuviera usté una Biblia o un libro de salmos, puesto que no hay aquí sacerdote ninguno ni nadie que sepa rear, acaso que me las arreglara yo solito.

—Aquí no hay libros de oraciones, pobre Black. Pero lo que me sorprende y me alegra mucho es que sepas leer. No hay hombre en la tripulación que pueda decir lo mismo. Ninguno, excepto el capitán, el cocinero y yo.

—¿No tienen ustedes libros santos?—preguntó el negro con ansiedad.

—No, hijo, no. Aquí no hay otra cosa que libros de navegación y cartas marinas. Pero yo creo... ¿Tan difícil te sería inventarte tú mismo una oración?

El negro volvió a negar con la cabeza. Lo había intentado muchas veces.

—¿Cómo me voy a poner a rezar sin alguien que me prepare a rezar? Quiero decir, sin alguien que empiece, a ver si yo puedo seguir la oración...

—Mira, voy a ver si encuentro algo que te sirva. Acaso, entre los pasajeros, alguno conozca un himno o algo que se le parezca. Lo peor que has podido hacer es escoger este barco para un viaje como el tuyo.

Dick Ferris se separó del negro para ver si a bordo había algún que otro átomo de "alimento espiritual".

Cuando la tripulación se dió cuenta de la activa simpatía que el contramaestre experimentaba por el condenado a muerte, la mayor parte de los marineros, por instinto de imitación, fingieron simpatizar igualmente con el desdichado negro. De ordinario, hubieran echado a un lado a puntapiés a todo negro que se les hubiese interpuesto en su camino. La situación especialísima de Black Neil valíale un tratamiento de favor. Los jueces habían sido excesivamente duros. Casi se consideraba digno de elogio que el negro hubiese lavado con sangre la afrenta recibida.

Por entre las tablas que formaban la celda de Black Neil, los negros, al pasar, echaban una mirada sobre el cautivo. Y cuando, por casualidad, el vigilante negro, a quien Black Neil había sido confiado, se separaba de allí un poco, llovían a los pies del prisionero bananas, trozos de caña dulce y otras golosinas. Cuando el centinela estaba en su puesto, los negros hacían girar simplemente sus ojos de ébano en una mímica expresiva, significando su esperanza de que el condenado al fin habría logrado ponerse en bien con el Todopoderoso.

Y era esto, precisamente, lo que Black Neil no conseguía en manera alguna. Supersticioso hasta lo más profundo de su corazón, y fatalista, por otra parte, ya se había familiarizado con la idea de la muerte. Para él, las torturas del suplicio no eran más que simples bagatelas en comparación con el castigo terrible que le esperaba en el otro mundo.

Había tomado al pie de la letra las palabras del juez cuando éste le dijo: "Eres hombre perdido". Y ahora, con una impaciencia frenética, suspiraba por cualquier medio radical de aligerar su conciencia.

Soñaba con un sendero oculto y misterioso, por el cual pudiera deslizarse subrepticiamente hasta llegar a presencia de su Creador ultrajado. Pero ¿cómo descubrir ese camino? El Cielo, decididamente, parecía sordo a las ardientes súplicas del desdichado penitente.

Sin embargo, al quedar solo, después del diálogo con Ferris, vino a su memoria como un eco lejano el recuerdo de un viejo canto religioso. De la letra no se acordaba. Sabía solamente que había sido inspirada por la fe. Lo que no se le había olvidado era que el canto trataba de la "ribera de la Dicha Eterna".

Y como, indudablemente, más valía aquel canto que no ninguno, Black Neil se puso a lloriquear la melodía sagrada. Cantaba sin interrupción, elevando más y más la voz, su voz chirriante como un organillo. Así se hubiera pasado horas y horas, canta que te canta, si su centinela, molesto, no le hubiera ordenado callarse.

Aquella misma noche, Dick Ferris contó a sus camaradas la conversación que había tenido con el negro, en el curso de la cual le había afirmado que nadie a bordo tenía algún libro de oraciones.

—Perdón—interrumpió el grumete. — Hay a bordo una Biblia.

—¿La tienes tú?

El grumete, por toda respuesta, se limitó a señalar con el dedo una grande equimosis que tenía en la cara.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que esta señal me la dejó una Biblia. Y esa Biblia pertenece al capitán.

—¡¡Al capitán!!

Nadie podía creerlo. No era posible.

—Pues yo repito que el capitán tiene una Biblia.

Entonces refirió que el día antes, como se fuera a limpiar la cabina del capitán, encontró en ella un libro grueso, de cubiertas relucientes. Estaba en una pequeña repisa, sobre la litera.

Cuando la tenía en sus manos limpiándola entró el capitán.

—¿Qué haces?—rugió Mr. Greenleaf, furioso. — Te prohibo que toques mi Biblia. ¡Conque! Fuera de aquí. ¡Fuera de aquí ahora mismo!

Le contestó el grumete que tenía en la mano el libro porque lo estaba limpiando. Estaba cubierto de polvo. Pero el irascible marino no se apaciguó con estas palabras, y esgrimiendo la Biblia como una maza, le dió un golpe con ella al pobre muchacho en pleno rostro.

—¡Toma! Para que aprendas a contestarme.

La desdichada aventura del joven Sprig no interesó a nadie. Pero el saber que Mr. Greenlaf poseía una Biblia provocó los más vivos comentarios.

Dick, siempre en busca de una solución práctica, preguntó quién se decidiría a buscar la Biblia del capitán.

—Yo lo intentaría — explicó. — Bueno... lo intentaría si no me diera tanto reparo. Ese hombre me odia ferozmente por mi delito de ser inglés, y no lo oculta a nadie, por lo mismo que no hay más inglés que yo a bordo. Hay que reconocer que no ha podido nunca portarse peor conmigo.

Ninguno parecía tener prisa por contestar a Dick. Por eso éste siguió hablando.

—Usted, amigo Bell, creo que es el único que conseguiría obtener la Biblia.

Con razón o sin ella, Bell, el carpintero, estaba considerado como el favorito del capitán. Pero Bell se empeñaba en no reconocerlo. Al oir la proposición de Ferris se rascó la cabeza en un gesto de duda. El encarguito le era muy poco agradable.

—Explíquele al capitán — le recomendó Ferris — que es para el negro que van a ahorcar. No creo que vaya a negar su Biblia a un desdichado que se encuentra en esa situación..., aún tratándose de un negro.

—Dirá que no—aseguró el cocinero.—Y a usted, Bell, no lo dude, lo enviará a freír espárragos.

¡Palabras proféticas! Minutos después, en efecto, volvía Bell con cara de pocos amigos.

—Dice el patrón que no está dispuesto a dar su Biblia ni a este negro ni a ninguno. Además, que nos prohibe volver a hablar con Neil.

—El muy malo...—comentó Dick. —Ya lo véis... Se puede tener una Biblia y ser una bestia salvaje.

Lo que más interesaba a la tripulación era el misterio de cómo pudo haber caído en manos del capitán aquella ya famosa Biblia. En cuanto a Dick Ferris, su indignación no tenía límites. Pero ¿qué hacer? Y pensaba, pensaba, sometiendo su imaginación a un trabajo incansable. Le obsesionaba la idea de que la Biblia podía cambiar radicalmente la condición moral de Black Neil. Si el mejoramiento esperado no se producía en este bajo mundo, se verificaría indudablemente en el otro, y esto era lo esencial. Y de aquí a la conclusión de que aquella Biblia se hallaba a bordo por intervención exclusiva de la Providencia, no había más que un paso. Dick lo franqueó sin la menor incertidumbre.

Nunca, hasta entonces, se había sentido el marino tan profundamente emocionado. Cuanto más reflexionaba, más imperiosa se hacía su resolución de apoderarse del libro para entregárselo a Neil.

Nadie como él había tomado tan a pecho la negativa del capitán. Hubo un momento en que a los camaradas les pareció francamente cómico aquel estado de sobreexcitación por una bagatela tan insignificante. Y no menos indignaba a Ferris que se considerase la cuestión como una bagatela. Estaba seguro que de ella se deducirían consecuencias muy graves. Era la primera vez que se ponía en contacto con gentes de color y creía que su bienestar moral y material era algo muy digno de un interés humano.

Por la noche, durante su guardia, era éste su único pensamiento. Luego, al acostarse, el problema no le dejaba dormir.

Por su parte, él no había practicado ninguna religión. Pero la vista de un miserable pecador, abandonado de todos, casi al borde de la tumba, la idea de que uno de sus semejantes — ¡un hombre como él, después de todo!—había de hallarse muy pronto cara a cara con la muerte, eran bastante para acumular en su corazón fuerzas sobrenaturales e insospechadas hasta entonces.

Imaginaba el poderío de una "inspiración" venida de lo alto. Un día un amigo suyo había oído la voz del Señor, y al día siguiente se alistaba en el Ejército de Salvación. Y he aquí que ahora una voluntad irresistible se manifestaba en él. Imposible escapar.

Su huella era cada vez más fuerte. Pronto le dominó enteramente, constriñéndole a pasar del pensamiento a la acción.

"Black Neil debe tener la Biblia del capitán", ordenaba la voz misteriosa. Entonces se le ocurrió que la Providencia le había designado a él como instrumento para que el libro que salvaba las almas llegase a su destino. Le pareció que la vida eterna, fin supremo de toda criatura, revoloteaba como una mariposa en la cabina del capitán en espera a quien debía acercarla a Black Neil.

Por fin, el contramaestre del *Poisson-Volant* resolvió poner manos a la obra. Si había que poner en juego la fuerza bruta, él opondría la suya a la del capitán. Ni por un instante se le ocurrió que tal conducta significaba un acto de rebeldía y que sería castigado en consecuencia.

—Después de todo—reflexionaba, —el capitán no es un loco... Es casi seguro que me dejará el libro sin grandes dificultades... Y, sino, peor para él. Puesto que en estos dos últimos viajes ha hecho todo lo posible por excitarme contra él, la ocasión va a ser excelente...

Bueno, también hay que reconocer que se me meten a mí unas cosas en la cabeza... ¡Y pensar que la causa de todo esto es un negro, un negro del que nadie hace el menor caso! Pero ¡qué importa! Así es, así es, y no hay que darle vueltas.

Aquella noche, Dick llamó a la puerta de la cabina del capitán. Obtenida, aunque muy destempladamente, la autorización para pasar adelante, un espectáculo inverosímil se ofrecía a sus ojos. Tendido en su litera y fumando su pipa, ¡el capitán leía la Biblia!

—¿Qué quiere usted?

Tal era el estupor del contramaestre, que se olvidó en un momento del preámbulo que llevaba preparado.

—Bueno, ¿qué pasa?—tronó mister Greenlaf.—¿Querrá usted decirme a qué ha venido a molestarme?

Al cabo volvió a Dick la facultad de la palabra.

—Vengo por eso—dijo fríamente, señalando la Biblia.

El capitán se echó a reír. Luego, se desbordó en un torrente de blasfemias y juramentos.

—Pero, señor, ¿qué espíritu religioso es éste que se ha metido en el barco? Ya es usted el segundo que se lanza a la busca, y, si puede ser, a la captura de este mirlo

LUTO RIGUROSO

Aunque sé, caro lector,
que el luto es signo exterior
de la amargura interior
y, por lo tanto, tributo
de tristeza y de dolor,
miro el luto a lo mejor
cual problema irresoluto,
y digo:—¡Pero Señor!
¿Qué demontres es el luto?—

Sin ir más lejos ayer
me lo preguntaba al ver
cierta dama distinguida
que iba de luto vestida,
compuesta a más no poder.
Porque a mí se me figura,
por muy sólidas razones,
que se dan de bofetones
el duelo y la compostura.

¿Tan sólo el luto consiste
en llevar negro el vestido
aún con lujo desmedido,
porque hayamos convenido
en que el negro es color
[triste?
Pues, a mi juicio, lector,
sería una prueba mejor
del dolor que el alma siente
vestirse sencillamente
aunque fuera de color,
Porque en esa sencillez
se notaría al momento
aquel tedio y dejadez
propios del abatimiento,
y podría comprenderse
todo lo triste que estaba
las ganas de componerse.

Mas ¿qué dolor manifiesta
esa dama atribulada,
tan vestida, tan compuesta
y tan emperifollada?
No lo entiendo:
porque ella pena tendrá;
pero parece que va
por todas partes diciendo:

—Me encuentro tan abatida,
tan triste, tan afligida
cuando se mueren los seres
más queridos de mi vida,
que aquí me tenéis prendida
de veinticinco alfileres
un modisto de importancia,
porque no puedan decir
que una no sabe sentir
las penas con elegancia.

El sombrero es hechicero,
también modelo extranjero:
con pena vistosa y buena:
¡miren si es larga la pena
que me cuelga del sombrero!
Nada en mis lutos ahorro,
y la piel es rica y seria:
zorro negro de Siberia,
que va de luto hasta el zorro.

Y como no pongo tasa
a la manifestación
del duelo que me traspasa,
de luto las medias son,
pues, como veis, son de gasa,
que es luto y ventilación.—
Esto parece decir,
a lo cual hay que añadir
que va muy bien perfumada,
y en fin, para concluir
¡que va, además, muy
[pintada!

Yo la verdad, le diría;
—Luctuosa señora mía:
¿es que usted no ha
[comprendido
la atrocidad que comete
en llevar negro el vestido
y en la cara colorete?
En el luto riguroso
por su hermano, por su
[esposo,
por su padre o por su suegro,
que en su traje se declara,
o no se pinte la cara
¡o píntesela... de negro!

CARLOS LUIS DE CUENCA.

blanco. Pero, ¿qué les [illegible] tedes?

—No es para mí. Yo no he necesitado nunca libros piadosos de ninguna clase. Es para ese pobre negro que van a ahorcar en Kingston. Quiere confortarse con algún libro santo, como él dice. Si usted le oyera... Y pues que usted, capitán, tiene una Biblia, me he decidido venir a pedírsela para él.

—Muy bien. Se ha decidido usted a venir a pedirme la Biblia... Pues, para otra vez—es un consejo, —métase usted en lo que le importe. Y no pierda más el tiempo con ese saco de carbón indecente. No prestaré mi Biblia ni al negro ni a nadie. ¿No me ve usted con ella en la mano? Pues no me incomode. Y largo de aquí. Ya hemos hablado bastante.

El capitán volvió a hundirse en su lectura. Pero Ferris no era hombre que cejara fácilmente. Buscando otro argumento, daba entre las manos vueltas y más vueltas a su gorra.

—¡Ah! ¿Pero es que no se va usted? ¿No se ha enterado usted aún de que en mi cabina no entra nadie?

—Escúcheme usted... Ocurre, a veces, que un hombre, por una razón o por otra, pierde los frenos de su voluntad. Y éste es mi caso. Yo oigo como una voz imperiosa que me ordena: "Pon la Biblia en manos de Black Neil". Porque no vaya uste a creerse, los negros tienen también alma como los blancos, y el alma de Black Neil necesita confortarse para la muerte. Ese libro puede salvarle. Por eso, capitán, yo le ruego que preste su Biblia a Black Neil.

—¡Maldita sea! No se condenara al negro cien mil pares de veces... ¡Usted me dirá si se larga o no!

—Bien. Está visto que tendré que hacerme del libro por la fuerza.

Los dos hombres se miraron en silencio. Y Ferris, humedeciéndose las manos con saliva, frotóselas vigorosamente una contra otra.

—¿Es un desafío? Sea. Hace tiempo que tengo ganas de ver cómo te portas midiendo tus fuerzas conmigo, que ya estoy harto de tu orgullo insultante y de tus fanfarronadas de británico. Anda, aquí te espero. En primer lugar vas a encontrarte con una de bofetadas que no vas a saber de dónde vienen. Y luego te haré azotar en el puente para acabar de una vez con tus insolencias.

—Bien. Bien. Menos palabras y a ver quién puede a quién.

La cabina no era lo suficientemente espaciosa para permitir a dos hombres de su talla medir sus fuerzas a puñetazos. La lucha en un campo tan restringido anunciábase breve y decisiva.

Como fué, en efecto, Dick, de un salto, se apoderó de la Biblia, y Greenleaf le golpeó ferozmente en pleno rostro. El contramaestre, entonces, soltó el libro y consagró toda su atención al adversario. Pocos instantes después los dos hombres rodaban por el suelo. El capitán logró unos momentos de ventaja sobre su enemigo. El americano era muy alto, muy ágil, pero no tenía espacio para asegurarse, para consolidar aquella ventaja. En cambio, la pesadez corpórea de Dick Ferris se acomodaba mejor a aquel campo tan reducido. Era la suya una verdadera lluvia de golpes y todos daban en el lugar designado. En vano pretendía esquivarlos el capitán. Pronto estaban los dos hombres cubiertos de sangre.

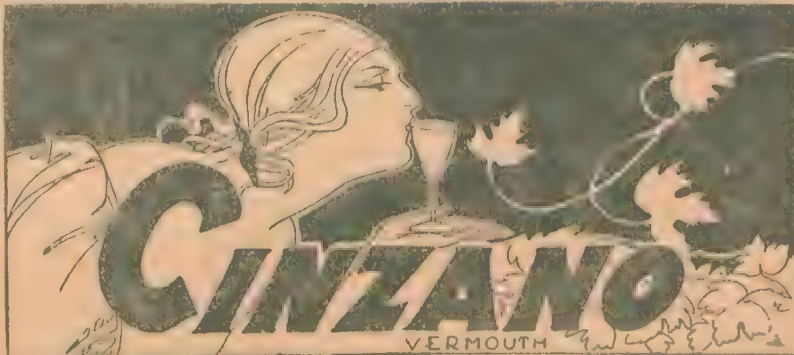
No había duda. Dick tenía ganada la partida. El ojo derecho de Greenleaf quedó cerrado completamente, después de un rápido proceso inflamatorio. Y otra vez volvieron a rodar por el suelo, ahora Dick debajo.

El capitán fué el primero en levantarse. Sabía que aquella lucha cuerpo a cuerpo le sería fatal. Entonces, alargando un brazo, echó manos a un revólver que colgaba de la pared. Fué rápido el movimiento, como un relámpago, pero fué más rápido en el suyo Dick Ferris. Alzó el puño y lo descargó con todas sus fuerzas contra la frente de su adversario, en el preciso momento en que éste disparaba.

Vacilante, el capitán se fué hacia un rincón. Dick sintió un dolor vivísimo en un hombro, y vió una línea sinuosa de sangre correrle a lo largo del brazo. Con la otra mano tomó la Biblia, abrió la puerta y salió.

Tuvo que hacerse paso entre los marineros, que se habían aglomerado al oír la detonación.

Nada. Me ha metido una bala en el hombro y yo le he dado lo suyo—explicó Dick sin detenerse.—Tendedlo en la litera y haced con él lo que os plazca.



Estrechando entre sus dedos el premio de su victoria, dejando tras de sí un reguero de sangre, corrió a ofrecer la Biblia a Black Neil. El negro casi se la arrebató de la mano ensangrentada. Ni sintió la curiosidad de saber cómo Dick la había obtenido.

—¡Lee, mi pobre Neil, lee a toda prisa! Reza, llora, arrepiéntete, que sólo por ti he ganado este libro de salvación. Es la Biblia del capitán. Ha sido preciso..., qué sé yo..., una locura, para conseguir lo que tan ardientemente deseabas. Si él hubiera entendido algo de lo que leía se hubiera peleado más noblemente y no hubiera disparado contra mí. Pero si él ha acabado conmigo, o poco menos, yo te aseguro que el muy canalla, por su parte, no ha salido muy bien parado. ¡Conque, Black Neil, aprovecha los segundos y sálvate cómo puedas!

Ya iba a retirarse, cuando se detuvo para darle un consejo:

—He oído decir siempre que la última parte es la mejor. No pierdas el tiempo. Si ha muerto Greenleaf, podrás quedarte con el libro hasta que lleguemos a tierra.

Y dicho esto, se fué a la despensa a ver si el cocinero tenía algo para su herida.

Afortunadamente, era un rasguño sin importancia. Mientras vendábanlo, preguntó por el capitán.

—Regularcillo... Ni patas ni brazos rotos. Pero no ha vuelto aún en sí. Debe usted de haberle puesto el cráneo del revés.

—Está visto. Voy a desembarcar en Kingston en las mismas condiciones que el negro. Codo con codo.

A medida que pasaban las horas, el estado del capitán inquietaba más y más a la tripulación. Los marinos, por naturaleza, no son hombres para consolar a nadie. Son pesimistas incorregibles. Hasta la aurora, Dick Ferris estuvo oyendo cosas como para descorazonarse un poco

Bell admitía:

—Hasta cierto punto tenía usted razón en hacer lo que ha hecho. Dice usted que fué una "inspiración" y ante eso me callo.

Pero no calló el amigo Bell, de verbo bastante fácil para traducir con relativa exactitud su pensamiento.

—Ahora lo que pasa es que la ley no tiene nada que ver con la "inspiración". A los ojos de la ley es usted culpable de un delito de rebeldía. Además, ha puesto usted sus manos en algo que es de la exclusiva propiedad del capitán. Y no quiero decir nada, si resulta que se lo ha cargado usted.

—¡Y todo por un negro!—gruñó el cocinero.

—Por su alma—rectificó Ferris, a manera de excusa.—A mí el negro, personalmente, me importa un comino. Pero no hay que confundir. Era de su alma de lo que se trataba. Y eso es algo muy distinto. Allí lo tenéis devorando la Biblia. Le está sorbiendo el jugo, como un niño la leche de su madre. A mí no me digan... Neil se salva, Neil logra borrar la mancha de todos sus pecados.

¡Pero, malhaya sea el demonio! interrumpió John Droop.—¿Quién le ha metido a usted en la cabeza que esa masa de betún tiene su alma en su almario? Si ahora resulta que los negros tienen alma como nosotros, ¿quiere usted decirme cómo, de aquí en adelante, vamos a diferenciarnos de ellos?

—Escucha, tú—le objetó el contramaestre con una profunda mirada de desprecio. Si una mala bestia, si un borracho asqueroso como tú tiene un alma, entonces no hay desgraciado en el mundo, sea blanco, negro o amarillo, que no la tenga también. ¡Hasta los monos!

Pero John no se dejaba abatir.

—Sí, muy bonito. Venirse ahora

ALGUNOS SEUDÓNIMOS

Dos de los hombres que más han influído en el pensamiento del mundo son conocidos sólo por sus seudónimos.

Nos referimos a Platón y a Voltaire.

No se sabe, en realidad, el verdadero nombre del primero; el que le puso su padre Aristón, Platón, que quiere decir "ancho", fué un mote que se le puso porque tenía las espaldas muy anchas; pero el filósofo lo aceptó y lo hizo más famoso que su patronímico.

Muchos habría que si les hablasen de un tal Arouet se quedarían con la boca abierta, sin saber a quién se hacía referencia, y, sin embargo, los verdaderos nombres de Voltaire eran Francisco María Arouet. El seudónimo lo tomó del nombre de una finca de su madre cuando estrenó la tragedia "Edipo", y luego lo siguió usando en la mayoría de sus obras y no decimos en todas, porque ha sido el hombre que ha empleado más seudónimos diferentes. En una biografía suya se registran cerca de ciento cincuenta, entre los que figuran nombres religiosos femeninos, títulos de doctor y de nobleza y hasta apellidos españoles, como el de Marqués de Ximénez y el de Zapata.

Balzac, el ilustre autor de "La Comedia Humana", firmó sus primeras producciones con muy diversos seudónimos, uno de ellos fué el de Lord Rhoone, anagrama de su nombre de pila Honoré.

Uno de los escritores extranjeros más populares en la actualidad, "Mark Twain", se llama Samuel L. Clemons fuera del mundo literario. Tomó este seudónimo del término que usan los boteros del Mississipí para medir la profundidad del río con la sonda, los cuales cuentan las unidades de la medida que emplean, diciendo: "Mark twain, etc., es decir: "marca uno, marca dos".

Anatole France, el escritor cumbre que desaparece ahora, se llamaba Anatole Thibault, y la eximia escritora chilena Gabriela Mistral, es, según informaciones fidedignas, Lucila Godoy.

con palabras del Evangelio después de haber hecho cinco al capitán.

No murió el capitán, sin embargo. Algunas horas después de la batalla, recobraba lentamente sus sentidos. Y como el cocinero, a la sazón, se encontrase a su lado:

—¿Dónde he herido a Ferris? —le preguntó.

Cuando oyó que no había sido más que un rasguño en un hombro, llevándose ambas manos a la cabeza, murmuró:

—Yo..., yo sé bien dónde me ha dado.

Quiso despedir al cocinero, pero éste insistió para que comiese y bebiese alguna cosa. Demasiado débil, después del combate, para resistir, aceptó de mala gana.

El cocinero era de opinión que el capitán saldría adelante. Y no se equivocaba. Dos días después, mister Greenleaf se hacía llevar su silla sobre cubierta. La tripulación entera podía así admirar en su rostro todos los colores del arco iris. Permanecía sentado y fumando horas y horas, sin dirigir la palabra a nadie.

Luego, inesperadamente, ocurrió algo muy extraño. El capitán se alzó de su asiento, se dirigió, arrastrando las piernas, hacia proa y desapareció tras las tablas que formaban el encierro de Black Neil.

Absorto, el negro no oyó nada, ni siquiera levantó los ojos. Hundido el rostro, la nariz rozando las páginas de la Biblia, leía frenéticamente. Así llevaba varios días. No quería comer, ni beber nada. Y, según todas las apariencias, la palabra sagrada le había procurado ya algún consuelo.

—¿Qué tal vamos?—le preguntó de pronto mister Greenlaf.

—Poco bueno, señó. Poquito bueno—y apenas si despegó la vista del libro.

Después, dándose cuenta del personaje que tenía ante sí, se puso a temblar, los dedos crispados sobre la Biblia.

—¡No me la quite usted, señó, no me la quite usted, por lo que más quiera! Yo empezar hace un tantico a ponerme bien con el Dios Bueno. Déjemela usted un ratito na más y me voy al sielo, limpio de todas mis culpas...

Y añadió:

—Ya pueden entonse buscar al negrito. Black Neil conoce ya el camino que lleva al sielo. ¡Oh, señó, señó, no me quite usté ahora el libro que estoy acabando de segurarme la vida eterna!

El capitán se impresionó profundamente:

—¿Pero tan seguro estás de que ese libro es tu salvación?

Se detuvo un instante y siguió:

—No te apures. Han colgado a muchos que valían bastante menos que tú. Escúchame. Te voy a dejar mi libro, pero con una condición: si subes al cielo, recomienda a la bondad de Dios ese pobre navío. No tienes que mencionar el nombre de nadie. Simplemente, una alusión a la vieja nave, para beneficio, lo mismo de los unos que de los otros. Dí allá arriba que acaso a bordo del *Poisson-Volant* no vaya todo como conviene, pero que no es nuestra la culpa. La verdad, que no ha sido de la mejor gana como te he dejado ese libro. Pero, ya que lo tienes, quédatelo, y apriétalo entre tus nadaderas hasta que lleguemos a Kingston.

Hizo otra pausa. Sacó un lápiz del bolsillo y ofreciéndoselo al negro:

—Toma... Un lápiz... Pon una raya debajo de algunas de las frases que más te han conmovido.

Sin más despedidas se marchó.

Había oído decir—y era opinión que él compartía—que los moribundos y los llamados a desaparecer en plazo breve disfrutan de extrañas intuiciones sobre el otro mundo... Y sospechaba que su Biblia se beneficiaría grandemente con las inspiradas anotaciones de Black Neil.

A bordo no se hablaba de otra cosa que del inexplicable mutismo del capitán.

—Está madurando su venganza. En cuanto lleguemos al puerto, seguro que va a servirnos uno de sus platos favoritos—afirmaba Bell a Dick Ferris.

—Me parece a mí que a ese pobre lo indultaban ahora y le daban un disgusto—comentó Bell, con cierta apariencia de razón. — Cualquiera diría que está deseando bailar la jiga en el extremo de la cuerda.

Ocho días más tarde, a la aurora de uno esplendoroso, el *Poisson-Volant* salía del muelle de Kingston. Y mientras alegremente avanzaba hacia alta mar, Dick Ferris entró en la tosca celda en que Black Neil había vivido sus últimos días. Por encima de las tablas que habían constituído la muralla del prisionero, contempló la ciudad, ya lejana. Pero sus ojos se detuvieron especialmente en una mancha negra que flotaba en lo alto de un mástil de bandera.

De pronto, se dió cuenta de que no estaba solo.

—¿Qué mira usted?—le preguntó una voz muy próxima.

Era el capitán. Aparte las órdenes indispensables para las maniobras, eran éstas las primeras palabras que le dirigía, después del encuentro memorable.

—Miro, capitán, la bandera negra que acaban de izar en lo alto de la cárcel de Kingston. Mírela usted cómo flota al viento. ¡Pobre Black Neil!

—Hemos tenido un altercado por culpa de ese negro—dijo el capitán fríamente.

—Y siento mucho haber dado tan fuerte, pero usted, capitán, tampoco debió servirse del revólver. De cualquier manera, reconozco que se ha portado usted generosamente no entregándome a las autoridades del puerto. Gracias, muchas gracias, capitán.

—Es lo mejor que puede ocurrírsele después de su comportamiento estúpido hasta lo incomprensible.

—Yo no sé... Era algo que no me había ocurrido nunca. Algo como una orden, como una inspiración divina. Corría como una fuerza desconocida por mis venas. ¡Pedía con tanto empeño el infeliz un socorro para su espíritu!

—Me ha asegurado que si sube al cielo será gracias a mi Biblia. Y yo... dándome cuenta de que al navío le faltan muchas cosas para que todo en él esté como Dios manda, he hecho un trato con el negro. Se ha comprometido, si consigue llegar allá arriba, recomendar el barco a la bondad del Señor. Pero el barco, no a ninguno de nosotros en particular. He estado bueno, ¿no le parece?

—Muy bueno—afirmó Dick sonriendo.

—Y... y—añadió finalmente el capitán—ahora, me parece que lo mejor que podríamos hacer es estrecharnos la mano. Y, luego, diremos a la gente que echen abajo la cabaña del negro. Que ya ha servido para lo que tenía que servir.

Las fiestas eleusinas de Grecia

Esas fiestas se celebran en honor de Deméter, de su hija Cara y de Yaco, las tres divinidades etonianas del Atica, unidas en un mismo culto misterioso.

La leyenda atribuía a Emnolpo la fundación de estos misterios. El documento más antiguo sobre su institución es el himno homérico a Deméter. Este himno sitúa en Elusis la fábula de Deméter. Había dos clases de misterios, llamados pequeños y grandes misterios. Estas dos fiestas místicas correspondían a las dos épocas agrícolas principales, relacionadas con los episodios decisivos de la historia mística de las dos grandes diosas.

Los pequeños misterios se celebraban en el mes de la germinación primaveral. Los grandes misterios se celebraban anualmente, en el mes de boedromión, en el tiempo que media entre la recolección de las mieses y las siembras otoñales, y duraban unos doce días.

La iniciación en los misterios, en su origen, era privilegio exclusivo de los ciudadanos atenienses, extensivo a las mujeres. Para ser iniciado un extranjero, tenía que naturalizarse en Atenas.

Los cargos del sacerdocio eleusinio eran hereditarios; figuraba al frente de los sacerdotes el hierofante, que presidía la revelación de los misterios, y el caduceo, que llevaba la antorcha.

Claudio trató de trasladar a Roma las eleusinas, y Augusto, Adriano y Marco Aurelio fueron iniciados en ellas; y cuando Valentino prohibió por su edicto la celebración de misterios nocturnos, se excluyeron los de Eleusis.

Los concursos y los juegos públicos que formaban parte de las ceremonias de las eleusinas, sólo se efectuaban cada tres años, o cada cinco, revistiendo estas últimas más solemnidad que la anterior.

—Más verdad que el sol que nos alumbra—apoyaba el cocinero.

Así debatíanse estas graves cuestiones, y nadie hallaba respuesta aceptable a esta pregunta precisa: "¿Por qué Greenleaf no ha mandado todavía poner en la barra al contramaestre?".

Al día siguiente, el capitán volvió a hacerse cargo del mando del navío. Poco tiempo después el *Poisson-Volant* entraba en Kingston. No obstante, no ocurrió nada extraordinario. Joseph Greenleaf no tomó ninguna decisión oficial y definitiva respecto al contramaestre. Se hicieron los trabajos de costumbre; descargado el navío se embarcó un nuevo cargo. En cuanto supo que el clero local le ayudaría eficazmente a bien morir, Black Neil marchó con paso seguro, casi alegre, a su prisión.

El salto de agua de mayor altura en los Alpes

El salto de agua de mayor altura de Francia que se explota actualmente es el río del Baton, afluente del Romanche, en los Alpes del Delfinado. La altura utilizada en dicho salto es de 1.038 metros. El Baton nace en la vertiente oriental del macizo de Belledonne, a más de 2.500 metros de altura, y se precipita en el Romanche, cerca de Livet, por la cascada de Baton.

Este riachuelo se ha derivado, con una presa, a 1.760 metros de altura, por un túnel de 1.103 metros de longitud, perforado a gran profundidad en la roca, y que termina con una cámara de agua, practicada también en la roca, a 30 metros de profundidad. De dicha cámara parte una conducción forzada, de 1.565 metros de longitud por 545 milímetros de diámetro, enterrada a dos metros de profundidad. Los últimos 200 metros de la tubería, a causa de la enorme pendiente de la montaña, se han colocado en una verdadera chimenea perforada en el suelo rocoso, con una inclinación de 61 [illegible]. La fábrica central hidroeléctrica está [illegible] en la roca; es una fábrica troglodita, instalada en una gruta artificial y puesta así al abrigo de los desprendimientos de piedras.

En dicha central eléctrica hay instalados dos grupos de turbina alternador de 3.2[illegible] caballos cada uno; la tensión, de 1.5[illegible] voltios, a que trabajan los alternadores, se eleva a 26.000 voltios para la transmisión de la energía; ésta se utiliza a ciertas horas en la red general de Grenoble, y en las restantes, en los hornos eléctricos de la fábrica de Livet.

Las islas de guano en el océano Pacífico

Existe frente al litoral peruano un conjunto de islotes a los que fácilmente arriban en piragua los indios desde la costa, que se halla bastante próxima, cercanía que se explica por la circunstancia de que esas pequeñas islas formaron parte del continente en lejanos períodos geológicos, hasta que fueron separadas por las furias del mar, que en aquella zona encrespan con frecuencia violentas tempestades.

La elevación máxima de esas islas, sobre el océano, apenas excede de unos 50 metros, y están precisamente situadas en el curso de la gran corriente submarina, denominada de Humboldt, en memoria del naturalista que fué el primero en estudiarla. Se desliza esa corriente a lo largo de la costa occidental de la América del Sur, a partir del cabo de Hornos, y se desvía de esa dirección a la altura de la frontera del Ecuador y el Perú, al chocar con otra corriente ecuatorial, la llamada El Niño, que imprime a la primera brusco impulso hacia Poniente.

Las aguas de la de Humboldt, que no es sino un brazo de la corriente auténtica, conservan, incluso en las proximidades de la zona ecuatorial, una temperatura mucho más baja que la del océano Pacífico en aquella misma latitud, y esa circunstancia excepcional hace de la mencionada corriente un medio propicio al desarrollo de los organismos, tales como algas, moluscos y otros análogos. A su vez, la abundancia de esos organismos favorece la multiplicación allí de las especies de pescados que de aquéllos se alimentan y, como consecuencia enlazada a la anterior, abundan igualmente en aquellos parajes, las aves acuáticas a las que sirven de pasto los mencionados peces, cebo que atrae a las focas y a otros ictiófagos habitantes del mar.

Pero no se limita el efecto de la corriente del Humboldt a esa multiplicación de la fauna marina, sino que, además, esas aguas relativamente frías, impiden la condensación del vapor de agua atmosférico, es decir, que en aquellos parajes no llueve *jamás*, con lo que el guano de las islas peruanas conserva, en el transcurso de los siglos, todos los elementos azoados y fosfóricos que forman parte de su composición, guano constituído por la acumulación de excrementos de las numerosas colonias de aves que pueblan los islotes, y por los restos de pescados que allí depositan sus alados habitantes.

Hay también otras islas en las que el guano se forma de igual manera; pero expuestas a frecuentes lluvias torrenciales pierde gran parte de sus elementos fertilizantes ese guano. De ahí, que el peruano sea el más apreciado del mundo desde hace mucho tiempo.

Ya los incas conocían las maravillosas propiedades del guano, palabra ésta que hemos heredado de aquella raza. Y he aquí lo que dice acerca de la eficacia de ese abono uno de los directores del Museo de Historia Natural de los Estados Unidos.

"Débese el valor del guano a la particular manera con que sus elementos se combinan en el laboratorio químico que constituye el aparato digestivo del ave. Está compuesto y asimilado por las plantas, mucho más fácilmente que cualquiera otro abono de fabricación industrial".

La superficie de todos esos islotes peruanos estaba cubierta de una capa de guano, que en algunos lugares tenía un espesor de varios centenares de metros.

Aquel producto no se explotaba desde el tiempo de los incas, y cuando siglos más tarde los barcos europeos y norteamericanos arribaron a aquellas islas para llenar sus bodegas del sin rival abono, los cargadores mataban, por millares, a los pájaros que lo producían y, como era natural, los animalitos supervivientes dejaron de frecuentar los islotes, con lo que se agotó el tesoro, que bien puede llamarse así a aquello que proporcionaba un rendimiento medio anual de cerca de cien millones de pesos.

Por fin, no hace aún veinte años, el gobierno peruano se preocupó de que naciera aquella riqueza enorme, y ahora son objeto de especial vigilancia las islas de guano, para que no se repitan las anteriores matanzas que motivaron la desbandada de sus antiguos pobladores, entre los que había y hay estas cuatro especies principales: el camanáy, el alcatraz, el piquero y el guanáy. La primera especie casi había desaparecido ahuyentada por aquellas matanzas a que hemos hecho anterior referencia; pero más tarde, alejados de allí los buques que iban a hacer provisión de guano, el camanáy volvió a sus antiguos nidos y se reprodujo en extraordinarias proporciones, sobre todo en las islas denominadas Lobos de Tierra y Lobos de Afuera.

Los Alcatraces son pelícanos de gran tamaño, y en cuanto a los pelícanos, propiamente dichos, sólo había doscientas parejas en Lobos de Tierra hace poco tiempo; en cambio pasaban de doscientos mil los ejemplares de esa especie en Lobos de Afuera.

También los piqueros se multiplican en gran escala.

Y en cuanto al guanáy, es la más prolífica de todas las aves marinas, y la que más contribuye a la formación de los yacimientos de guano.

Probablemente, la importancia numérica de esas aves se debe a su notable instinto de asociación y de cooperación.

Un especialista en ornitología marina ha calculado, en una sola colonia, no menos de un millón de pájaros adultos.

Anfitritre

Esta es una de las diosas mitológicas que ha inspirado a multitud de poetas, escultores y pintores. En infinidad de trabajos artísticos aparece esta diosa como asunto principal, rodeada de majestad y de las alegorías con que a estos personajes mitológico presenta la fantasía.

La leyenda dice que era hija de Nerea y de Doris. Fué esposa de Neptuno, dios de las aguas, y madre de Tritón y de numerosas ninfas. Los griegos la adoraban en cicladas, y se le levantó una estatua en Corinto. Sus atributos eran un cetro de oro, signo de su autoridad, y una inmensa concha marina en forma de carro, que le permitía deslizarse sobre las aguas, en donde ejercía su imperio. Los tritones y las nereidas, nadando sobre la superficie de las aguas, formaban su escolta habitual.

Según los poetas, Anfitrita personificaba el mar.

Las ruínas de Thobaurba Majus, en Túnez

Thobaurba Majus fué una ciudad romana. Sus ruinas se hallan a unas cuarenta millas de Túnez.

Las excavaciones empezaron hacia 1916, en plena guerra europea. Como todavía los trabajos están muy poco avanzados no puede decirse aún qué extensión tenía la ciudad.

Es una coincidencia irónica que hayan sido precisamente arqueólogos alemanes quienes hayan revelado al mundo la existencia de esta ciudad, erigida por un pueblo como el romano, destinado a imponer su cultura a otros países—el mismo destino de Alemania... según los alemanes, naturalmente.—En esta ocasión no han conseguido otra cosa que demostrar que los romanos lograban triunfar en lo que ellos fracasan.

Los romanos llegaron a la tierra de un pueblo primitivo y erigieron edificios públicos que serían el orgullo de arquitectos e ingenieros de nuestros días.

Túnez debe a los romanos, en cierto modo, sus instalaciones de agua potable, pues que ésta llega a su recinto a través de un acueducto construído por aquéllos. Otras conducciones de agua en el norte africano demuestran que el precioso líquido, en tiempos de Roma, era llevado con frecuencia a cientos de millas del manantial originario.

Pese a la alta posición a que fué llevada esta parte norteña del continente africano en los primeros días de la civilización, de la cultura latina, el pueblo, después del glorioso paso de los romanos, volvió al estado salvaje, y hoy vive—aparte, claro está, las ciudades principales—sobre poco más o menos como hace mil años.

Víctimas del rayo

Es curiosa la estadística que se lleva en Francia acerca de las víctimas que el rayo produce y de los estragos que ocasiona. Cada año se hace en Francia, desde el 1863, esa estadística, la cual publica el Ministerio de Justicia.

Durante el siglo último, 10.000 individuos perecieron carbonizados en Francia. Los años en que hubo menos cantidad de estas muertes fueron los de 1874, 1892 y 1893, durante los cuales sólo murieron 178, 174 y 155, respectivamente. Estos años fueron los que tuvieron estíos más cálidos y tempestuosos. Los países montañosos y las regiones donde la densidad de población es mayor son los que más castigados están. Así, el que ocupa el primer lugar es Pay-de-Dôme, siguiéndole Haute Loire, Aveyron, Pas-de-Calais y la Mancha.

Para ciertos departamentos existen años fatales, como para Indre et Loire, que en 18[illegible] tuvo que registrar 23 muertos. La proporción de muertes, en relación con la desigualdad de población, muestra mejor aún la preferencia que manifiesta el rayo por los países montañosos. Mientras que en la Mancha sólo se cuenta un muerto por cada 26.000 habitantes, en el Norte, uno por 11.000 habitantes, y en Somme, uno por 8.000.

Los hombres tienen peor suerte a este respecto, que las mujeres. Entre las 5.381 víctimas que hizo el rayo desde 1854, se cuentan 3.919 hombres y 1.462 mujeres, o sea cerca de tres veces menos.



Historia breve de un hombre feroz

Por Arturo Alezzandrini

Silvio María Jonatán, durante su mocedad poseyó un temperamento dulce, delicado y soñador. Para él la vida transcurría plácidamente. La estrella de la felicidad acompañábalo por doquier. Sus pupilas brillantes y azul cielo no habían aprendido aún a analizar otro color que no fuera el rosa. Rosada era su existencia, como lo son los sueños de la juventud. Por estas razones, se acostumbró Silvio María Jonatán a considerar al mundo como un gran paraíso encantado, algo así como aquellos reinos de las hadas buenas que tanto satisfacen a los sentimientos de la niñez.

Una tarde agosteña, en una fiesta familiar conoció a una mujercita interesante, culta e inquieta. Jonatán se prendó de la joven, sobre todo por cierto hábito de inconstancia, por cierto aspecto de volubilidad que él creyó descubrirle. En los primeros tiempos se propuso corregirla, "domesticarla", asimilarla a su modalidad, abserverla. Luego le declararía su amor y ambos se amarían, estaba seguro, con pasión nunca alcanzada, ni por toda la humanidad, ni aún por los grandes amantes de la novela.

Alicia, la muchacha que traía trastornado a Silvio, visitó más tarde, la casa de éste, y ambas familiar hicieron por último, muy cordial amistad. En estas circunstancias sobráronle a Jonatán las oportunidades de proseguir, con empeñoso afán, el propósito de transformar el temperamento de su amada. En esta tarea no consiguió otra cosa que enamorarse más aún de Alicia. Más tarde aquello que en un principio parecía un "experimento", terminó por transformarse en una afiebrada pasión que sorbía por completo la tranquilidad de Jonatán. Alicia era para él la vida misma. Como un niño se obsesiona con sus juguetes, así Silvio María vivía con su mente puesta en la persona de su amada.

—Alicia, Alicia — pensaba a veces Jonatán. — Eres una niña maravillosa, llena de encantos. Eres como mujer, una artista bella, exquisita y soberbia; conoces el arte de la atracción. ¡Qué cosa más dulce es el amor! ¡Oh, sí, es muy dulce! Tú, Alicia mía, encarnas la dulzura de este amor; yo, en cambio, no significo nada. ¿Pero qué importa, si tú sola lo vales todo?

Silvio María terminó por endiosar la figura de la amada, no solamente en los sueños, sino hasta en la realidad. Esto era su secreto, su dulce tortura. Los vestidos de Alicia parecíanle de mejor gusto que los de las otras mujeres. Los ojos de Alicia, cercados por dos sombrías filas de largas y arqueadas abéñulas, semejábanle dos mundos extraños, poblados de ansias y de sensaciones nuevas.

Alicia, en cambio, no pensaba de la misma manera. Su temperamento de fina coquetuela debía chocar por fuerza, con el de Silvio, que había equivocado, en realidad, la misión del amante. Ella creyó encontrar en él, al hombre interesante, audaz y casi dominador, pero tropezó con un amante excesivamente delicado, tonto, débil, tolerante, en una palabra: sinceramente enamorado. Sabido es que el hombre enamorado se parece mucho a un torpe sin remedio, y que por lo demás resulta muy poco entretenido en el juego del amor. Ese juego que cautiva a muchas mujeres, ese juego que es a la vez trivial pero imprescindible para la buena armonía con los temperamentos femeninos. Silvio no era, en este concepto, sino un pésimo jugador, que además, en los primeros tiempos, se le había metido en la cabeza la metamórfosis de las modalidades de su amada. Debía por fuerza resultar un enamorado cargoso y si a esto se agrega que, por último, abandonó tal pretensión para mostrarse ante ella en una faz menos atractiva aún: la de la debilidad, no debe asombrarse nadie de que Osvaldo, el hermano menor de Silvio, fuera ganando sin pretenderlo, una gran parte en el corazón de Alicia.

Transcurrió un cierto tiempo y aquello que debía esperarse se produjo: Alicia y Osvaldo huyeron juntos para casarse en Montevideo.

Silvio quedó como idiotizado durante una larga temporada. Hubo que internarlo en una casa de salud, por consejo del médico, pues se temía por la seguridad de sus facultades mentales. Luego fué paulatinamente reaccionando; pero la reacción no era precisamente hacia la normalidad sino que, a medida que mejoraba, fué adquiriendo una personalidad nueva, distinta. Su temperamento, antes comunicativo, juvenil y suave, tornábase ahora agrio, seco y hermético.

Cuando salió del sanatorio, Jonatán se había convertido en otro hombre; de soñador pasó a ser instintivo, de delicado, se transformó en áspero y amargo. Su sentimentalidad había desaparecido por completo. Hasta el físico cambió. Su cara reflejaba aquel enfermizo estado de su ánimo; una mueca grotesca, despectiva, que no se separaba de su rostro, daba la impresión de un principio acentuado de perversidad. Cuando se le ocurría reír parecía un trágico que ríe de dolor en un drama espeluznante.

Muy poco alcanzó a vivir con la familia. Había adquirido hábitos extraños, vicios deleznables. Un día se marchó del hogar, de aquella casa en que había nacido y se había criado. Allá quedaron los dos ancianos: padre y madre; allá quedaron sus horas de felicidad; allá quedaron sus recuerdos íntimos, algunos sobres conteniendo papeles de colores pálidos, con frases de amor y de ilusión. Allá quedaron, también, las tres hermanitas hacendosas que tanto sufrían por su mal.

Ahora Silvio María se ganaba la vida, más propiamente, se ganaba los vicios, haciendo de apuntador en un teatrillo de barrio. Esa noche la sala estaba repleta de público. Se estrenaba un drama de un jovenzuelo con trazas de miserable, con aspecto de hambriento, que después de mil infructuosas tentativas había conseguido llevar a un escenario una de sus numerosas producciones.

—Por favor, Jonatán — rogaba en aquellos instantes supremos e inolvidables el joven autor, ante el ebrio inconsciente. — Por favor, Jonatán, repita la letra, el primer actor no se sabe el papel. Si en la escena del tercer acto llega a vacilar un segundo, el parlamento se habrá venido abajo, la obra habrá fracasado, para mí habrá llegado la hora de la más dolorosa desilusión.

—¿De su más dolorosa desilusión...?

—Sí; en sus manos confío mi salvación. Ese parlamento es una escena a grandes voces sucevivas, una palabra que no esté en el libro, una situación equivocada, son suficientes para matar la obra...

—No se aflija, amigo, ya verá como todo sale bien.

—Tengo confianza en usted. Tome mi último peso, bébase una copa a mi salud, después de la función.

—Beberé por su éxito — respondió Silvio mientras cogía el billete. — En seguida se fué tambaleando pòr la escalerilla que conducía al sótano, para ocupar su lugar en aquella caja estrecha como boca abierta de monstruo marino. Silvio, metido dentro de ella, parecía una lengua flaca y amarillenta, saliente e inmóvil.

Los dos primeros actos de la obra transcurrieron a satisfacción del público; hasta ahí los artistas se habían comportado muy discretamente. A poco del entreacto la sala quedó en tinieblas, subió el telón para dar principio al tercer acto. El escenario representaba una choza misérrima, perdida entre árboles corpulentos; al foro se extendía una llanura desolada, interminable y árida, apenas perceptible en la penumbra. Los personajes eran una familia de labriegos martirizados, desesperados, ante una sequía pertinaz que se cernía sobre aquella región como una ráfaga de fatalidad y de exterminio. Luego de las primeras escenas, algunos relámpagos comenzaron a poblar el escenario. Unos minutos después descargó la tormenta figurada, la borrasca espantosa, el huracán bravío y amenazador. En ese instante el personaje protagónico pasó de la choza al patio, para saludar y bendecir a aquellos diabólicos fe

¿Qué sabe usted de esto?

¿SABE USTED que no puede considerarse bien alimentado, por mucha carne y patatas que coma, si no toma diariamente, durante todo el año, una hortaliza, por lo menos?

Por este motivo *es mejor reducir, de manera general, los gastos diarios, que tratar de ahorrar en la compra de hortalizas.*

¿SABE USTED que las hortalizas contienen vitaminas y materias minerales necesarias para el desarrollo y la salud?

Por este motivo *las hortalizas se conocen con el nombre de "alimentos protectores".*

¿SABE USTED que las hortalizas contienen gran cantidad de hierro?

Por este motivo *es mejor tónico el que se obtiene en una huerta que lo que se compra en una botella.*

¿SABE USTED que alguna de las vitaminas y el sabor delicado de las hortalizas desaparecen cuando se cuecen demasiado?

Por este motivo *las hortalizas sólo deben cocerse hasta que estén tiernas.*

¿SABE USTED que las materias minerales y algunas otras sustancias alimenticias de las hortalizas se disuelven en agua hirviendo?

Por este motivo *las hortalizas de sabor poco pronunciado deben cocerse en la menor cantidad de agua posible.*

¿SABE USTED que el sabor pronunciado de hortalizas como cebollas y repollos es producido por un aceite volátil?

Por este motivo *tiene mejor gusto cuando se cuecen con mucha agua en una olla sin tapadera.*

¿SABE USTED que las hortalizas tienen mejor aspecto cuando la clorofilia, o color verde, se conserva al cocerse?

Por este motivo *las hortalizas deben cocerse rápidamente en una olla sin tapar.*

¿SABE USTED que el polvo de sosa que frecuentemente se echa para cocer hortalizas destruye algunas de las vitaminas que contiene?

Por este motivo *no debe emplearse sosa para "que conserve el color" o para que las hortalizas resulten tiernas.*

nómenos atmosféricos. Este empezó a gritar: "¡Agua, agua; Dios, bendito seas...!" De pronto se calló, miró hacia la concha, el apuntador había desaparecido. No sabiendo qué decir y recordando que debía perecer, fulminado por un rayo, después de un parlamento muy largo (que no había estudiado suficientemente en la confianza de que Jonatán se lo iría marcando), apresuró el final de la obra.

—El rayo se viene, me mata — exclamaba, para darlo a entender al traspunte, que debía producirse de una vez el estruendo. Mientras tanto corría de un lado al otro de la escena, esperando aquel rayo que no venía.

El público, después de un murmullo clamoroso, no pudo contener la carcajada; aquellas risas eran generales, estridentes y como amenazadoras. Los artistas perdieron la tranquilidad. Por fin vino el rayo salvador, que haría bajar la tela final.

La obra fracasó ruidosamente. Algunos espectadores reían aún; otros, más positivistas, vociferaban que les devolvieran el precio de la entrada. Aquella noche murió una esperanza. Jonatán, en un bar apartado, festejaba el triunfo de su cinismo.

—La que se habrá armado—pensaba. — Ha florecido un infeliz más en la humanidad. Venga otra grappa.

Silvio se satisfacía con tales acciones, experimentaba un placer íntimo; esto era, precisamente, lo que justificaba sus actos indignos: un goce interior de extrañas sensaciones. Al salir del bar tropezó con un anciano que iba a recostarse en él para no irse de bruces. Silvio le hizo una gambeta de propósito y el pobre hombre cayó pesadamente. Jonatán le miró unos segundos, sonrió de buen agrado y echó a andar hacia su pocilga de la calle Boedo, arrebujado en el grueso gabán, como un duende ondulante, como una sombra vagabunda.

En la bohardilla del último piso vivía Silvio con Magdalena, su amante, una corista del teatrejo de barrio, que más le servía de compañera de vicios que de mujer.

—¿Ya te has echado a dormir? ¿Oyes, tú? — prosiguió sacudiendo brutalmente a la dormida.

—¿Qué hay? — musitó ella, despertando.

—Ya has tomado de eso...

—Déjame. ¿Qué te importa?

—¿Lo has tomado todo, idiota? ¿Dónde está mi parte...?

—No sé; por ahí, búscala...

Jonatán empezó a buscar, con ojos de alucinado, la droga codiciada. La encontró por fin y dió principio, con vehemencia extrema, a la operación de inyectársela. Luego se tiró en el lecho.

Poco después quedaron ambos como aletargados.

Algunos meses más tarde, Jonatán, que se había hartado de todos los goces vulgares, concibió un día el placer de matar. Matar, ¡qué cosa formidable! Su nerviosidad envilecida, no encontraba ya otra cosa mejor. Su instinto necesitaba saciarse con el crimen. Ya había gustado el placer de provocar el dolor ajeno; había practicado el odio al prójimo, pero todo esto no era suficiente. El mal que hasta ahora había ejercitado, siempre que podía, era un mal moral, poco halagador. Era preciso que matara, que gozara en la agonía de su víctima, verla morir, gustar el espectáculo de una vida que se esfuma... Pero...: ¿a quién elegiría? Luego de devanarse los sesos decidió hacerlo con Magdalena. ¡Pobre Magdalena!, ella había sido una abnegada, que tenía, unida a su desgracia, la debilidad de quererle.

—Si la mato — se le ocurría a Silvio — lo hago por placer; el placer en una especie de amor, a mi manera.

Así, con frío razonamiento, maduró el siniestro plan. Aprovecharía cualquier noche en que ella hubiera tomado "aquéllo", la amordazaría y la ataría en el lecho. Luego le abriría una herida en la muñeca.

Era aquélla una noche de espanto, glacial y borrascosa para los demás; para Jonatán y Magdalena era simplemente una noche de hambre. Habían preferido gastar el último dinero en la "droga maravillosa" antes que gastarlo en comer. Ella, como de costumbre, se tiró en el lecho, semidesnuda, en posición supina y con los brazos abiertos y abandonados. Jonatán la observaba de vez en cuando, con miradillas breves y siniestras. A poco fuése a la ventana. Detrás de los vidrios vió la tempestad que rugía terriblemente dando rienda suelta a su cólera fulgurante y bravía. Sintió entonces una gran fiebre interior; sintió un martirizante deseo de gozar, y se volvió hacia la mujer que dormía profundamente: la miró unos instantes y sin saber por qué le dió repugnancia.

En aquel hombre habían muerto los deseos de la carne, se había hartado de todo lo humano, de todo lo común, de lo malo y de lo bueno. Extrajo unos cordeles del interior de un baúl vetusto y dió principio, con pasmosa impasibilidad, a la obra de maniatar a su amante. La soporizada, no se dió cuenta de la operación. Luego tomó Jonatán su navaja de afeitar, cogió muy suavemente una mano de Magdalena y cortó con la filosa hoja las arterias de la muñeca de la infeliz corista.

Abrió, el desalmado, aquella herida con tanta suavidad, con tanto cuidado, con tanta sutileza, que la pobre morfinómana no llegó a advertir el principio del fin. La sangre brotaba ya copiosamente, dando la impresión de un rojo surtidor. Mientras tanto la piel de la mujer iba tomando una coloración cada vez más amarillenta. Jonatán tenía los ojos puestos en la herida; su rostro denunciaba la brutal satisfacción que le causaba el horrible espectáculo de aquella hemorragia mortal. Así quedó un largo rato, embebido en aquel éxtasis feroz, mientras la víctima continuaba adormecida, con la respiración, por momentos, imperceptible. La pérdida de sangre fué cesando paulatinamente, hasta que por último dejó de brotar. Silvio se incorporó, tomando su mugriento sombrero; lanzó una mirada de soslayo a la muerta, sintió un ligero temblor y salió de la alcoba, para irse a beber. ¡Había sentido el mejor placer de su vida!

Con las ropas caladas por la lluvia, con los ojos secos, irritados y luminosos, entró a un expendio de bebidas, se colmó de aguardiente y, en un descuido del mozo, echó a correr desapareciendo entre las tinieblas.

Jonatán vagó durante unas horas en medio de la noche colérica, por esas calles de Dios, sin saber por dónde iba. No le asaltaba ningún remordimiento; más bien se sentía relativamente dichoso.

De pronto volvió a sentir una gran fiebre interior, una gran ansia implacable y tiránica de gustar un nuevo placer.

—Eh, tú, lo que sea! — se gritaba a sí mismo. — ¿No estás satisfecho todavía? Ya no sé qué buscarte.

Pero había algo dentro de su sér, que le replicaba: "No, no estoy satisfecho, quiero más placer".

—No puedo darte más — continuaba vociferándose. — ¿Qué quieres ahora?

La voz interior reprochaba: "Quiero eso que piensas, no seas tan torpe. Quiero el supremo placer de nuestra muerte".

—¿Tú crees, que así gozarás?

Y la voz contestaba: "Sí, gozaremos mejor que nunca, sentiremos el gran frío de la vida que se va con todas sus vulgaridades; de la muerte que llega con todos sus maravillosos misterios. Después yo te dejaré tranquilo, te abandonaré".

—¡Tú me abandonarás! Bueno, bueno — exclamaba Jonatán dándose golpes en la cabeza. — Si tú me abandonas, yo te daré ese supremo placer. Sí, sí...

La fiebre interior hízole chocar con un árbol corpulento y podado de la acera. Miró las ramas negras y lustrosas y le parecieron tristes e imponentes. Luego se encaramó al árbol, desatóse la faja, hizo un nudo corredizo, sujetó un extremo en la rama más gruesa, púsose el lazo al cuello, se detuvo un instante y sintió nuevamente la voz interior: "¿No te das cuenta, idiota? ¿Ves como ya nos sentimos casi dichosos? ¿Cómo gozamos de sólo pensar en que vamos a morir?

Jonatán se dejó caer en el vacío. El lazo lo estranguló y a poco el cuerpo se balanceaba como un péndulo macabro, azotados por la furia del viento.

Notas sobre electricidad

Hasta la humilde mula encuentra que la electricidad es una bendición de la existencia: "Antonieta", una mula negra que había pasado trece años a doscientos y pico de metros de profundidad en la mina de carbón de la penitenciaría de Lansing de Kansas (E.E. U.U.), se sentó sobre sus ancas y rebuznó de satisfacción cuando se le abrió la puerta de la jaula de ascensión que la sacó a la superficie del terreno. El "Duque", un macho que había pasado catorce años en la mina, protestó ruidosamente. Otro macho, viejo y veterano, estuvo quieto y como pensativo, mientras que otro más, que sólo había prestado cinco años de servicio, piafaba alegremente al aire libre.

La maquinaria eléctrica reemplaza rápidamente estos animales, que pronto no serán más que un recuerdo en las galerías de las minas.

* * *

En la proximidad de ciertas estaciones, muy pequeñas y aisladas, de un ferrocarril del Sudoeste, en los Estados Unidos, existe en la vía una disposición mecánica, tocando la cual los trenes actúan un revelador elécrico y encienden las luces de la estación al acercarse. Cuando han partido y llegado a cierta distancia de la estación, los trenes actúan otra vez el mecanismo y apagan las luces.

* * *

Existen fábricas de macarrones dotadas de maquinaria eléctrica que los produce mecánicamente, por completo, sin que los llegue a tocar la mano del hombre desde el principio de la fabricación hasta su entrega a domicilio. En una de estas fábricas, muy grande, las máquinas motrices son 80 electromotores cuya potencia total es de 275 caballos, y producen 160.000 paquetes por día.

* * *

En una de las explotaciones petroleras del Sur de los Estados Unidos, existe un electromotor que ha estado en marcha continua desde 1918, y sus reparaciones en ese lapso tan sólo han costado setenta centavos de dólar (2 pesos).

El Brasil cuenta ya con su primera fábrica electrosiderúrgica. Esta fábrica, enteramente dotada de maquinaria eléctrica, está en Ribeirao Preto (Sao Paulo) y contribuirá grandemente a la explotación de la riqueza que tiene el Brasil en mineral de hierro.

* * *

Después de treinta siglos de utilización, se ha abandonado el procedimiento de producir hojas o panes de oro batiendo pequeños granitos de ese metal con mazas o batidores, durante varias semanas sin interrupción, para adoptar un nuevo y eficaz procedimiento electroquímico que ahorratiempo y trabajo considerables.

* * *

Unidos en el esplendor de la moderna lámpara eléctrica, hállanse elementos cuya obtención exige el concurso de casi todos los países del globo. Así, tenemos: feldespato, de Suecia; manganeso, del Cáucaso y del Brasil; potasa, de Alemania; goma laca, de India; estaño, de Bolivia y de los Estados de la península de Malaca; tungsteno, del Japón; carbonato de sodio, del Africa oriental británica; criolita, de Groenlandia; salitre, de Chile; cobalto y níquel, de Ontario, y molibdeno, de Quebec (Canadá).

LOS DOS PIANOS

Por Etienne Gril

Al señor Piloule no le interesaba que el piano que descendían los mozos sufriera cualquier desperfecto. Lo había vendido casi a mitad de precio a una señora que con ello realizaba un excelente negocio. En cambio, cuidaba mucho de que el otro piano, que se hallaba en la acera de la calle, fuese subido al cuarto con las mayores precauciones.

—Si experimenta el menor daño — había dicho — me niego a recibirlo. En cambio, si llega incólume, os daré quince francos de propina a cada uno y un buen vaso de vino dulce.

Inmediatamente ordenó a la sirviente que limpiase el lugar que hasta aquel día ocupara el piano antiguo, y allí instaló el nuevo.

—Es una broma que el señor da a la señora, ¿eh?—dijo la sirviente. — Porque eso de cambiarle su piano mientras está ausente no significa otra cosa.

—No es una broma—contestó el señor Piloule, — sino un rasgo humanitario.

El señor Piloule había cumplido los cuarenta, repitiendo siempre que había nacido soltero y moriría soltero. Dotado de una actividad comercial extraordinaria, había reunido un capitalito respetable y pensaba ya en retirarse al llegar a los cincuenta, cuando a una vieja amiga de sus padres se le ocurrió la idea de casarle. En breves palabras rindió la resistencia de Piloule, y casi le condujo por la mano a la presencia de la que más tarde debía ser su esposa.

Desde el primer encuentro juzgó el ex comerciante que la dicha acaso pudiera residir también fuera del celibato. El hombre medía un metro ochocientos, y, sin embargo, se sintió pequeño ante la miniatura de la señora Moline, con sus ciento sesenta y dos centímetros, medidos desde la punta de los tacones Luis XV hasta el pelo alborotado, que le hacía parecer más menuda. La señora Moline contaba treinta y dos años y se había divorciado de un ingeniero de Minas que estimó más lucrativo explotar el filón de la dote de su mujer que los enterrados a mucha profundidad.

La buena señora vivía con el resto de lo que pudo salvar de la piqueta del minero, y que, después de comprobantes indudables hechos por el señor Piloule, no era gran cosa.

Su amor por el celibato se fundió, como la nieve bajo el sol, en su deseo de velar por el ser delicado que le había caído del cielo. Por su parte, la señora Moline no ocultaba que aquel hombre grande le inspiraba más confianza que temor.

Piloule descubrió en su esposa una mujer que sabía regir una casa y proporcionar al marido una vida agradable.

—Creo —decía Piloule, absorbiendo su taza de café a pequeños sorbos en el salón, mientras la señora golpeaba el piano—que voy a retirarme más pronto de lo que pensaba. Es preciso vivir, ¡qué diablo!

Piloule suponía que su mujer golpeaba el piano, no que lo tocaba. Aquella menudencia femenina, a quien se hubiera supuesto inclinada a la ejecución de melodías lánguidas y valses lentos y dulzones, prefería las obras fuertes y resonantes.

El señor Piloule, que consideraba la música como un arte misterioso e incomprensible, sufría viendo a la desgraciada golpear con todas sus fuerzas el teclado y creyéndola cierto día decir tristemente:

—Realmente es necesario ser un hombre para dar a esto la fuerza requerida.

El la consoló, como si la pobre hubiera quedado suspensa en sus estudios. Pero, a partir de ese momento le obsesionó la idea fija de evitar a su mujer aquel trabajo colosal que la agotaba.

Aprovechando un viaje de tres días que ella había emprendido para arreglar un asunto de familia en Tours, decidió substituir el piano por otro mecánico. La casa que se lo facilitó aseguróle que el instrumento poseía las piezas predilectas de la señora.

Al regreso de su esposa fué a esperarla a la estación y la condujo en la casa a sus habitaciones sin hacerla pasar por el salón. Así es que la oyó distraídamente hablar de su viaje y del arreglo de los asuntos, sonriendo al pensar en la sorpresa que le iba a producir.

Para librarse de la tentación de revelárselo todo de pronto, el señor Piloule abandonó el cuarto de su esposa y salió al salón.

Cuando la señora Piloule se estaba poniendo un traje de casa estalló la obertura de *Tannhauser*. Ella se precipitó a la puerta, atravesó el comedor y quedó inmóvil en el umbral del salón. Al pronto no se daba cuenta de lo que ocurría. Sentado delante del piano, que no se diferenciaba aparentemente en nada del suyo, su marido movía las manos y los pies. El señor Piloule, cuya ignorancia de la música era bien conocida de ella, tocaba, sin embargo, admirablemente. Claro que no extendía los brazos a uno y otro lado y que sólo se agitaba su cuerpo, del cual veía la espalda; pero observaba que la nuca parecía apoplética por efecto de aquel movimiento y que los pies aplastaban los pedales de una manera terrible y sin descanso.

Este movimiento regular hizo comprender a la señora que su marido hallábase ante un piano mecánico. Cuando estaba a punto de lanzar un grito de protesta se le ocurrió la idea de que al substituir el suyo por este instrumento su marido no había abrigado la intención de poner de manifiesto sus conocimientos musicales. Era demasiado bueno.

La señora apoyóse en el hombro de su marido y le dijo:

—¿Me reservabas esta sorpresa?

Piloule volvióse a su mujer lleno de alegría, y contestó:

—Sí, una sorpresa. Me causabas tanta lástima cuando golpeabas tú sola el piano, que pensé que éste sería más fácil de manejar para ti. Se oprime con los pies, se tira de este aparato y en seguida se oye un ruido de todos los demonios..., más grande que el del otro... ¡Ya verás! ¡Ya verás!

NIEVE

(Del libro de poesías *Tedio en Otoño*, recientemente aparecido).

Señor... Señor..., qué tedio
bajo las enramadas
otoñales... qué sombra
de tedio en nuestras almas!

Qué nieve tan injusta
nos marchitó la gracia
de aquella dulce vida
del amor... tan lejana!...

La vida ya no quiere
prestarnos su fragancia.

Lo mismo que hojas secas,
vuelan mis esperanzas
bajo este nebuloso
paisaje de nostalgias.

¿Qué profunda tristeza
viene de las montañas?
¿Qué frialdad de agonía?
nos hiela cuerpo y alma?

Todo es triste... Mi tedio
se parece a las ráfagas
frígidas del Otoño,
cuando la tarde sangra.

Soledad... Pesadumbre...
Bajo las enramadas,
ni un suspiro... Tan sólo
la temblorosa y vaga
música del salterio
cristalino del agua.

Y aquí, frente al crepúsculo,
viendo las nubes mágicas
que el sol nimba de oro,
quisiera la fragancia
de aquella dulce vida
del amor... tan lejana...
Pero el tedio me tiene
prisionero en sus garras!

Señor!... qué nieve triste
esta nieve del alma!

ANTONIO PEREZ VALIENTE DE MOCTEZUMA.

La tristeza filosófica

La tristeza filosófica se ha expresado algunas veces con taciturna magnificencia. Como los creyentes llegados a la cumbre de la belleza moral saborearon el goce del renunciamiento, el sabio, persuadido de que todo lo que nos rodea sólo es apariencia y engaño, se embriaga con melancolía filosófica y se abandona a las delicias de la suave desesperanza, dolor profundo y bello que no cambiarían, los que saben sentirlo, por las frívolas alegrías y las vanas ilusiones del vulgo. Y los impugnadores, que a pesar de la belleza estética de tales ideas que las juzgaron funestas para el hombre y para las naciones, sin duda retirarían su anatema cuando se les mostrara que la doctrina de la ilusión universal y derrumbamiento de todas las cosas, nació en la edad de oro de la filosofía griega con Xenofane y se perpetuó a través de la Humanidad culta en las inteligencias más elevadas, en las más serenas y en las más apacibles un Demócrito, un Epicuro, un Gassendi.

ANATOLE FRANCE.

Una leyenda flamenca

El caballo "Bayard" y los cuatro hijos de Aymón

Una de las canciones más populares del *folklore* flamenco es, sin duda, la que canta a los hijos de Aymón.

No se basa en datos exactamente históricos; es puramente una leyenda de fines del siglo XII; pero que ha dado lugar a que varios lugares se disputen el origen de este episodio, que algunos dan por verídico. De aquí, que nacieran versiones muy diferentes de esta pintoresca historia, que en la Edad Media llegó a traspasar el Rhin y los Pirineos.

Las dos localidades que más se han disputado la propiedad de esta tradición han sido Berthen, cerca de Lovaina, y Termonde. El fundamento de localizarla en este último punto se encuentra en la analogía que existe entre Termonde o Dendermonde y Dordone o Dordoña, apellido de los Aymón.

Sea como fuere, la historia y la leyenda nos dicen que Aymón, duque de Dordoña, tuvo cuatro hijos que se llamaron Adelardo, Renaud, Guichard y Ricardo, a los que su padre armó caballeros siendo aún adolescentes, para que pudiesen combatir con Carlomagno, su constante enemigo.

Al entregarles sus corceles de guerra, Renaud, que era sumamente fuerte, los encontró tan mezquinos, que los mató de un puñetazo en la frente. Ante tamaña hazaña, el señor de Termonde se regocijó ,y, lleno de orgullo paterno, exclamó:

—Hay un caballo digno de tí: es *Bayard*, hijo de un dromedario; tiene la fuerza de diez corceles, y es más rápido en su carrera que el gavilán en su vuelo, pero está en un castillo y nadie se atreve a acercarse a él; tan indómito es el hermoso bruto.

—Ese es el caballo que yo necesito—exclamó Renaud.—Vamos en su busca.

—Viste tu armadura—le dijo su padre,—porque este animal tritura las piedras como otros mascan el heno.

—Un valiente caballero no debe ponerse la armadura para domar un corcel—replicó el decidido joven.

Pero tanto insistieron los suyos, que al fin se cubrió de acero.

Un cortejo de damas y caballeros siguió al intrépido muchacho, el cual, al llegar al lugar en donde se hallaba el caballo, montó sobre él; pero *Bayard* le arrojó al suelo tan pronto como sintió encima un cuerpo extraño.

La lucha entre el hombre y el gigantesco caballo fué larga y ruda; pero al fin la victoria fué de Renaud. Jinete en *Bayard*, domado por aquel puño de acero, salió caracoleando por entre la multitud, que le contemplaba asombrada, aplaudiéndole con loco entusiasmo.

Por ningún tesoro del mundo abandonaré jamás a *Bayard*; sobre él guerrearé, y mis hazañas se oirán en todo el imperio de Carlomagno.

Los azares de la guerra hacen que un día Renaud, con sus hermanos, llegue a la corte del rey. Luis, hijo de éste, se enamora de *Bayard* y quiere quedarse con él. Nace la disputa, y de ésta se llega a las armas. En la contienda, Renaud atravesó de una estocada el pecho del príncipe.

El rey pide auxilio a sus barones y caballeros. Los cuatro hermanos se defienden valerosamente. Guichard, Adelardo y Ricardo pierden sus corceles en la refriega y, abrumados por el número de enemigos, no les queda otro recurso sino el de huir.

Los tres hermanos montan en el caballo *Bayard*, que ocupa Renaud, el cual, con cuatro botes de lanza, se abre paso por entre los jinetes del rey Luis, y el bravo corcel huye veloz, llevando encima a los cuatro hijos de Aymón.

Después de haberse hecho famosos por sus proezas, y al cabo de bastante tiempo, los héroes regresaron a los Ardenes; pero la ira del rey no se había calmado aún y Carlos, al enterarse del matador de su hijo, reune a sus mejores caballeros y parte para combatirle.

Obligados a huir, los cuatro hermanos se refugiaron en el castillo de su padre, que al momento se ve sitiado por las huestes del gran Carlos.

Interviene la madre de los cuatro hermanos, y consigue del rey que se respeten sus vidas; pero con una condición: que *Bayard*, causa principal de lo ocurrido, sea ahogado en el río.

Es preciso ceder.

Conducido el valiente corcel a la confluencia del Deudre y del Escalda, le atan gruesas piedras al cuello y es arrojado al agua. El caballo lucha, consigue llegar a la orilla, y corre a buscar a su amo.

El rey, furioso, quiere matar a *Bayard* y al caballero; manda atar una rueda de molino a cada pata del pobre animal, y de nuevo es lanzado al río; pero el potente bruto logra despojarse de las trabas, y otra vez, en veloz carrera, vuelve al lado de Renaud.

Tanta fidelidad no calma la furia del rey, que quiere ver ahogado al sin par corcel. Cargado de piedras patas y cuello, es arrojado al agua por tercera vez; pero, ¡oh asombro!, aun llega a salir a flote y alcanzar la orilla.

Renaud, lleno de tristeza, se había alejado del lugar del suplicio, y el caballo, al llegar a tierra y no ver a su amo, creyendo que había sido abandonado por él, lanzó un quejumbroso relincho y se arrojó al agua, de donde no volvió a salir.

Así acabó, víctima de la envidia de un príncipe, el caballo *Bayard*, que encarnaba la fuerza, el valor y la fidelidad.

La ciudad de Termonde se enorgullece de poseer un caballo de mimbre que, según las buenas gentes de allí, es reproducción exacta del famoso *Bayard*, admiración, desde hace siglos, de los habitantes de aquella región.

Pintores sin brazos

En Mr. Bertran Hils la pasión por el arte venció la desgracia de la suerte. Nacido sin brazos, demostró, a pesar de esto, su temperamento de artista.

Obligado por la necesidad Mr. Hils empezó a escribir y después a dibujar, sosteniendo el lápiz con la boca. A la edad de ocho años obtuvo un primer premio de dibujo "a mano alzada".

A los dieciséis años, habiendo ya hecho serios estudios de pintura, expuso en Bristol una acuarela que tuvo un éxito ruidoso. Desde entonces sus medallas y recompensas fueron innumerables, no porque se tomara en cuenta la dificultad especial del artista, sino a causa del valor verdadero de sus obras, pues no se sabe al mirarlas si el procedimiento difiere del de sus compañeros.

Mr. Betran Hils no es el único pintor de talento que nació sin brazos.

Se recuerda a Francisco de Montholor, a Mlle. Aimée Rapin, que pintaba con el pie derecho y que hizo un retrato muy notable de la duquesa de Cornouailles; a Mr. Noel Masson, que pintaba con la boca o bien con los pies.

Sin embargo, ninguno de ellos hizo una carrera tan brillante como Mr. Bertran Hils, de quien ahora nos ocupamos.

El buen vendedor.

No creamos que saber vender está al alcance de cualquier individuo que, provisto de una palabrería mayor que su desfachatez, se ponga a vocear su mercancía, ni de aquellos otros que, rodeados de lujo, creen que con pintar bien su establecimiento ya lo tienen todo hecho. No; el arte del buen vendedor requiere mayor preparación y precisa de facultades, sin las cuales no descollaría en su misión.

El buen vendedor debe ser, ante todo, un psicólogo consumado para poder comprender las características de su cliente y aprovecharse de ellas. De aquí, que el tacto y la flexibilidad le sean muy necesarios. Un buen vendedor debe comprender los deseos del comprador y apresurarse a satisfacerlos. Cuando no tenga el género pedido, procurará convencer al comprador para que adquiera otro género semejante.

El buen vendedor debe tener calma, ser señor de sus gestos y no decir sino las palabras necesarias para convencer. No debe jamás mostrar mal humor, sino que, por el contrario, ha de estar sonriente, complacido y amable. Sin ser elegante con exceso, procurará vestir correctamente.

La triquina

Es éste uno de los parásitos más temibles que puede habitar en nuestro cuerpo. Es muy pequeño: la hembra tiene sólo tres milímetros, y el macho siete.

Adulta, la triquina, minúsculo gusano en forma de huso, habita en el intestino del cerdo y allí se reproduce por millares; cada hembra da origen a una inumerable descendencia, que inmediatamente se pone a trabajar, atraviesa las paredes intestinales, y a poco invade todo el sistema muscular y cuando llegan allí, cada individuo se acomoda entre las fibras y bien pronto se rodea de una cápsula imperceptible, pero que, ingerida por un individuo y destruída por su jugo gástrico, descarga el gusano que termina su desarrollo y reproduce en el hombre la enfermedad que padecía el animal sacrificado.

Para evitarla, debe cocerse bien la carne de cerdo.

"NO IMPORTA"

No juegues con fuego
Me dijo la vida.
Gustándome el juego
Seguí la partida.

Hoy todo en el suelo
Perdí la jornada,
Mas sigo mi anhelo
Jugando... con nada.

Cenizas... quimera
¡Qué triste mi juego!
No importa, [illegible]
¡Más fuego, más fuego!

Roque Godoy [illegible]

Java, la isla de los volcanes

El servicio fotográfico de la aviación holandesa ha tomado magníficas vistas de los volcanes de Java. Algunas muestran muy de cerca los enormes conos y cráteres. El fondo del cráter del Kalut está cubierto por un lago de agua de lluvia. Sobre este lago se puede observar la estructura columnaria de las rocas que forman las paredes del cráter.

Por su área, Java es una de las más volcánicas regiones del mundo. Energías volcánicas formaron la isla y energías volcánicas siguen devastándola.

Según Verbeek, ciento veinticinco centros volcánicos pueden ser distinguidos en ella. De ellos, solo catorce se hallan ahora en más o menos activa erupción, y se llaman: Gede, Tangkapan, Prahu, Guntor, Papandayan, Galung-gerg, Slamet, Sendor, Merapi, Kalut, Bromo, Semeru, Lamongan y Raung. La actividad de varios de ellos es insignificante. Sólo arrojan pequeñas cantidades de vapor y de escoria.

De grande importancia geológica son las rocas volcánicas de Java, y cubren un cuarto de la extensión total de la isla aproximadamente. En el flanco sur de las montañas Kendengs—cordillera de poca altura que atraviesa la extremidad este de Java—existen varias series de hermosos depósitos volcánicos y de agua cristalina, aquéllos constituídos por arcilla compacta, arena y *lappiti* volcánicos. Todas estas materias forman un espesor de más de 1.000 pies.

El resto del lecho es de piedra de cal coralina, y data de la época terciaria.

Fué en un lugar llamado Trenil, a orillas del río Solo, al este de Java, en depósitos del período plioceno, en donde fueron descubiertos por el doctor Dubois en 1891 los restos de un mono antropoide, el *Pithcanthropus erectus*.

Dichos restos consistían en la base del cráneo, dos dientes y el fémur de la pierna izquierda.

Bali es una isla de unos 2.000 millas cuadradas — 90 de largo por 50 de ancho, — situada al este de Java. La separa de ésta un angosto estrecho de solamente unas dos millas de ancho. Pero la isla pertenece, en lo que se refiere a su aspecto y propiedades físicas, a la de Java, pues el clima y el suelo son los mismos.

Hay en Bali varios lagos y pequeños ríos, aquéllos de gran profundidad, éstos apenas navegables, a no ser por las primitivas embarcaciones indígenas.

Los volcanes más altos, el Tabanan, Batur y Agung alcanzan una altura entre 7.500 y 10.000 pies. La cadena central tiene una altura media de unos 3.000 pies.

El buque ideal. Ni balances ni cabeceo.

El mareo o mal de mar, es una de las indisposiciones que peor soporta el organismo humano y el de los irracionales. Se atribuye el mareo a múltiples causas, sobre todo a un trastorno de la circulación general, y especialmente del cerebro, trastorno que sobreviene cuando el hombre o los animales se hallan colocados en un medio cuyas condiciones de equilibrio son inestables. Si el cuerpo sufre movimientos de ascenso y descenso, la sangre no llega al cerebro con la misma regularidad que cuando descansamos en un medio estable, y se producen en aquel caso alternativas de retraso y de aflujo en la llegada de ese líquido a ciertos órganos con lo que se trastorna su actividad.

Semejante perturbación, se transmite a las vísceras por los nervios, que las hacen solidarias del encéfalo. La respiración, la circulación, la secreción urinaria se modifican, lo mismo que el tubo digestivo; pero los síntomas gástricos son más marcados: las náuseas, los vómitos, los vértigos, la palidez del semblante, el enfriamiento periférico, la debilidad general, la tendencia al síncope son los principales signos del mareo.

El mareo apenas se modifica por los medicamentos u otros medios que se dirigen al estómago o que obran sobre la substancia del cerebro y sobre sus propiedades (citemos entre esos medicamentos el cloral, la belladona, el sulfato de quinina), y se calma algo por la posición horizontal del cuerpo.

Para evitar los efectos de la indisposición que acabamos de describir, nada mejor que evitar la causa. Y a eso tiende la modificación ideada por un ingeniero naval norteamericano en el casco de los buques. Consiste en lo que pudiéramos denominar almohadillado longitudinal por debajo de la obra muerta, y basta con un par de protuberancias paralelas y a escasa distancia una de otra, para que, aun con mar gruesa, deje el buque de cabecear y de dar balances.

Paracaídas de doble uso

Desde la invención del paracaídas, atribuída por muchos a Leonardo de Vinci, hasta nuestros días, ese aparato ha pasado por alternativas de estimación y desdén, no muy justificado éste, ya que todos los modelos han ofrecido siempre resultados satisfactorios. Por fin, durante la guerra europea, se impuso el empleo de los paracaídas, convencidos los observadores que prestaban servicios en globos cautivos, de la necesidad de disponer de tales aparatos, porque la molestia de llevar a bordo el incómodo armatoste, es mínima en relación a la inmensa ventaja de salvar la existencia en un momento dado.

Efectivamente, tras de varias "fintas", los aviadores embisten contra el cable de acero de su globo, que, a veces, resiste la acometida; pero generalmente se rompe al primer golpe de la hélice y el globo desamparado vuela a la ventura. Por otra parte, si un huracán combate al globo, la tensión del cable llega a ser tal, que se hace inevitable la rotura.

Cuando ya se habían lamentado varias pérdidas de dirigibles y globos cautivos, un ingeniero francés [illegible]ató un [illegible]o de paracaídas, y ensayado el modelo con el más feliz éxito en varias ocasiones, fué adoptado por numerosas empresas de aerostación.

La forma de los paracaídas no ha variado desde el más antiguo aparato de esa clase hasta el novísimo. Todo paracaídas ofrece la apariencia de un inmenso paraguas. Las características del último modelo consisten en que la tela es impermeable y la armadura no se cierra automáticamente al caer el aparato, que de ese modo flota y no pierde su condición de salvavidas, si el aeronauta, al efectuar el descenso, va a caer en el mar.

La leyenda griega en unas monedas.

Una serie de 11 monedas antiguas está llamando la atención a los numismáticos de Inglaterra.

Esta hermosa colección ha ido a enriquecer la del Museo Británico por legado del difunto arqueólogo R. Bearry Seager.

Las monedas de Creta se consideran como unas de las más interesantes en las series griegas. Desde el punto de vista artístico algunas veces llegan muy alto.

En estas monedas aparecen con frecuencia las primitivas deidades de la isla bajo un aspecto helenizado.

La cabeza de mujer en las monedas de Quersoneso y de Olus, la tomamos por Artemisa; pero es más que probable que bajo ese disfraz vaya escondida una más antigua idea de allá del segundo milenio antes de J. C., la ninfa Bribomartis, la dulce virgen de las selvas.

El Apolo, también del Quersoneso, es completamente griego; pero en otras monedas de Creta se le encuentra con atributos puramente locales. Heracles se ve luchando con la hidra de Lerna; y Hermes aparece con sus atributos usuales, el caduceo del heraldo de los dioses, pero en la manera de representarlo y en la actitud de Mercurio se ve el pintoresco toque que los expertos declaran no tienen las series de monedas griegas corrientes.

Otras leyendas se ven ilustradas en las monedas; la del Minotauro con su laberinto de Creta; la de la cabeza del jabalí de Littos, una de las monedas más feas de todas las series griegas, que recuerda la fábula de que Zeus fué un joven cazador muerte por un jabalí. Otra moneda recuerda la historia de Kydon, según la cual, el héroe de Cidonio fué amamantado por una cierva.

El hipocampo de Sybrita, que se ve en otra moneda de la serie, no es una referencia mitológica, sino probablemente una simple alusión a la actividad marítima de aquella ciudad. Si esto parece imposible por encontrarse la citada ciudad en medio de las montañas de Creta, hay que tener en cuenta que su territorio entonces llegaba hasta el mar.

EL PAJARO

Volvía de cazar e iba avanzando por una avenida de mi jardín. Mi perro iba delante corriendo. De súbito veo que modera su carrera y avanza con precaución, como si olfatease la caza delante de él.

Extiendo la mirada por la avenida y veo un pajarillo casi implume, de pico amarillento y con la cabeza cubierta aún de pelusilla.

Había caído del nido—el viento azotaba con furia las acacias del jardín — y estaba encogido extendiendo lastimosamente sus alitas implumes.

Mi perro avanzaba temblándole las patas, cuando de pronto, desplomándose de un árbol inmediato, un pájaro viejo, de plumaje negro, cayó como una piedra, ante la misma boca del perro; y crispado, loco, boqueando desesperado, lanzando un pío... pío... que daba lástima, saltó dos veces sobre aquella boca abierta y armada de afilados dientes.

Se había lanzado a defender a su hijo; quería servir de muralla. Pero la pobre avecilla temblaba de miedo; su grito era ronco y salvaje; moriría, sacrificaría su vida.

A sus ojos el perro ¡qué gran monstruo parecía! Y no obstante, el pájaro no había podido quedarse arriba en aquella rama alta y segura. Una fuerza más poderosa que su voluntad lo había lanzado de allí.

El perro se paró, retrocedió. Diríase que hasta él había reconocido aquella fuerza. Le llamé y me fuí poseído de un santo respeto.

Sí: no riáis. Era respeto lo que yo sentía delante de aquel pájaro heroico; delante de la fuerza de su amor.

El amor, pensaba yo, es más fuerte que la muerte y que el miedo de morir. Sólo por el amor se mantiene la vida.

IVAN TOURGUENEFF.

Telegrafía marítima

Las señales marítimas pueden clasificarse en dos categorías: las que interesan a las comunicaciones marítimas y las que interesan a la navegación.

Los orígenes de la telegrafía marítima se confunden con los de la navegación. Desde que el primer navegante se encontró fuera del alcance de la voz humana buscó el medio de comunicarse por medio de señales, con la tierra firme. En nuestros días, los habitantes de la más pequeña isla del Pacífico hacen señales a los navíos que pasan a lo lejos. Los indígenas que pueblan el corazón de Africa agitan ramas de árboles al paso del buque que remonta la costa del Congo. Telegrafía primitiva, sin duda, pero telegrafía, indiscutiblemente.

Para expresar el pensamiento por medio de señales o de combinaciones de señales, se recurre a tres clases de lenguaje telegráfico: el peroglífico, el numérico y el alfabético.

La invención de las señales se atribuye a Palamedo, uno de los héroes de la guerra de Troya. Teseo, el semidiós que dió muerte al Minotauro, debía a su vuelta a Creta, poniendo velas blancas o negras a su embarcación, señalar al viejo Egeo su victoria o su derrota. Cuenta la mitología que Jason, habiendo recibido de su tío Pelias la orden de ir a conquistar el Toisón de Oro, organizó la expedición de los argonautas; para comunicarse con las naves de esta expidición, el hijo de Eson sirvióse de una combinación de fuegos y banderolas diversamente coloreadas.

Homero hace alusión a los fuegos que dirigieron los navegantes en esta época incierta.

Los egipcios inventaron el *teleólogo*, aparato que les permitió conversar a grandes distancias. Para sus señales, los chinos y los indios utilizaban fuegos suficientemente poderosos para atravesar las nieblas, y que no podían apagar ni el viento ni la lluvia.

Kircher en 1550 y Schwenter en 1636 propusieron hablar con instrumentos de música, traduciendo en notas las letras del alfabeto.

Al rey Jacobo II de Inglaterra (1633-1702) se deben los primeros elementos de un sistema regular de señales marítimas. Hasta entonces sólo se había comunicado a distancia con ayuda del sonido (teleólogo) o de la luz (colores y fuegos). Cada banda de tela, cada fuego, cada sonido, no representan más que una sola letra. Es fácil darse cuenta de la lentitud de este método. Además, no siempre era posible la comunicación entre buques de distintas nacionalidades. Frecuentemente faltaban los términos convencionales. Los diccionarios no existían en aquella época.

La invención de aparatos de óptica, que permitían obtener una mayor visibilidad, aumentó el campo de acción, por el cual se hacía posible un enlace óptico. Este descubrimiento supuso un notable progreso en la telegrafía marítima por señales.

En 1681, Hooke substituyó las formas de los cuerpos opacos por las banderas y pabellones.

En ocasión de los combates que tuvo que librar con las fuerzas marítimas británicas para la conquista de la India, La Bourdonnais (1699-1755), gobernador de la isla de Francia, comprobó la necesidad absoluta de un medio de comunicación seguro y rápido entre las embarcaciones. Puso, en seguida, manos a la obra y combinó un alfabeto que le permitía comunicarse con las escuadras y los navíos aislados.

En 1787, Bergstrasser, profesor en Hanau, imaginó la telegrafía viviente, combinando señales efectuadas con los brazos.

Al fin, el capitán Marryatt logra la primera aplicación realmente práctica de la telegrafía marítima. Su sistema consistía en una clave en que todas las frases correspondían a nombres, y estos nombres estaban indicados por el juego de diez pabellones de colores diferentes.

Francia e Inglaterra adoptaron en 1864, como medio de comunicación internacional, el "Código comercial de señales". En 1890, el Gobierno británico somete a algunas potencias un proyecto cuyo principio fué adoptado. Modificado profundamente este código, ha sido traducido a su lengua nacional por casi todas las potencias marítimas. Un telegrafista inglés, Leard, crea en 1875 un dispositivo que permite la comunicación nocturna, utilizando señales Morse, formadas por medio de rayos luminosos eléctricos lanzados contra el cielo, como si éste hiciese de pantalla.

Los primeros viajes de navegación marítima fueron viajes de circunnavegación alrededor de un mar o de un país. Por eso se llamaban periplos. Se comprendió en seguida la necesidad de establecer señales de navegación para indicar la tierra firme, la entrada de un puerto, o un paso difícil. Para ello se construyeron torres y faros. La antigua Grecia estaba sembrada de ellos.

Para guiarse en los pasajes peligrosos, los primeros navegantes utilizaron fuegos que los habitantes del litoral encendían bien en la misma playa, bien en las colinas más próximas. Este es el origen de los faros.

El más antiguo mencionado por la Historia (en la Tabla ilíaca) es el del promontorio de Sigea (siglo VIII o IX antes de Jesucristo). El más célebre es el construido por Ptolomeo Filadelfo, el año 270 antes de Jesucristo, en la isla de Faros, a la entrada del puerto de Alejandría (de donde procede, tal vez, el nombre del faro).

En nuestros días, la navegación utiliza faros, boyas, semáforos y radiofaros. Los faros señalan los sitios particularmente peligrosos o la entrada de los puertos; las boyas, los escollos; además, para las comunicaciones con los navíos en alta mar, los semáforos sirven para hacer señales de marea.

La ciencia radioeléctrica moderna ha puesto al servicio de la navegación marítima la radiogoniometría, y los radiofaros o faros hertzianos, que permiten a los navíos orientarse lo mismo en medio de la niebla más intensa, que en la noche más oscura.

Ultimamente, las ondas ultrasonoras aportan al problema de las señales submarinas una nueva solución, verdaderamente interesante.

Así, gracias a los progresos de la ciencia, la navegación en tiempo de bruma llegará a ser tan segura como en tiempo sereno, y acaso no vuelvan a deplorarse catástrofes como las del *Titanic*, chocando con un *iceberg* y yéndose a pique en pleno Atlántico, o la del *Africa*, encallado en el bajo de Rochebonne, a pocos kilómetros de la costa francesa.

Paulina Bonaparte

María Paulina Bonaparte, que nació en Ajaccio en 1780, se hizo notar, ante todo, por su bondad inagotable. Educada severamente, acompañó a Marsella a su madre cuando ésta se vió obligada a abandonar Córcega. En estos tiempos de estrecheces no le faltaron pretendientes a Paulina, que, al fin, se desposó con el general Duphot. Asesinado éste, Paulina marchó a París, en cuyos salones reinó por su belleza y distinción.

En 1801 se casó con el general Leclec, al que siguió a Santo Domingo. Durante una epidemia de fiebre amarilla negóse a abandonar la isla y se limitó a decir, cuando le instaban a ponerse a cubierto de la epidemia: "Vosotros podéis llorar, porque no sois, como yo, hermana de Bonaparte. Yo no me embarcaré sino con mi marido, o moriré". Allí perdió a su marido, y dos años después de su vuelta a Francia, al hijo que ambos habían tenido.

En 1803, Paulina, por su casamiento con el príncipe Camilo Borghese, emparentó con una de las familias más ilustres de Italia. Napoleón nombró a este príncipe, al que hizo duque de Guastolla, gobernador de los departamentos franceses de los Alpes, pero Paulina vivió poco tiempo con su marido, y durante sus estancias en Roma y en París llevó una existencia mundana bastante libre. En 1810, y como faltase públicamente a la emperatriz María Luisa, fué desterrada por Napoleón. Pero, cuando éste fué desterrado a la isla de Elba, ella compartió con su hermano la cautividad y le facilitó sus alhajas para restablecer su situación económica en los días que precedieron a Waterloo.

Después de esta batalla, Paulina pidió autorización para seguir a su hermano a Santa Elena y la negativa a sus demandas le hizo enfermar de tal modo, que una languidez extrema se apoderó de ella y se acentuó al arribo de las noticias de la muerte de Napoleón. Paulina falleció en Florencia en 1825, habiéndose hecho estimar en sus últimos años por su inagotable bondad.

EL "DIODO"

El "diodo", que en lengua oriental significa "defensa", es el sistema del profesor ruso Wladimiro Kamlalow.

Este individuo, antiguo campeón de lucha libre, habituado a casi todos los deportes, tuvo, hace años, la idea de combinar el "jiu-jitsu" y la lucha libre, con el fin "único de la defensa personal".

Recorrió toda Europa estudiando los diversos procedimientos de combate: el boxeo, la esgrima, el sable de las escuelas italiana y francesa; la espada española; tomó de aquí y de allá los mejores principios, a su juicio, y formó intuitivamente, por observación y por lógica, un sistema de defensa que en la actualidad enseña.

Para el profano, el sistema Kamlalow es un procedimiento de lucha gracias al cual se hace posible inmovilizar o reducir a la impotencia a un adversario, por fuerte que sea, empleando solamente un dedo, o simplemente con pequeño golpe.

Esta famosa insensibilización es ya muy conocida; pues todo el que practique el "jiu-jitsu", por el método del profesor japonés Jiguro Kano, sabe perfectamente que una presión ligera ejercida sobre un nervio vital o sobre un plexo, el estilógloso del cuello o el cubital del brazo, por ejemplo, determina un endormecimiento y un dolor intolerables, que hacen que el adversario pierda la facultad de utilizar su influjo nervioso.

Este sistema excluye todo ataque y se limita a la defensa. Su objeto es desarmar y anular sin poner a uno fuera de combate. No se puede clasificar entre los deportes, propiamente dichos, porque el deporte supone lucha.

El "diodo" será un excelente conocimiento para la policía y un instrumento precioso de emulación.

En algunas partes de Europa ha dado ya conferencias y cursos de su nuevo método.

Reptiles acorazados

Tortugas terrestres y marítimas

Dicen los *gourments* que la tortuga es el manjar más exquisito que se conoce. Su carne es tierna, aunque muy compacta, de un color intermedio entre la de vaca y la de ternera.

Para los norteamericanos, la carne de tortuga es, como vulgarmente se dice, lo que "para los chinitos la leche". En su entusiasmo por el sabroso anfibio, lo llaman *el cerdo del océano*. El *bucan*, algo así como un plato nacional, es una tortuga entera, cocida y sazonada con limón, clavos de especia, pimienta, etc.

La tortuga, como todos los animales de regular tamaño perseguidos por la codicia del hombre, va escaseando más cada día. En 1512, el inglés Samuel Cárleton, decía, al describir la isla de Borbón: "Enviamos una chalupa a tierra, y durante la travesía los tripulantes encontraron una enorme cantidad de tortugas, cada una de las cuales constituía la carga de un hombre".

Hoy, en cambio, a fuerza de persecución, apenas si se encuentra una tortuga en aquella isla.

El príncipe de Wied, refiriendo el acto de poner una tortuga sus huevos, escribió estas interesantes observaciones: "La tortuga sale del mar cuando se ha convencido de que no hay nadie en la playa. Sin embargo, nosotros encontramos una tortuga, ya en plena arena, y no pareció inquietarse por nuestra admirada curiosidad. Era una tortuga verde. Pudimos tocarla y hasta levantarla en alto, para lo cual fueron necesarios cuatro hombres.

Sólo manifestó su temor con una especie de resuello semejante al que producen los gansos cuando ven algo extraño cerca de su nido, si bien pudo ver y oir nuestras manifestaciones de sorpresa. Siguió practicando lentamente en el suelo arenoso, con el auxilio de sus nadaderas posteriores, una excavación cilíndrica de 8 a 10 pulgadas de ancho, situada precisamente debajo del ano. La tortuga echaba a los lados el material extraído con singular destreza y hasta acompasadamente, y cuando hubo terminado comenzó a depositar sus huevos.

Uno de los soldados que nos acompañaban se echó en tierra, colocándose al lado de la tortuga, y sacó del agujero los huevos uno a uno, a medida que ella los dejaba caer. Por este medio reunimos por espacio de diez minutos unos cien huevos. Cuando al cabo de algunas horas volvimos a la playa, se había ido ya; el agujero estaba cerrado, y la ancha senda que había en la arena nos dió a entender que se había ido a su elemento".

El mismo príncipe de Wied es autor de una notable *Historia del Brasil*, en la que dice, refiriéndose a las tortugas marinas:

"Estos animales se aproximan en gran número a las costas brasileñas durante el verano, es decir, en los meses de Diciembre, Enero y Febrero, para enterrar allí sus huevos en la arena, abrasada por los ardientes rayos del sol. Esta es la costumbre de todas las tortugas marinas, y a todas es aplicable lo que dije sobre la manera de efectuarse la puesta, según pude ver yo mismo.

El espacio desierto comprendido entre las desembocaduras de los ríos Doce y San Mateo, y el que se extiende entre la de este último y del Abucurí, así como también otras varias comarcas cuyo acceso no se halla obstruído por escarpadas rocas, son los sitios más favorables para que las tortugas depositen sus huevos. Con frecuencia encuentra el viajero en la estación de la puesta varios sitios en la arena de la playa donde está indicado, por medio de dos surcos paralelos, el camino que siguen las tortugas al salir a tierra.

Estos surcos son los rastros que dejaron sus extremidades, y en medio de ellos se ve otra depresión paralela y ancha formada por el peto. Siguiendo luego esta huella en un trecho de 30 a 40 pasos se podría descubrir el animal inmóvil y casi oculto en un hoyo de poca profundidad, que cava, girando en círculo su enorme y pesado cuerpo.

Después de haber puesto los huevos de la manera indicada, reune otra vez la arena por ambos lados, la pisotea y, siguiendo el mismo rastro se vuelve con igual lentitud a su elemento".

El desarrollo de los hijos depende, claro está, de la temperatura del país; por lo regular, tardan en desarrollarse unas tres semanas. No obstante, hay autores que afirman que en Cabo Verde, a los tres días de la puesta salen del huevo y se dirigen al mar. Cubre la coraza en los primeros días una membrana blanca y transparente, que pronto se endurece, dividiéndose en placas escamosas de un color más oscuro.

La clasificación de la tortuga terrestre se funde, se basa en el número de sus dedos y en la forma de la coraza.

Por sus costumbres no difieren mucho estos retiles de los representantes de los otros géneros. Gustan del sol, y expuestos a sus rayos suelen pasar largas horas del día. Al acercarse el invierno hacen profundos hoyos en la tierra, y de él no salen hasta que se inician los primeros calores de Abril.

Por su voracidad para con los caracoles, gusanos e insectos, son animales muy beneficiosos en los jardines y en los huertos.

Las tortugas de las orillas del Mar Negro son exclusivamente herbívoras, según sir Adee Erber.

"Lo que más contribuyó a quitarme el deseo de comer su carne —dice el sabio naturalista, refiriéndose a la tortuga terrestre de las islas del Mediterráneo—fué el haber observado que devoran con especial predilección los excrementos del hombre. Con frecuencia vi numerosos individuos que se cebaban en tan repugnante alimento. Cuando se hallan en estado de actividad estos reptiles comen hortalizas, salvado, harina y lombrices de tierra, régimen que les sienta perfectamente si se les preserva del frío.

Parece que así pueden vivir en cautividad hasta sesenta años. White refiere que una tortuga terrestre que había estado cuarenta años en poder de un amigo suyo, quien se la dió después, se ocultaba todos los años debajo de tierra a mediados de noviembre y reaparecía a mediados de abril. Entonces tenía poco apetito. Pero más tarde, en los días calurosos del verano, devoraba mucho alimento con avidez.

Próximo ya el otoño volvía a disminuir su ración, hasta dejar de comer completamente algunas semanas antes de enterrarse".

LAS BUENAS MANERAS

La perfección de las maneras es la desenvoltura, aquella que no llama la atención de ninguno, pero que es sencilla y natural. El artificio es incompatible con una actitud franca y cortés. La Rochefoucauld dijo que "nada nos impide ser naturales, tanto como el deseo de parecerlo". La sinceridad y la franqueza se manifiestan exteriormente por la gracia, la urbanidad, la benevolencia y consideración por los sentimientos de los demás. El hombre franco y cordial deja en libertad a todos aquellos que le rodean. Les da calor y los eleva por su presencia, y gana todos los corazones.

Una traducción preciosa.

Una casa editorial de Francfort, así que haya logrado reunir los 121 suscriptores que le son necesarios para sufragar los gastos de impresión, publicará la traducción alemana de un libro muy raro: el facsímil de un viejo texto azteca, acompañado de la versión española correspondiente.

El profesor Edward Seler, de gran autoridad en todo lo que concierne al antiguo Méjico, pasó toda su vida estudiando la lengua azteca, y murió antes de haber transcripto por entero el antiguo texto del primer historiador, hermano de Bernardino de Sahagún, viejo monje franciscano. Este texto data del siglo XVI; fué proporcionado a este religioso, que lo transcribió fielmente, por los indios. El precioso manuscrito encontró un editor español, a principios del siglo XIX, y fué ampliamente utilizado por lord Kingsborough en su libro *Antigüedades mejicanas*, publicado en 1829.

El profesor Seler, gran conocedor de la lengua azteca, halló que la traducción del monje no era de una exactitud absoluta, y se puso a hacer otra traducción. Los resultados de su labor van a ser revisados por su mujer y el profesor Lehmann, del Museo Etnográfico de Berlín.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre „ „	4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año „ „	8.00
N.º suelto	20 cts.	N.º suelto	25 cts.		
N.º atrasado	40 „	N.º atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

PAPEL Y TINTA

«Marinetti. — Un ensayo para los fósiles del futurismo», por J. Salas Subirat. Editorial Tort. — Buenos Aires.

Acaba de aparecer este estudio amplio y documentado de la personalidad de Marinetti y las principales de sus obras. La actuación de Marinetti en la guerra última y en la implantación del fascismo en Italia, ha sido tratada en sus líneas principales, de la cual, Salas Subirat saca conclusiones terminantes que, manifiesta, bastan para evidenciar en Marinetti un desequilibrio biológico notable.

Lo más importante del libro lo forma su parte central, en la que el autor hace consideraciones muy meditadas sobre el estado actual de los artistas argentinos, a los que halla distraídos en infinidad de detalles de escasa importancia, que no deberían merecerles ninguna atención.

El valor de este estudio surge de su notoria imparcialidad cuando se trata de discutir las obras de Marinetti, pues, en tales casos, Salas Subirat no titubea en reconocerle un talento superior, tanto por la concepción novedosa de los asuntos, como por la forma brillante de desarrollarlos; lo que no impide al autor sacar conclusiones harto desfavorables para la personalidad de Marinetti, especialmente si quiere darse a esas obras la trascendencia que él mismo y sus discípulos les atribuyen.

Salas Subirat no olvida hacer la aclaración de que, si bien muchos aspectos de Marinetti son contradictorios, eso no puede reprochársele de lleno, toda vez que la esencia misma del Futurismo significa una constante contradicción del detalle y las exteriorizaciones circunstanciales de su arte; pero, puede serle reprochada, y mucho, su inconsecuencia evidente con el plan propuesto por el futurismo como factor de progreso intelectual, y la inclusión en él de algunas cláusulas que no pueden congeniar en forma alguna.

«Testas hispanas», por Domingo Brunet. -Edición L. J. Rosso y Cía. — Buenos Aires.—1926.

Domingo Brunet, el claro y elegante escritor de tan intensa espiritualidad, "el poeta de la prosa", como se le ha llamado acertadamente, "uno de los mejores estilistas modernos", según la opinión autorizada de Joaquín Ruyra, acaba de ofrecer al público un nuevo libro que, como todos los suyos, rebosa de bellezas literarias.

"Testas Hispanas", su obra recientemente publicada, es una nueva expresión intelectual del cultísimo autor de "Guía y Animas" y de "Mientras la mar canta", que evidencia con relieves poderosos las condiciones resueltamente superiores de una pluma aristocrática por excelencia, y de un espíritu estético hasta la médula.

El gran novelista Ricardo León, de la Real Academia Española, ha definido a Domingo Brunet como "un prosista admirable, al mismo tiempo que un gran observador y un agudo psicólogo", y la crítica, tanto nacional como extranjera, ha reconocido con rara unanimidad, los méritos excepcionales de Domingo Brunet, prodigándole elogios y considerándolo como uno de los escritores jóvenes de más destacada personalidad de la América española.

"Testas Hispanas" es una selecta colección de estudios literarios sobre insignes personalidades de las letras españolas, Jacinto Benavente, el dramaturgo glorioso de "La Malquerida"; A. Bonilla y San Martín, el polígrafo eminentísimo, heredero del cetro de Menéndez y Pelayo; "Víctor Catalá", la dinámica novelista que escribió "Solitut"; Concha Espina, la primera figura literaria femenina de la España actual; Narciso Oller, el octogenario y eximio novelador catalán, y Joaquín Ruyra, el soberano estilista sin par, son estudiados cuidadosamente por Domingo Brunet en su nueva obra.

Estudios trazados con sutileza cordial, sin la acedía ni el ceño fruncido del crítico de profesión. Estudios por lo mismo, en los que los perfiles diestramente dibujados por la pluma de Brunet, están llenos de simpatía humana y de comprensión generosa.

«El gran torbellino del mundo», por Pio Baroja. — Edición Biblioteca, «Las grandes obras».— Buenos Aires.

Una nueva serie novelesca inicia Pío Baroja con "Los torbellinos del mundo", novela de corte modernista, llena de sugestivos episodios y más que seductoras andanzas por los países del norte de Europa.

Baroja, el hombre hosco y amargado de otras épocas, en el ocaso de su obra, ha comenzado a hacer una vida que, si no es precisamente la mundana, posee todos sus buenos encantos y repudia aquellos que la hacen chocante para todo espíritu culto y moderno. Baroja, decimos con esto, viaja, recorre el mundo, departe con amigos exóticos y fantásticos y hasta se permite gentilezas con damas arbitrarias y muy de nuestro siglo.

Así, en "Los torbellinos del mundo", él que, aunque no lo confiesa, sigue la tendencia autobiográfica de Stendhal, ha trazado una como biografía suya en la que aparece un capítulo amatorio que es, indiscutiblemente, uno de los mejores y más llenos de emoción que ha trazado su pluma magistral.

Unos cuadros de viaje — bocetos modernísimos y llenos de vida, — a manera de acotación, figuran, además, en cada uno de los capítulos de esta novela, la mejor de cuantas se han publicado este año en España.

«Prometeo»

Impresa en los talleres de la Editorial Tor y dirigida por el brillante escritor J. Ors Cavalli, hemos recibido de Paraná el último número de la moderna revista literaria que traspasando las fronteras de su provincia y aún las de la nación, obtiene los más favorables elogios del extranjero.

El número 54 contiene el siguiente sumario:

Alberto Imboden y "Prometeo": Alberto Imboden, por Ludovico Cavándoli; Del momento; Sobre nuevos microorganismos de caparazón silíceo, por Joaquín Frenguelli; Y los ojos de los viejos, qué verán?, por Clodomiro de Caboteau; La torre más alta, por Fernández Moreno; Aroma de recuerdos, por Efraín Mayer; Discurso del doctor Pedro E. Martínez; El rancho, por Raniero Nicolai; Prontuario de barbarismos; Vida familiar; Biblioteca "Prometeo"; Bibliografía, etc.

Noticias literarias

Benjamín D. Martínez

Ha entregado a la Editorial Tor, para su publicación inmediata, los originales de su última obra, titulada "Las Chifladas", destinada seguramente a un escándalo aristocrático, ya que en ella vemos retratada aunque con distinto nombre, buena parte de la mejor sociedad argentina.

Ludovico Cavandoli

Publicará en estos días en las Ediciones Imboden que imprime la Editorial Tor, un interesante estudio titulado "La población y la repartición de la riqueza", completamente de actualidad. Recordamos que estas ediciones se remiten gratuitamente a pesar de estar impresas a todo costo y sin propaganda de ninguna clase, sólo con fines culturales.

Joaquín Frenguelli

Publicará en breve "Sobre algunos microorganismos de caparazón silíceo", en las Ediciones Imboden, de la revista "Prometeo", que publica la Editorial Tor. Es un asunto que ha de llamar la atención especialmente en el extranjero donde tanto se aprecian esta clase de problemas.

José Liebermann

Ha terminado la traducción de "Las manos de la madre" de Bjornsterne Bjorson, que con un interesantísimo prólogo publicará la Editorial Tor en su "Colección Nobel". Prepara además otras traducciones y una gran novela argentina que quizás aparezca este año.

Hemos recibido:

"*Recuerdos y crónicas de antaño*", por Rómulo F. Rossi. — Edición Peña Hermanos. — Montevideo. — 1926.

"*América, la maga*", novela por Miguel F. Santiago.—Edición Araujo Hermanos.—Buenos Aires. - 1926.

"*Suetonio Pimienta*". (*Memorias de un diplomático de la República de Zanahoria*), por Tristán Marof. — [illegible] — Madrid (España). — 1926.

Revista bimestre cubana. — Volumen XXI. Número 2. — Habana (Cuba).

Nuevos explosivos militares

Desde las primeras edades de la Historia, el hombre, acuciado por sus instintos de lucha, se preocupó de poseer armas eficaces que dejasen fuera de combate al adversario. A las toscas hachas de piedra y porras rudimentarias sucedieron las armas imperfectas de la edad del bronce, y a medida que la capacidad del hombre evolucionaba hacia la perfección, en otros aspectos de la vida social, los medios de destrucción progresaron, como si quisiera demostrar con ello que su preocupación mayor es la lucha, por la que deja los encantos de la paz.

Al advenimiento de la pólvora, ésta fué la que principalmente se usó, y la composición de salitre, azufre y carbón sirvió para que mordiesen el polvo multitud de guerreros de todos los países. Pronto se sustituyó la pólvora en polvo por la pólvora en forma de bola, pues se comprobó, que ésta alcanzaba más, tenía más eficacia; a poco, se introdujo la costumbre de granearla, empleando las operaciones de humedecido, empaste secado y trituración.

Las pólvoras aglomeradas aparecieron durante la revolución francesa respondiendo a la necesidad de producir pólvora en gran cantidad. Hacia la segunda mitad del siglo XIX se había progresado poco en la adaptación racional de la pólvora para los distintos empleos y en el conocimiento del fenómeno de la combustión. Las dimensiones máximas de los granos de pólvora que se fabricaban no excedían de 2.5 mm., por lo que, a poco, se pasó a la pólvora comprimida, cuyos primeros ensayos se llevaron a cabo en la guerra de Secesión de América del Norte.

Progresando paulatinamente en el prensado, la pólvora fué perfeccionándose; hizo su aparición la pólvora acanalada en Francia, y hasta los tiempos modernos, su empleo sigue siendo eficaz.

Los explosivos militares responden al deseo de aumentar el poder de las pólvoras y pasar de la pólvora ordinaria a otras substancias que produjesen grandes efectos de proyección o terribles efectos destructores. Por el año 1886 se ensayaron las aplicaciones de los explosivos descubiertos por Sobrero.

La nitroglicerina de éste se sustituyó por el ácido pícrico, y aparecieron las dinamitas de Nobel y las [illegible] pólvoras a base de algodón pólvora y nitroglicerina. [illegible] especial; pero la [illegible] de ellos, lidita, melinita, [illegible], etc., ni [illegible] variedades del ácido pícrico que desde 1871 había indicado Springel que constituía un admirable explosivo.

Al empezar la guerra europea, Alemania [illegible] ácido pícrico que desde 1871 había indicado Springel que constituía un admirable explosivo.

Al empezar la guerra europea, Alemania [illegible] ácido pícrico; en España se adoptó, desde el año 1908, la trilita, en lugar de la picrita, que era el explosivo reglamentario.

Los explosivos y elementos destructores empleados en la gran guerra europea sobrepasan a cuanto pudiera imaginar la fantasía de un aficionado a predecir lo que con el desarrollo científico se alcanzará, y desde las minas subterráneas, así como desde las alturas por donde los aviones sembraban la muerte, los explosivos hicieron destrozos incontables, demostrando su eficacia y lo que pueden desarrollar ciertas substancias cuando el hombre las aplica a la destrucción de sus semejantes.

Quién y cómo era el dios Marte.

Este dios olímpico, conocido también por Arés, no debió nacer, como asegura Ovidio, del perfume de una flor. Su espíritu fiero, cruel, guerrero, más bien denota una ascendencia poco lírica y exquisita, que no supiera de perfumes ni de flores; es hijo de Júpiter y de Juno, sin duda...

Marte, según *La Iliada*, es un guerrero de estatura colosal, de gran fuerza física, impetuoso y valiente. Va armado de lanza y escudo de cuero, y lleva en la cabeza un brillante casco. Combate a pie casi siempre. A veces monta en carro de guerra tirado por dos o cuatro briosos caballos. Y en las batallas aparece poseído de una verdadera locura belicosa, con la voz ronca y los ojos extraviados. Ataca con furia al enemigo, destroza murallas, aniquila las máquinas de guerra mejor construídas.

Su moral guerrera no repara en leyes. Es injusto y falto de compasión. Esto le hace antipático a los demás dioses. Su mismo padre dice de él que es el más odioso de todos los inmortales. No es invencible, a pesar de su fuerza. Minerva, que es la representación del valor sereno y reflexivo, le vence y humilla en varias ocasiones. Cuando Marte combate con Diómedes, en la guerra de Troya, la citada diosa desvía la lanza de Marte y deja que Diómedes le hiera. Al sentirse herido, el dios gritó como pudieran hacerlo nueve o diez mil hombres a la vez. En otra ocasión, con motivo de una disputa, Minerva le golpeó el pecho con una gran piedra negra erizada de puntas. En los combates entre Marte y Hércules, éste vence siempre, protegido por Minerva. Decididamente, esta buena diosa la había tomado con el pobre Marte.

Marte es representado en los antiguos monumentos en todo su aparato de guerra o sin armas; unas veces desnudo y sin barba (otras barbudo), o con un manto sobre la espalda.

Lo más frecuente es que se le represente desnudo con un casco en la cabeza.

En ocasiones lleva en la diestra un bastón de mando.

Para sus sacrificios eran preferidos aquellos animales que, como los perros y los buitres, rondan el campo de batalla después de la pelea. Se le rendía culto en muchos pueblos de Grecia y de la antigua Roma.

Entre éstos, su importancia extraordinaria viene del hecho de considerarlo como esposo de Rhea Silvia, madre de Rómulo, el fundador de aquella ciudad.

Sostienen algunos que nació en 1.º de marzo, circunstancia que dió origen a este mes.

De su muerte no se sabe nada; como todo Dios que se respete, es inmortal.

Un ciclón en el Pacífico. - Bora-Bora, destruída.

La pequeña isla de Bora-Bora es muy conocida en literatura, por ser el país natal de Rarahn, la protagonista de *La boda de Loti*, del gran escritor francés Pierre Loti.

Geográficamente pertenece al grupo de las "Islas bajo el Viento", en medio del Pacífico, a 152º de longitud Oeste y 16º de latitud Sur, al Noroeste de Tahití.

Recientemente, la prensa ha noticiado que Bora-Bora había sido devastada por un terrible ciclón.

La isla había conocido en 1924 y 1925 una extraordinaria prosperidad, como consecuencia del alza de la vainilla, que es su principal explotación y casi la única fuente de riqueza del país.

Pero, luego, la vainilla ha experimentado una baja espantosa y los indígenas, que no esperaban esta contingencia, habían realizado gastos imprudentes y tomado créditos a cuenta de cosechas futuras.

Puede decirse, por lo tanto, que el siniestro de que nos ocupamos ha acabado de completar su ruina.

Lluvias torrenciales se precipitaban en el valle en cascadas enormes desde las cimas de la montaña, casi cortada a pico.

La ráfaga de viento arrojaba las trombas de agua sobre las viviendas y los cultivos. De ciento cincuenta casas, sólo cuatro permanecen en pie. Los campos de vainilla, de plátanos y cocoteros han sido destruídos en una proporción de un cincuenta por ciento.

Las olas hacían añicos los barcos contra las rocas. Volaban las tejas de las casas—según frase de un testigo presencial—como si se sacudiese un saco de pluma.

De Bora-Bora no quedan más que escombros y árboles desgajados. También han sufrido las consecuencias del ciclón las islas vecinas, Raratea, Huahiné y Maupiti, aunque no en tan gravísima proporción.

El castillo de Chaumont en Francia.

Todos los viejos países de rica historia poseen castillos admirables que atalayan el horizonte, que evocan épocas que pasaron entre el fragor de la lucha y el cortejo de ambiciones, nostalgias y alegrías efímeras que formaron la urdimbre del vivir.

A orillas del Loira, en el distrito de Blois, se alzó, desde el año 998, un castillo que sirvió de núcleo a la población. Destruído el castillo, se construyó otro en el siglo XII. En tiempo de Luis XI para castigar a Pedro de Chaumont, mandó arrasar de nuevo el castillo, que fué reconstruído durante el reinado de Luis XII. Catalina de Médicis habitó en él el año 1550, Diana de Poitiers lo hizo en 1560, Mme. de Stael, cuando Napoleón la desterró de París.

En la puerta principal del castillo, que está muy bien conservado, campea el escudo del cardenal Amboise. Grandes torreones redondos sobresalen, dando una impresión de grandeza que se acrecienta en el interior, todo él un prodigio del Renacimiento. Es notable una torre con figuras cabalísticas que sirvió de observatorio a Catalina de Médicis cuando consultaba los astros.

Bagration.

Existen multitud de hombres célebres que, por haber vivido en tiempos en que existió algún genio de esos que llenan una época, son poco conocidos.

Uno de los mejores generales rusos de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, fué Bagration; [illegible] luchar, principalmente, con Napoleón, su fama [illegible] entre los mismos [illegible]. Aunque de familia ilustre, el príncipe Pedro Bagration, que había nacido en la Georgia en 1765, entró como sargento en los ejércitos de Catalina II. Rápidamente fué [illegible], y en 1794 era general. A las órdenes de Suvarof se batió en diversas jornadas [illegible] aquel general cayó en desgracia, Bagration no lo abandonó.

[illegible] en 1805 por el Zar, [illegible] el mando de un cuerpo de ejército destinado a ayudar a los [illegible] en la región de Ulm. [illegible] salvó su ejército de un verdadero desastre. En Austerlitz, en Eylau y en Friedland mostró en la [illegible] de estratega admirables. Cuando la campaña de Rusia, el Zar le confió un ejército con el cual se cubrió de gloria en la batalla de [illegible]; pero herido gravemente, murió poco después.

Un instituto de belleza.

La última forma de la caridad—la más moderna y la más pintoresca—es la caridad de la belleza. La ha empezado a practicar miss Dorothy Gray, especialista que tiene un aristocrático salón de belleza en la Quinta Avenida de Nueva York, estableciendo un "dispensario gratis para muchachas pobres".

"Es preciso aceptar con franqueza la realidad—dice miss Gray.—Teóricamente, la mujer ha alcanzado igualdad de derechos políticos y de oportunidades profesionales que el hombre y es independiente; teóricamente, también, cuando una muchacha solicita un empleo, no debe confiar sino en su capacidad para desempeñarlo, para salir triunfante en su aspiración. Pero la realidad es que una criatura graciosa tiene mucha más posibilidad que una cuyo aspecto resulte ingrato para obtener una colocación. Porque el hombre sigue siendo primeramente hombre, y después, comerciante o profesional. En definitiva, que la muchacha marchita tiene tan pocas probabilidades de conseguir colocación como de conseguir novio, y que no puede hacerse obra más caritativa que "rehabilitar" físicamente a estas bajas del ejército de la belleza, que pueden volver a las primeras filas de la batalla que todas las mujeres libramos por el éxito en un terreno o en otro".

Sostiene, además, Dorothy Gray que, al enseñarle a las mujeres pobres a arreglarse, se les enseña una economía de tiempo muy apreciable, que pueden dedicarla a sus ocupaciones.

Una muchacha que aprende a "maquillarse" científicamente no necesita arreglarse la cara sino dos veces al día, en la seguridad de que no tendrá que darse ni siquiera una mano de polvo, ni mirarse al espejo una sola vez, en el tiempo de la jornada, pudiendo, por lo tanto, prestar toda su atención a su trabajo.

"Sé perfectamente—dice esta nueva beneficiadora de la Humanidad—que existen algunas mujeres irremediablemente feas; que hay defectos físicos que no puede remediar ningún cosmético, del mismo modo que hay enfermedades que están fuera del alcance de la medicina y de la cirugía. Pero la belleza es un término relativo, y es, casi siempre, posible realzar el aspecto de la que nació naturalmente bella, y darle gracia y atención a las que no tuvieron esa suerte".

Tumbas y objetos prehistóricos. Excavaciones en Beluchistán.

Varios arqueólogos ingleses han realizado y continúan realizando excavaciones en diversos sepulcros prehistóricos de Beluchistán, en los cuales se han encontrado gran número de objetos pintados y fabricados de barro, cobre y otros materiales. Tales descubrimientos se efectúan en un paraje llamado Val, donde hace próximamente cinco mil años estuvo enclavada una gran ciudad, en la que fué primitiva costumbre la de someter a cremación los cadáveres, y enterrarlos luego en urnas cinerarias, en cuyo interior se han hallado fragmentos de huesos, vasijas y otros utensilios. Más tarde se modificó, sin duda, aquella costumbre de la cremación, ya que han aparecido esqueletos enteros sepultados en las murallas de la población y bajo los umbrales de las puertas de los edificios. Esto ha sugerido la idea de que esos últimos esqueletos pertenecieran a las víctimas de extraños sacrificios, inmoladas con el supersticioso designio de que sus espíritus ejercieran funciones de guardianes de las viviendas, deducción igualmente aplicable a los sepultados en las murallas, ya que pudo darse en aquel pueblo caso semejante al de otras ciudades prehistóricas de Siam, donde, según prestigiosos arqueólogos, consta que eran sacrificados seres humanos para que, mientras sus cuerpos permanecían sepultados entre las murallas, velasen los espíritus por la seguridad de la urbe y alejasen de ella todo peligro.

En Val, se han descubierto también otras dos clases de enterramientos. Consiste el uno en una tumba revestida de ladrillos, y en la que casi a flor de tierra yacían los esqueletos íntegros. El otro sistema consistió en sepultar sólo el cráneo y alguno de los huesos de mayor tamaño, en unión de las vasijas de barro, cobre, etc., de que hemos hecho precedente mención, y el resto del cadáver se exponía a la voracidad de los buitres.

Lo que no está averiguado es qué clase de gente habitaba la ciudad desenterrada. Se cree que fueran los prearios, pueblo indio, cuya civilización fué destruída por las invasiones nórdicas, unos tres mil años antes de la era cristiana.

También prosiguen las excavaciones en Mohenjo-Daro, donde han aparecido nuevos objetos que ofrecen especial interés entre ellos, una pequeña tabla en la que está pintada una figura — probablemente una deidad — sentada en un trono, con las piernas cruzadas, que tiene a cada lado un devoto puesto de hinojos, y por detrás del trono se desliza un reptil.

Otro hallazgo interesante ha sido el de una vasija de plata que contiene diversidad de alhajas de oro y cierto número de piezas de plata cuadradas una y circulares otras, que probablemente se utilizaron como monedas, en una de las cuales aparecen grabados algunos caracteres cuneiformes de los que se usaron en Babilonia, lo que constituye un precioso indicio de la raza antiquísima que pobló la ciudad a que venimos haciendo referencia.

PARRAFOS

—Allí donde reina la servidumbre, la inspiración es deforme, el genio se agota. Las mejores odas de Horacio no son aquellas en que celebra a Augusto y Mecenas; La Eneida, *monumento de adulación y de lisonja elevado a la gloria de César, no vale lo que* Las Geórgicas, *que cantan a la inmortal naturaleza, y así lo advirtió Virgilio por cuanto al morir ordenó que quemaran su obra.*

—Después de Augusto ya no hubo en Roma más que profesores griegos enseñando la rutina y las reglas que habían aprendido. Esto fué lastimoso. Crearon un pueblo de copistas que se creían escritores y de charlatanes que se consideraban tribunos.

Sólo tuvieron algunos historiadores indignados, Tácito y Suetonio; con éstos, dos poetas liberatorios; y después la podredumbre del bajo imperio, el hundimiento inevitable. Nadie osa recoger el látigo de Juvenal. Y luego, nada; salvo algunos personajes de Tertuliano y de Orígenes, que tienen todavía la llama del apostolado.

—En la Edad Media quedó prohibido el pensamiento. Todo el arte fué reducido a la arquitectura religiosa. Pero conmociones políticas comienzan a bambolear la tiranía feudal, y he aquí una literatura que se forma: crónicas, novelas, poesías.

Sacudido el yugo del latín, Dante intenta escribir en su lengua. Las ideas teológicas del republicano proscripto causan hoy risa; pero la forma de la obra perdura y es muy superior a las frivolidades y simplezas de las prosas de los cortesanos de un León X o de un Alfonso de Este.

CARLOS MALATO.

¿Existe una pintura judía?

Adolfo Basler publica, con este título, en *Le Mercure de France*, un curioso artículo sobre esta cuestión.

"Los judíos no abarcan la carrera de pintores o escultores como cualquier otra carrera liberal—dice el citado articulista—nada más que desde su emancipación reciente en la historia".

Si un pintor judío, con el genio equivalente a Spinosa en Filosofía, hubiera surgido en el siglo XVIII, puede ser que también hubiera sido excomulgado en la sinagoga de Amsterdam.

En efecto, se comprueba la ausencia de los judíos en todas las escuelas de Bellas Artes de entonces. Los judíos que se han dedicado a la pintura o la escultura, son hombres del siglo XIX o del siglo XX únicamente. ¿Pero se distinguen por su carácter étnico? ¿Aportan el más pequeño acento judío al arte que ejercen? No; solamente reflejan la cultura artística del país en el cual viven. Muestran, ciertamente, admirables dones de asimilación que les permiten satisfacer todos los gustos.

Hay pintores judíos muy hábiles, y artistas de un talento indiscutible.

Pero la cuestión o problema de la educación juega aquí un papel más importante que el elemento étnico.

Se puede uno preguntar lo que hay de judío en Brandaz, pintor de las Sinagogas; en Simón Levy, en Kayper, en Leopoldo Levy... Ciertamente, hay una sensibilidad y una *mentalidad judía* innegables, e incluso se debe hacer constar su presencia en algunas manifestaciones del arte contemporáneo, y se vuelven a encontrar, sin duda, en la estética problemática de Picasso.

Los pintores judíos hicieron pintura anecdótica en la época en que este género se estilaba; fueron más tarde realistas, impresionistas y, desde las especulaciones cubistas, encontraron, como los pintores de otras razas, aquello que les hacía falta a su temperamento natural: problemas, un arte pleno de alusiones a las ideas, una estética, preconizando una manera, por decir mejor, algebraica, de expresar las formas, sustituyendo la belleza óptica por una belleza abstracta. ¿Existe una pintura judía? No. Hay judíos que han aprendido a pintar en París, en Berlín, en Munich, en Londres, en Amsterdam, y existe entre ellos algunos de verdadero talento. Esto es indudable. Pero el único que ha creado un arte exento de especulaciones, de una naturaleza propia, es Picasso, heredero de los ornamentadores árabes o de los cabalísticos judíos españoles.

Nuevos cueros marinos

Hasta ahora, excepción de algunos cetáceos cuya piel desnuda y lisa permitía que sobre ella se trabajase, no se había utilizado como cuero la piel de los animales marinos. Hoy ya se han hecho ensayos, y parece que una nueva industria está en vías de aparecer, al utilizar la piel de ciertas *Rayas*, cuya piel no sólo permite las diversas operaciones de curtido, sino que permite fabricar ciertos objetos de arte y adornarlos convenientemente.

De progresar tal industria, podría conseguirse algún abaratamiento en los cueros, ya que son muchas las variedades de *Rayas* que se conocen.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

"EL ATAJA - CAMINO", de Juan Carlos Dávalos y Ramón Serrano, en el LICEO

Después del afortunado estreno de "La tierra en armas", que tuvo lugar en el Ateneo, por la compañía de Camila Quiroga, despertaba singular curiosidad la nueva producción de esos autores presentada por Blanca Podestá. Contribuía a aumentar el interés la circunstancia de saberse que se trataba de una obra de ambiente regional, así como el título de oscuro significado para muchos.

Sin las trabas del verso y libres de la limitación impuesta, por el carácter histórico de la pieza anterior, Dávalos y Serrano han abordado en "El Ataja-Camino" el estudio escénico de las costumbres y psicología de los indios collas, raza autóctona que aún puebla las altiplanicies de las provincias del norte. El asunto es sencillo en su trama, pero está bien llevado a través de los tres actos de la obra en forma que permite la pintura de tipos y la reproducción de cuadros llenos de colorido,realizado todo con mucha habilidad y acierto.

No es, en verdad, tarea fácil la de encarar un tema de esta índole y lograr con una simple fábula mantener el interés del espectador. Sin embargo, Dávalos y Serrano lo han conseguido ampliamente, construyendo una obra que es fidedigna reproducción del ambiente colla y una notable pintura de personajes plenos de vida y que actúan dentro de sus características propias,sin que el convencionalismo teatral les haya restado o desfigurado sus netos perfiles.

Puede, pues, considerarse como un laborioso esfuerzo artístico el realizado por los autores de "El Ataja-Camino", al lograr su propósito sin tener que echar mano de recursos pobres o efectistas y manteniéndose siempre a un alto nivel que hacía más difícil la tarea. No es, quizás, una obra de público, pero como contribución a un teatro verdaderamente nacional merece aplauso y estímulo.

La compañía de Blanca Podestá presentó esta pieza con mucha propiedad y buen gusto en todos sus detalles, lo que influyó poderosamente para hacer más viva la impresión de realidad.

En cuanto a la labor de los actores merece en general elogios. Blanca Podestá encarnó su papel admirablemente y muy bien los demás.

"LA CIGARRA Y LA HORMIGA", de Baptista Junior y Agenor Chaves, en el SARMIENTO

Hemos sido siempre partidarios de que nuestros autores espiguen en el teatro extranjero, traduciendo las obras de mérito, para tomar de ellas el provecho de la enseñanza. Sin embargo, creemos que este sistema de producir es un tanto peligroso cuando no se tiene especial acierto en la selección o cuando precipitadamente se resuelve estrenar todo lo que se ha traducido. Puede una obra, leída rápidamente en su idioma original, darnos una impresión de belleza y, después, traducida y estudiada, resultarnos muy inferior al juicio primeramente formado, ya sea por el poco interés del asunto, por la inconsistencia de la tesis o por la falsedad de los personajes o de las situaciones.

Si a pesar de ello se lleva a la escena la obra, sólo para aprovechar el trabajo de su traducción, se hace una labor negativa y sumamente peligrosa para el autor y para la temporada.

Tenemos la impresión de que éste es el caso ocurrido con "La Cigarra y la Hormiga", obra de los autores brasileños citados en el epígrafe y vertida al castellano por Aristeo Salgueiro. A ello nos induce la observación de que el primer cuadro está muy bien planteado sobre la base de un conflicto interesante. Los dos restantes declinan sensiblemente y convierten el inquietante problema del primero en una serie desarticulada de escenas descoloridas e inverosímiles que llegan a lo absurdo por largas etapas de aburrimiento. Es desconcertante la forma insípida en que se desarrolla y finaliza un comienzo tan brillante.

El elenco del Sarmiento, que perdió recientemente la figura más importante del elemento femenino, se encuentra visiblemente incompleto por la falta de una primera actriz de mérito, que sólo puede ser reemplazada en algunas obras por otras figuras del conjunto. Una dama joven de actuación destacada es indispensable en todo cuadro de comedia como factor permanente, a menos que el repertorio se seleccione con sujeción a esa modalidad, cuyas ventajas no alcanzamos a comprender.

La compañía del Sarmiento hizo todo lo posible por sacar a flote la obra, especialmente Flores, Barrios y Camiña. La traducción, correcta.

LA QUIROGA CAMBIARA EL CARTEL

Después de un buen número de representaciones de la interesante comedia de Jacinto Benavente "Los nuevos yernos", la compañía de Camila Quiroga dará a conocer mañana en el Ateneo, una producción titulada "La Ley de la vida" de la que es autor el escritor uruguayo Zum Felde, que en este caso no podemos decir que se oculta bajo el pseudónimo de Aurelio del Hebrón, puesto que no se trata de un misterio para nadie. En el número próximo daremos detalles, juicio y comentarios de esta nueva obra.

MOVIMIENTO EN EL SMART

El cartel de este teatro ha experimentado varias modificaciones en el curso de la semana. Se reprisó con fortuna la pieza "Corrida de toreros", de Cabrera y Pecci, que logró muchos aplausos en la temporada de su estreno.

El viernes último fué presentada al público una nueva producción de ambiente turfístico titulada "El ganador de la 5.a", de la que es autor un escritor novel, don Manuel Mundrián. Se ensaya también para ser estrenada más tarde, "Muchachos locos", de Parra e Insausti, quienes, según se dice, han escrito un interesante y movido cuadro estudiantil en el que se cifran muchas esperanzas de éxito, dado el beneplácito que siempre dispensa el público a las piezas de este género.

Como se ve, los hermanos Ratti no se duermen. Trabajan con entusiasmo y dan a su cartel la nerviosidad que exige una temporada tan difícil como la presente.

Entretanto, seguirá representándose "La política nunca se equivoca", de Emilio Dupuy de Lome, que es celebrada con aplausos.

DE ROUSSEAU

El prestigio de las pasiones fascina a la razón, engaña a la sabiduría y cambia la naturaleza antes de que el hombre se aperciba de ello. Se extravía un solo momento en la vida, se aparta un solo paso de la vía recta, y en seguida una pendiente inevitable le arrastra y le pierde; cae por fin en el abismo, y despierta espantado por hallarse cubierto de crímenes, con un corazón nacido para la virtud.

EN EL NACIONAL FUE ESTRENADO "YA SE ACABARON LOS CRIOLLOS"

Todo estreno de Vaccarezza suscita interés en las gentes de teatro y una nerviosa curiosidad en el público. El autor de tanto pintoresco sainete de sostenido éxito, es la figura de mayor volumen en el teatro de género chico y hasta ahora no se ve quién pueda llegar a superar en maestría al autor de "Va cayendo gente al baile". Por esta circunstancia, la sala del Nacional congregó como de costumbre una muchedumbre de autores y de admiradores del popular sainetero, la noche del estreno.

En "Ya se acabaron los criollos", Vacarezza reafirma sus aptitudes de pintor de tipos en caricatura y la fuerza cómica que es capaz de imprimir en las situaciones y diálogos. Vuelven a aparecer el gallego, el italiano, el criollo y demás personajes que han venido desfilando en todas sus piezas, cada uno de los cuales habla el léxico que le corresponde, principal factor cómico en el sainete.

En cuanto a la fábula, esta vez el trabajo del autor de "Cuando un pobre se divierte", carece de interés, por tratarse de una farsa que tiene muchos caracteres de juguete cómico. No es real el asunto, ni mucho menos. Las pretensiones de querer demostrar la tendencia de los criollos de no admitir sino a la fuerza la mezcla con el extranjero, ha sido expuesta y desarrollada de una manera que la deja en pretensiones. Carece de verosimilitud el asunto de "Ya se acabaron los criollos" y sólo puede aceptarse como un pretexto para hacer resaltar el contraste.

La interpretación de la nueva producción fué muy esmerada, acreditando sus muchos ensayos. El elemento masculino tiene preponderancia en su desarrollo y así los actores, como Busto, Muttarelli y Cantelo tuvieron mejores papeles que las actrices, entre las cuales hay que citar la Lamarque, figura muy femenina que se destacó en su breve rol y que cantó con buen gusto unas décimas de Riú.

El público salud con sostenido aplauso la pieza, destinada a perdurar en las carteleras del Nacional.

DEL REINO DEL DESNUDO

En el Florida, salvo error u omisión, ha debido estrenarse la nueva revista "El desnudo en el arte", de los directores de la compañía, Bourel, Bellini y Doblas.

De ella hablaremos.

"LA TERESINA" GUSTA

Esta opereta, que se representa en el Avenida por la compañía que dirige Urban, atrae numeroso público. Es indudablemente una de las buenas operetas dadas a conocer en esta temporada, fecunda en demostraciones de que se trata de un género que, si no está en boga como en los tiempos de "La viuda alegre" y "La duquesa del Bal Tabarin", gusta e interesa siempre.

Gente ligero, picaresco, gracioso, en que la música y el libreto riman, la opereta tiene siempre adeptos y está muy lejana la fecha de su crisis.

Si bien "La Teresina" representa un buen suceso, Urban ha comenzado los ensayos de "Olly Polly", del maestro Kollo, músico popular en Alemania y que tiene muchas condiciones para ilustrar con corcheas libretos adecuados.

AUMENTAN LOS JUDIOS

El folletín escénico de Pelay se acerca al centenar de representaciones consecutivas. Ya no puede negarse que es el mejor éxito del año de Casaux, cuya interpretación del protagonista significa un trabajo digno de toda alabanza.

Para renovar oportunamente el cartel, se ensaya "La mujer de Chapelgorría", pieza cómica del músico Francisco Payá y el ingeniero Ricardo Hicken. De donde el arte de los sonidos y la ciencia del cálculo pueden unirse para producir una obra de teatro. Cualquiera pensaría, recordando la reciente estada de Marinetti, que se trata de una consecuencia futurista...

LA VENGANZA DEL MAYO

La profícua temporada de Juárez y Sanjuán en el Mayo, es una de las que más han sido tocadas por la diosa Fortuna. El viejo cómico español es aplaudido como en sus mejores tiempos y todas las obras gustan. Alternando estrenos con reposiciones, se ha reprisado "La venganza de don Mendo", la graciosísima caricatura de tragedia de Pedro Muñoz Seca, uno de los mejores trabajos del rey del astrakán. La pieza es tan celebrada, que ha de mantenerse en el cartel muchos días.

SE ESTRENO "EL PONCHO DEL OLVIDO", EN EL APOLO

El binomio Maroni y Giudice, que ha dado al teatro por secciones numerosas piezas, algunas de larga permanencia en las carteleras, ha estrenado con la compañía Arata-Morganti, que actúa en el Apolo, el sainete en dos cuatros titulado "El poncho del olvido", que se dió a conocer en momentos de cerrar esta edición. No sin adelantar que la pieza fué bien recibida, diferimos para nuestra próxima edición el comentario respectivo.

LAS AVENTURAS DE PARRA

No obstante los inconvenientes que traen aparejados para el éxito de una obra la interrupción brusca de sus representaciones, la pieza que tradujo y adaptó Parravicini con el título de "Aventuras y desventuras del indio Pilú-Pilu", volvió al cartel al reanudarse la temporada con la misma fortuna con que se venía repitiendo antes de enfermarse el popular actor.

La gente que admira a Parra y que representa toda la población de Buenos Aires, llenó la sala del Argentino, apenas supo que su artista favorito volvía a su labor y noche a noche renueva su regocijo ante la gracia loca, siempre remozada, del gran bufo.

Dispuesta la dirección a dar el mayor número de novedades, prepara el estreno de "Un muchacho feo", pieza del autor brasileño Pablo Magalhaes, traducida por Parravicini, que en breve será puesta en escena en función extraordinaria dedicada a Jossino Cardoso, el pescador que salvó a nuestros aviadores.

Después del bello gesto de Cardoso, no puede ser más oportuna la iniciativa de Parravicini, que desde que se supo ha tenido la adhesión unánime de todos.

MUIÑO

Estrenó la compañía de Muiño, "Algún día será verano", comedia de la señorita Dina E. Torrá, que fué bien acogida y de la que prometemos ocuparnos en otro número.

A OSCURAS

Seguimos en plena incógnita a las puertas del estreno. En el Maipo todos dicen no saber nada del título de la nueva revista a estrenarse en estos días. Este lujo puede permitírselo un teatro que no tiene necesidad de hacer reclame anticipada, porque cuenta con un público numeroso y capaz de continuar todo el año frecuentando esta sala por las revistas en cartel.

SIEMPRE VALENCIA

En pleno auge del famoso pasodoble del maestro Padilla, la compañía de la Comedia sigue dando con creciente éxito la revista "Valencia", que se ha impuesto como la nota del día en el género. Parece que va a durar siglos en el cartel, si juzgamos por el entusiasmo con que acude el público a esa sala y aplaude todos los números de la revista, que casi en su totalidad son muy buenos.

EL DEMOCRATICO SAN MARTIN

Mantiene sus buenas entradas de siempre el teatro de las populares diarias. Ha sido incorporado a este conjunto el actor Bavio, que venía actuando en teatros de barrio y que, al presentarse en el San Martín, ha resultado un excelente elemento que contribuye poderosamente a cosechar aplausos. Se prepara el estreno de otra revista, anunciándose que verá la luz pública en los primeros días de este mes.

CARUSO, ENFERMO

Ha sido sometido a una intervención quirúrgica el señor Juan A. Caruso, aplaudido autor nacional que desempeña el cargo de secretario de la compañía del Buenos Aires.

Felizmente, la dolencia del señor Caruso va cediendo después de la operación, siendo de esperar que en breve se hallará del todo restablecido, para lo que hacemos sinceros votos. Numerosas personas de la farándula visitan al paciente.

GRAN SPLENDID

Ha sido estrenada en esta sala la grandiosa película titulada "El peregrino", de argumento extraído de la leyenda bíblica del hijo pródigo. Gustó mucho la cinta.

Para en breve, se prepara "La ascensión del águila", notable trabajo cinematográfico que dirigió Henry William y en el que se presentará Isabelita Ruiz, notable artista de gran prestigio.

Este cine congrega las mejores familias de nuestra sociedad.

CAPITOL

Mucho público selecto viene asistiendo a las funciones de este cine, de viejos prestigios. Próximamente se exhibirán estrenos de films de grandes atractivos, que son aguardados con creciente interés por las familias que frecuentan habitualmente este salón.

CINE PARC

Muy interesante el programa cinematográfico preparado para la semana en curso, en el que se incluyen hermosas películas de las mejores marcas. Los habitués de esta aristocrática sala de Palermo, han podido comprobar ya el acierto en la designación del nuevo administrador, señor Ramón J. Lecuona, persona culta y simpática.

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI

























Una mujer interesante

No necesita tener facciones perfectas, pero su cutis debe ser suave, lozano y fragante cual pétalos de rosas. Si Vd. anhela dar realce a sus atractivos, use el delicioso



POLVO GRASEOSO LEICHNER

Todos los tonos de moda

Cada caja contiene un cupón de valor. Envíense en carta certificada para asegurar que lleguen.

Tall. Gráf. A. García y Cía.—Patagones 2490
INDUSTRIA ARGENTINA